Enrique Eskenazi

TAROT

EL ARTE DE ADIVINAR

3.ª Edición

Ediciones Obelisco

Enrique Eskenazi

TAROT

(El arte de adivinar)

Ediciones Obelisco
Consejo de Ciento, 591
Barcelona
08013

Colección ARCANOS MAYORES

Tarot, el arte de adivinar

Enrique Eskenazi

1ª edición: 1978 (Dopesa)
2ª edición: noviembre de 1982
3ª edición: abril de 1986

Depósito Legal: B. 16.193 - 1986
I.S.B.N.: 84-86000-72-6

© Enrique Eskenazi, 1978, 1982, 1986
© Ediciones Obelisco, S.A., 1986 (Reservados todos los derechos.)

Printed in Spain
Impreso en España en los talleres gráficos de
Romanyà/Valls, S.A., de Capellades (Barcelona)

PRÓLOGO

¿Se puede, o no se puede adivinar?

Sólo tenemos que plantear ésta pregunta para que, automáticamente todos los presentes, sean quienes sean, se agiten dentro de sí mismos y se dispongan de una forma u otra a entrar en discusión. Afirmando, negando, interfiriendo... pero siempre intentando imponer sus propias ideas aunque no posean argumentos sólidos en que basarlas:

Pero, realmente, ¿se puede adivinar?

La presente obra responde de una forma clara a esta pregunta dando la dimensión exacta y delimitando según el pensamiento de las distintas escuelas, el sentido y el porqué de la existencia del "Tarot".

Enrique Eskenazi, su autor, ha sabido exponer de una forma sencilla pero a la vez exhaustiva, cuál es la razón de ser de estos 78 símbolos. De dónde provienen, por qué están ordenados de determinada

forma y no de otra, cuál es el significado que encierran tanto de uno en uno como en grupos. Para qué sirven. Cómo se utilizan...

A medida que avanzamos en la lectura de Tarot, el arte de adivinar, vamos comprendiendo por qué esta simple baraja de naipes ha perdurado durante tantos siglos, por qué sigue y seguirá llamándose el Libro de los Libros, por qué se asegura que posee toda la sabiduría tanto conocida como aún ignorada, por qué hay quienes han dedicado toda su vida a estudiarla y, en suma, descubriremos por qué sirve, además, como base de adivinación.

El Tarot, no fue hecho para adivinar, aunque por su estructura sea muy útil para ello. El Tarot es como un plano que sintetiza la evolución, dice de dónde se parte y adónde se va, tanto a nivel individual como colectivo. A medida que profundizamos en su estudio, comprobamos que nos indica con extraordinaria claridad cuáles son los siguientes pasos que daremos, cuáles son los obstáculos que hemos de superar y cuáles son lar armas que poseemos para superarlos.

La presente obra une a los profundos conocimientos del autor una gran facilidad de exposición, debida sin duda a su continuo contacto con estudiosos del tema, grupos de estudio, en coloquios, conferencias etc...

Por todo ello, creo que con la presente edición se

cubre un espacio vacío dentro de la amplia bibliografía que actualmente existe sobre el tema, pues la mayor parte de la obra publicada en nuestro idioma adolece de una visión parcial. O bien por darle un enfoque puramente adivinatorio, que desde cualquier punto de vista es superficial, anecdótico y carente de fundamento, o bien, por el contrario, por ser obras excesivamente oscuras en cuanto a compresión se refiere, confundiendo al lector, lo cual no debe ser en ningún caso el objetivo ni el resultado de la lectura de un buen libro.

José María Merín
Director de ARBOR SCIENTIAE
Barcelona, 1982

PRIMERA PARTE: EN TORNO AL TAROT

I. ESTRUCTURA Y ORIGEN DEL TAROT

> «La imaginación *imita* modelos ejemplares —las imágenes—, los reproduce, los reactualiza, los repite indefinidamente. Tener imaginación es ver el mundo en su totalidad, porque la misión y el poder de las imágenes es *hacer ver* todo cuanto permanece refractario al concepto.»
>
> MIRCEA ELIADE,
> *Imágenes y símbolos*

¿QUÉ ES EL TAROT?

A la pregunta «¿Qué es el Tarot?» puede responderse de manera sencilla y descriptiva: es una baraja de 78 naipes, remoto antepasado

de las actuales cartas de juego. Al igual que éstas, consta de 4 palos o suites, pero el número de figuras de cada palo es 4 en lugar de 3; además, incluye 22 triunfos o láminas simbólicas, llamados «arcanos mayores» para distinguirlos de los 56 restantes o «arcanos menores».

Los *arcanos mayores* comprenden un naipe sin numerar titulado «El Loco» —que pasa a la baraja común como Joker o Comodín— y 21 naipes numerados titulados del siguiente modo:

I) El Mago.
II) La Sacerdotisa o La Papisa.
III) La Emperatriz.
IV) El Emperador.
V) El Sacerdote o El Papa.
VI) El Enamorado o Los Amantes.
VII) El Carro.
VIII) La Justicia.
IX) El Ermitaño.
X) La Rueda de la Fortuna.
XI) La Fuerza.
XII) El Ahorcado o El Colgado.
XIII) La Muerte.
XIV) La Templanza.

XV) El Diablo.
XVI) La Torre de la Destrucción.
XVII) La Estrella.
XVIII) La Luna.
XIX) El Sol.
XX) El Juicio.
XXI) El Mundo.

El Loco suele ubicarse al comienzo o al final de esta serie.

Los *arcanos menores* se dividen en 4 suites: bastos, copas, espadas y oros (o pentáculos), o bien: trébol, corazón, pique y diamante, respectivamente. Cada uno de estos palos consta de 10 cartas numeradas del 1 al 10, más 4 figuras o personas: Sota o Paje, Caballero, Reina y Rey.

A la pregunta más compleja: «¿Qué es esta baraja, el Tarot?» se ofrecen múltiples respuestas. Porque, aunque a primera vista este juego no es sino un conjunto de figuras agrupadas de modo casual o antojadizo, una cuidadosa investigación puede convertir su arreglo en una disposición coherente y cabal. En verdad, hay diversas interpretaciones desde las cuales al primitivo asombro por la disposición aparentemente arbitraria de los naipes le sucede la rigurosa convicción de que

lo asombroso sería que no estuvieran articulados tal como están.

Si cada arcano puede compararse a un ladrillo, el Tarot se presenta como una ardua construcción, en la cual hay quienes ven un laborioso laberinto, otros un templo cuyas llaves permanecen ocultas, cuando no un mero agregado sin orden ni concierto. Hay muchas versiones acerca del sentido de dicha construcción. El hombre es un animal hermenéutico, y las incontables interpretaciones propuestas son siempre susceptibles de una nueva interpretación que las abarque o las niegue. Así, parejo al recio edificio del Tarot se erige otro laberinto de explicaciones, y de explicaciones de esas explicaciones... Pero todas hallan cabida en la enigmática oscuridad del objeto estudiado. Su condición enigmática no le viene a este objeto sino de las potencias mismas que pone en juego: por la índole de estas cuestiones, el Tarot es un artificio destinado a la oscuridad.

De hecho, se ha dicho que el Tarot o bien carece en absoluto de un sentido que trascienda a un entretenido juego de salón, o bien que es un medio de desarrollo espiritual, una clave para el aprendizaje esotérico, un compendio de antiguas enseñanzas, un sistema que

permite aprehender la trama subyacente a la profusa variedad de eventos manifiestos, cuando no un instrumento de adivinación o un código de símbolos que abarcan las reacciones del inconsciente ante el insondable misterio de la existencia...

En cierto modo, casi todas estas interpretaciones son complementarias, y cada una acentúa un aspecto hallable en el Tarot. Éste no desmerece la virtud de ser simultáneamente proyección de cosmovisiones, artefacto mántico, summa esotérica y expresión de la compleja estructura de la psique y del Universo; pero a la vez es irreductible a esas solas determinaciones. Porque «toda determinación es negación» y tal vez el mayor obstáculo resida en la tarea misma del intérprete. Dionisio Areopagita decía que, por lo que se refiere a Dios, conviene aplicarle todos los nombres (teología positiva) y a continuación negárselos (teología negativa), para concluir adjudicándoselos superlativamente (teología superlativa). Secularizando esta teología y transportándola a la esfera de los sistemas simbólicos, no es inoportuno postular una «hermenéutica superlativa» que reconozca que su objeto siempre queda más allá del análisis conceptual y de las definiciones rigurosas. Por-

que —como cualquier estructura simbólica, mágica o poética— el Tarot encierra un infinito haz de significaciones, y reducirlo a un solo plano de referencia o a una terminología concreta y pretendidamente exhaustiva equivale a aniquilarlo en tanto que sistema de imágenes.

El origen del Tarot

No está decidida la cuestión del origen del Tarot, y los juegos más antiguos de que se dispone se remontan a fines del siglo XIV y comienzos del XV. En 1392 Jacques Gringonneur pintó una baraja por encargo del rey Carlos VI de Francia, por lo cual algunos historiadores supusieron que el Tarot fue ideado para distraer la locura del rey. En 1415 el duque Visconti Sforza, de Milán, encargó una baraja a Bembo, y si la leyenda de la locura rodea al Tarot de Gringonneur, el de Bembo se inscribe en la historia del martirio. Se ha dicho que la mujer representada en el arcano II (La Papisa) era Manfreda de Visconti, antepasada del duque de Milán; Manfreda perteneció a la orden de las Guglielminas, cuya fundadora —Guglielma de Bohemia—

se propuso acabar con el primado masculino en el papado: las Guglielminas nombraron papisa a Manfreda de Visconti, que, naturalmente, acabó en la hoguera en 1300.

Como quiera que sea, sospecho que la eventual dilucidación del origen histórico del Tarot no afecta en absoluto a su empleo como medio de conocimiento y/o adivinación. Y si ahora rescato algunas de las hipótesis propuestas —que oscilan de la evidencia histórica a fantásticas elucubraciones enraizadas en el mito— es sólo para mostrar cuántas tramas diversas pueden dibujarse en el laborioso tapiz que muestra esta baraja.

COURT DE GÉBELIN fue el primero que sugirió que el Tarot proviene del antiguo Egipto. Esta creencia —que carece de fundamento histórico— fue ampliamente difundida por Etteilla (anagrama de Alliette, barbero y ocultista parisino) en libros publicados entre 1783 y 1787, junto con naipes diseñados por él mismo de acuerdo a sus supuestos.

En la sección «Le jeu des Tarots» del volumen VIII (1781) de su colosal obra *Le Monde Primitif Analysé et Comparé avec le Monde Moderne,* Court de Gébelin supuso que el Tarot era lo que quedó de un antiguo libro que exponía las doctrinas secretas de los egipcios,

de modo que los 22 arcanos mayores serían representaciones de tabletas depositadas en un templo devorado por las arenas del tiempo y del desierto. Y este libro misterioso no podía ser otro que el *Libro de Thot*, dios de la Magia, contador de las estrellas, señor de la Palabra, inventor de la escritura y sacerdote supremo del culto a Osiris.

Es Thot quien ayuda a Isis (la luna) a fugarse de la prisión donde Set o Tifón (las tinieblas) la encierra para hacerla suya después de asesinar a su hermano y esposo Osiris (el sol) y arrojar su cadáver descuartizado al Nilo. Según una leyenda, Thot enseña a Isis el conjuro que revive a Osiris. Según otra versión, mientras Isis recorre Egipto buscando los restos de su marido, Horus —hijo de ambos— muere picado por un escorpión; Isis logra que sus lamentos detengan la nave celeste de Ra, y Thot desciende de ella y pronuncia la Palabra que permitirá que el elemento vital pase de Ra a Horus, que resucita.

Isis tiene dos hijos de Osiris: Horus, concebido antes de la muerte de su padre, y Harpócrates, concebido después de su resurrección. Finalmente, cuando Horus vence a Tifón, Thot preservará su vida y dará a Isis su diadema de vaca.

Se ha querido ver en Horus al sol naciente y en Harpócrates al amanecer en el Nilo; como sea, detrás de esta tragedia del sol, la luna y el Nilo, hay un pilar mediador: Thot, poseedor del secreto de la muerte y la resurrección, dueño de la Palabra que rige en los tres mundos (Cielo, Tierra e Infierno). Por ello, si el Tarot es el libro de Thot, de la categoría de simple pasatiempo se eleva al rango de summa de la sabiduría iniciática egipcia.

El análisis de Gébelin alcanza una deliciosa sutileza en su afán por vincular los arcanos mayores con los mitos y ritos egipcios. Así, refiere el arcano XVIII (La Luna) a Isis, cuyas lágrimas fertilizan Egipto mediante las crecientes del Nilo, y asocia el cangrejo que aparece en la lámina con el signo zodiacal de Cáncer, ya que cuando el sol y la luna abandonan Cáncer el Nilo se inunda, bajo la tutela de Sirio, la estrella perro. A esto aludirían los perros, guardianes de las puertas del sol (los trópicos) o las dos columnas de Hércules, representadas por las dos torres en la lámina, más allá de las cuales nunca pasan el sol y la luna según la mitología egipcia.

Los misterios de Isis, Osiris y Horus se vinculan con la cuestión de lo masculino o positivo y lo femenino o negativo, el bien y el

mal, la muerte y la resurrección, temas que se reiteran también en los misterios griegos y medievales, y a los que pueden hallarse alusiones en los arcanos mayores. Así, en el arcano XIX (El Sol) los dos gemelos pueden vincularse con Horus y Harpócrates, bajo la protección de Osiris, el sol resucitado; y en el arcano X (La Rueda de la Fortuna) acaso se reconocen la Esfigen, el Cinocéfalo (Hermanubis, asociado a Thot) ascendiendo y Tifón o Set descendiendo. Cabe recordar que la Esfigen egipcia se llama «Harmajis», de «Hor-m-akhet» = «Horus sobre el horizonte». A partir de estas vinculaciones no es extraño que La Rueda de la Fortuna aluda al ciclo cósmico de muerte y encarnación, en tanto que El Sol simbolice la victoria de la luz sobre las tinieblas, del padre revivido en sus hijos, la pura potencia del amanecer.

Desde este punto de vista, el Tarot se revela como un complejo simbólico coherente, destinado a preservar y transmitir conocimientos esotéricos: si sus láminas son un compendio de secretos iniciáticos, la baraja deviene vía privilegiada para la comprensión de los enigmas de la vida. Teniendo esto en cuenta, Gébelin derivó la expresión «Tarot» del egipcio «ta» = «camino» y «ro» o «ros» = «real». La

propuesta del origen egipcio del Tarot va de la mano con la convicción de que es el sendero real para el dominio de los misterios de la vida, la muerte y la resurrección.

Aunque personalmente descreo del patrimonio egipcio del Tarot, no puedo menos que admirar la riqueza expresiva de sus láminas que admiten una exploración a nivel de analogías míticas y poéticas. Pues al Thot egipcio le corresponde el Hermes griego que también es mago, inventor de la escritura, creador de la astrología y conductor de las almas a través de la muerte y la resurrección (de ahí que se le llame «Psicopompos» o «Psicagogo»). De la unión de Hermes y Thot surge en el siglo III Hermes Trismegisto (Tres Veces Grande), llamado así porque su Palabra —como la de Thot— rige en los tres mundos. Y también hay una sutil vinculación con Hanumán, dios-mono hindú, con el escandinavo Odín y con otros dioses de diversa procedencia, como el Quetzalcóatl mexicano. En todos los casos hay una misma estructura latente. Así, Odín descubre las runas o palabras de poder mediante el autosacrificio mágico y posee los atributos comunes a este complejo de dioses: el ejercicio de la magia, la invención de la escritura, el patrimonio del saber, el

conocimiento de los enigmas de la muerte y la inmortalidad. Hacer de ellos los responsables del Tarot es un flagrante delito contra la ciencia histórica, pero a la vez corolario de la primera y perdurable convicción de que, detrás de la inocua apariencia de los naipes, se esconde un lenguaje de imágenes que ilustra los secretos del Poder, el conocimiento por el cual el hombre puede identificarse con la divinidad (unión mística).

Es un hecho que los gitanos se sentaron en el cuadrilátero de Bohemia a principios del siglo xv para desplazarse luego por Europa y que practicaban la adivinación con los naipes. Acaso estimulado por este ejercicio mántico, Boiteau d'Ambly sugirió en 1854 que el Tarot nació entre los gitanos. Esta tesis se verá transformada en otra que hace de los gitanos no los creadores sino los introductores de la baraja en Occidente —creencia firmemente sostenida por el doctor Encausse o Papus. Ya el mismo d'Ambly sospechó que los gitanos provenían de la India, y es posible que fueran una casta hindú expulsada por el conquistador islámico Timur Lenk. Pero lo cierto es que el Tarot se conocía en Europa con anterioridad a la llegada de los gitanos.

De cualquier modo, la improbable propues-

ta del origen hindú del Tarot nos devuelve al asombro entre curiosas conexiones; la deidad hindú Ardhanari, andrógino que combina a Siva con su esposa Devi, suele representarse llevando en sus cuatro manos una copa, un cetro, una espada y un anillo, probable alusión a las 4 suites del Tarot. Pero también es notable la relación que hay entre esta deidad y el Hermafrodita, y el hecho de que el Mercurio de los alquimistas fuera hermafrodita. Ardhanari, Hermes, Mercurio, Thot, Odín, Quetzalcóatl es una asociación significativa en conexión con el Tarot.

Además, el dios-mono Hanumán —también ligado a Hermes y a Thot— se figura a menudo con los mismos emblemas que Ardhanari y que aparecen en el arcano I (El Mago).

Por otra parte, los arcanos mayores pueden interpretarse como expresión de ideas clave del pensamiento hindú: la noción de Karma como justicia inherente al proceso cósmico que compensa y castiga, se refleja en el arcano VIII (La Justicia); el Samsara o ciclo de la existencia material a través de reencarnaciones está vinculado al arcano X (La Rueda de la Fortuna); la imagen del relámpago que destruye el velo de la ilusión material, descrito en el *Mahayana*, se ilustra en el arca-

no XVI (La Torre de la Destrucción). Entrando en sutilezas los ejemplos pueden proseguir indefinidamente.

Más impresionante que las anteriores es la hipótesis que vincula el Tarot con el gnosticismo y que remonta su origen a los cátaros, secta herética que surgió en el Languedoc a mediados del siglo XII. Los cátaros descendían de las corrientes gnósticas del comienzo del cristianismo, del maniqueísmo y, en última instancia, del persa Zoroastro.

Difícilmente nos es ajena la experiencia básica de la que parte Zoroastro: la existencia es lucha, es conflicto, desgarramiento entre bien y mal o —en sus términos— entre Ormuz (luz) y Ahrimán (tinieblas). Estos dos principios son irreconciliables, y el universo entero es su campo de batalla; batalla que acaso cederá cuando Ormuz venza definitivamente a Ahrimán.

El gnosticismo retuvo este vivo sentido de la realidad efectiva del mal. La primera experiencia es que *hay el mal*, y a partir de este conocimiento del mal —el dolor, el error, la ignominia y, finalmente, la muerte— el gnóstico se aleja de la ortodoxia judeocristiana mediante un coherente razonamiento: si sólo hay un Dios creador de todo lo que existe, no

es posible que sea bueno porque entre sus criaturas se cuenta el mal. El Dios-Bien no puede crear sino el bien, y de aquí que el gnóstico recurra a un dios menor, el Demiurgo, para responsabilizarlo del mal.

El dilema planteado por los gnósticos obligó al cristianismo ortodoxo a una elaboración intelectual que halló clara expresión con san Agustín, y que preservó un riguroso monoteísmo: el mal no es ya una entidad; carece de efectividad ontológica y, por lo tanto, no puede ser creado. ¿Cómo crear algo que no existe? En esta inteligente elaboración antimaniquea, Agustín define el mal como privación de ser o carencia de realidad. Pero esta explicación no desbarata la vivencia pivote del gnosticismo: *sentimos* que hay mal y hay sufrimiento, por lo que, aparte del Dios-Bien-Luz, debe haber un Demiurgo hacedor del mal y la tiniebla. Sobre esta primitiva dualidad se asientan los demás dualismos gnósticos: atestiguando un universo esencialmente trágico el alma —proveniente de la luz— se opone al cuerpo —decisiva manifestación del mal—. El hombre es dual como el mundo, y poseyendo una chispa inmortal se halla arrojado en un cuerpo radicalmente extraño. La existencia se adivina como la tragedia del *exilio*, y

las categorías de la condición humana se resuelven en alienación. Dada esta situación de enajenación, puede hablarse de redención en tanto que reconducción del alma a su morada superior. Para ello el hombre debe poseer conocimiento (gnosis) del camino de regreso y, como su estado natural es falible, necesita un mensajero o *eón* que provea tal iluminación.

Los gnósticos posteriores identificaron al Demiurgo con Satán, y los cátaros presintieron en éste al Dios del Antiguo Testamento. Cristo fue aceptado como eón redentor que venía a desenmascarar al Demiurgo. Consecuentemente, los cátaros rechazaron los dogmas de la resurrección del Cristo y de la resurrección de la carne en general.

Como ha mostrado A. Douglas, cabe interpretar la serie de los arcanos mayores como ilustración de las doctrinas gnósticas: el hombre prisionero en su cuerpo ignora la divinidad de su espíritu (El Loco), por lo que un mensajero de la esfera superior le demuestra la existencia de una realidad más profunda mediante su dominio en el pleno material (El Mago); siguiendo a esta guía, el hombre ha de desafiar los poderes mundanos (La Sacerdotisa, La Emperatriz, El Emperador y El Sacer-

dote) haciendo frente a los desafíos y pruebas cotidianos (El Enamorado) para superarlos (El Carro). Logra así un grado de madurez y equilibrio (La Justicia) que permite que el buscador (El Ermitaño) dé un giro hacia su interior (La Rueda de la Fortuna). De este modo logra dominar las pasiones (La Fuerza) e invertir los valores cotidianos en un sacrificio de lo inferior por lo superior (El Ahorcado), para sublimar su ser perecedero (La Muerte) y ponerse en contacto con la energía renovadora universal (La Templanza); esto le habilita para enfrentarse al Demiurgo (El Diablo) y sobreviene entonces el derrumbe de la prisión terrena (La Torre de la Destrucción) de modo que su espíritu puede atravesar las esferas celestes (La Estrella, La Luna y El Sol) a fin de experimentar el renacimiento místico (El Juicio) y fundirse finalmente con el Alma del Mundo (El Mundo).

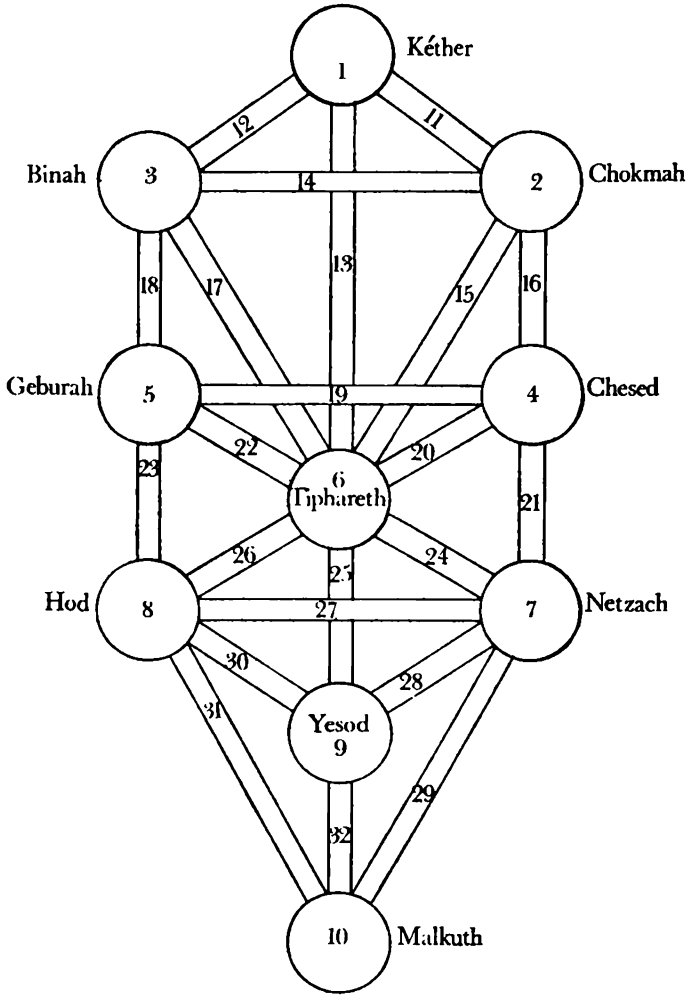
La plausibilidad de esta lectura no basta para confirmar el patrimonio gnóstico del Tarot *pero es*, sin duda suficiente para echar luz sobre la compleja cosmovisión que se expresa en los arcanos o, en todo caso, para demostrar la plasticidad de este conjunto de imágenes en cuanto se proyecta en ellas una concepción del hombre y del mundo.

Otra hipótesis propuesta para elucidar la cuestión del origen del Tarot lo atribuye a la *Cábala* corriente de pensamiento judío, que surgió en el sur de Francia y en España en el siglo XII. La Cábala representa un intento radical de describir el misterio del mundo como reflejo del misterio divino, e incorpora elementos gnósticos y pitagóricos, pero se inscribe de lleno en el marco de la tradición talmúdica («cábala» significa literalmente «tradición»).

Los cabalistas sospecharon una divinidad cuya esencia resulta inconcebible y trasciende a la profusión de sus manifestaciones. Esta esencia accede al plano de la realización en diez esferas o atributos (*sefiroth*, de «*s.f.r.*»= «número») dispuestos en la figura simétrica de un árbol cuyas raíces están arriba y cuya copa está abajo. Como raíz, la esencia divina y cósmica es imponderable, pero a medida que se cristaliza en las diversas esferas deviene cabal. Y en esta vasta geografía mística, la unidad divina se manifiesta como amor misericordioso por un lado, y como tribunal riguroso por el otro, hallando su armonía en el pilar central del equilibrio. Dios produce el mundo en un proceso teogónico cuyos estadios, perceptibles en una infinita multiplicidad

de imágenes, se reducen a las diez categorías fundamentales vinculadas con los diez números arquetípicos. El esquema simbólico que muestra estas diez esferas ubicadas sobre tres ejes o pilares y unidas entre sí por 22 senderos se denomina «Árbol de la Vida» (véase figura 1).

Previos a toda manifestación se sospechan tres momentos: la nada, el cero, la privación o existencia negativa (Ain), que se expande sin límites (Ain Soph) y acaba por afirmarse como luz infinita (Ain Soph Aur). De allí surge la primera tríada de sefiroth, como un triángulo con el vértice hacia arriba. El primer sefiroth, KETHER (Corona), es un conato de manifestación, la esfera menos tangible: unidad indivisa e indiferenciada, se corresponde con el espíritu puro. El segundo sefiroth, CHOKMAH (Sabiduría), es la primitiva posición como lo masculino, activo o creativo, y el tercero, BINAH (Entendimiento), es la oposición de lo femenino, pasivo, receptivo. Se tiene así la polaridad positivo-negativo, y la primera tríada puede verse como un proceso por el cual el punto indiferenciado se desarrolla en la recta y ésta en la superficie. Es un ámbito abstracto, distanciado de las siete emanacio-



Arbol de la vida

Fig. 1

nes siguientes por un *abismo* que separa lo Ideal de lo Actual.

La segunda tríada de esferas forma un triángulo invertido: más allá del abismo o el velo, aparece el cuarto sefiroth, CHESED (Misericordia), que representa los poderes expansivos y constructivos por los cuales el plano genera el sólido; la quinta esfera, GEBURAH (Severidad), abarca las fuerzas disolventes o restrictivas, el cambio y el movimiento: el sólido entra en la dimensión temporal. Esta pareja, construcción-destrucción o misericordia-rigor, se equilibra en el sexto sefiroth, TIPHARETH (Belleza): el punto dotado ahora de temporalidad deviene autoconsciente y representa el punto más alto a que puede elevarse la conciencia humana normal.

A continuación procede un segundo triángulo invertido, formado por NETZACH (Victoria) o ámbito de las emociones y del amor como dinámica expansiva de la existencia, al que sucede HOD (Esplendor) o ámbito formal del intelecto, del conocimiento y de la ciencia; ambas esferas se equilibran con el noveno sefiroth, YESOD (Fundamento), que representa la trama de la energía etérica e interatómica, el mundo reproductivo que corresponde a la mente subconsciente. El décimo sefi-

roth, MALKUH (Reino), corresponde al mundo físico, al plano de mayor concreción y cristalización material.

En el Árbol de la Vida los cabalistas representaron la dinámica de la divinidad que, simultáneamente, se refleja en cualquier sector de la realidad.

Desde entonces puede advertirse una correspondencia entre los diez sefiroth y los arcanos menores numerados del 1 al 10, y entre los 22 senderos y los arcanos mayores. Para establecer esta correspondencia punto por punto debe tenerse en cuenta que, según los cabalistas, cada sefiroth se manifiesta en cuatro mundos distintos: arquetípico, creativo, formativo y material. Cada palo o suite del Tarot representaría el esquema del árbol en cada uno de los cuatro mundos, y las cuatro figuras de cada palo expresarían esa misma cuadriplicidad: energía primaria, recepción de la energía en una forma, estabilización del proceso formativo y concreción o plasmación activadora.

Junto a este proceso descrito como emanación de luz o energía, los cabalistas concibieron el despliegue simultáneo del lenguaje divino. En los libros sagrados nada es gratuito, ni un punto ni un acento, puesto que provie-

nen de Dios. Los diversos modos de nombrar al Primero han de corresponder a las distintas esferas de manifestación y, aceptando el principio de que los nombres encierran el poder de lo nombrado, los cabalistas vieron en el nombre de Dios la concentración suprema de energía. Así, el mundo de la divinidad aparece también como un mundo de nombres divinos que se despliegan rigurosamente. Los diez planos de manifestación, atributos o esferas, corresponden a los diez nombres divinos, y a los 22 senderos que vinculan los sefiroth corresponden las 22 letras del alfabeto hebreo, materiales con los cuales se forman los nombres de Dios y la Ley (Torá). El inefable nombre de Dios, que suele expresarse como «Jehovah» o «Yahveh» se escribe YHVH en hebreo (Yod-He-Vau-Hé) y su verdadera pronunciación es un misterio. Este nombre, o *Tetragrammaton*, encierra la plenitud de toda potencia. Las reglas por las cuales se desglosan los nombres divinos son complejas y apelan a técnicas difíciles que se basan en la asignación de un valor numérico a cada letra; así, cada palabra tendrá un valor correspondiente. Una técnica procede a vincular laboriosamente palabras que poseen el mismo valor numérico. He aquí un ejemplo sencillo:

la palabra «unidad» posee en hebreo el mismo valor numérico que la palabra «amor», lo cual indicaría que la naturaleza de la unidad es amor. También puede hallarse una oscura enseñanza en el hecho de que el *Tetragrammaton* posea el mismo valor numérico que «Adam».

Así se precisan las analogías entre lenguaje y realidad, sobre las cuales se asentaría el Tarot:

TAROT
22 arcanos mayores
4 palos o suites
10 naipes numerados
4 figuras por suite

ÁRBOL DE LA VIDA
22 senderos
4 mundos
10 sefiroth
4 querubes

LENGUAJE
22 letras del alfabeto (hebreo)
Tetragrammaton
10 nombres divinos
Tetragrammaton

Hay un principio místico que afirma que la Torá es un tejido de nombres divinos —El, Alohim, Adonai...— que derivan del Tetragrammaton. A partir de YHVH y mediante combinaciones y permutaciones, surgiría la Torá. Los que conocen y comprenden esos procedimientos generativos pueden reconstruir el camino inverso y ascender de la multiplicidad dada a la primigenia unidad. Y lo mismo ocurre con el Árbol de la Vida: el proceso teogónico que va de arriba a abajo puede entenderse como un acercamiento del hombre a Dios si se recorre desde abajo hacia arriba. Así se unen dos mitos: la unidad divina es medio de contacto de potencias primitivas de toda exisencia, y la Torá es el infinito símbolo en el cual todas las imágenes y nombres aluden al proceso por el que Dios se da a conocer

Ya Eliphas Levi (Louis Alphonse Constant) insistió, a mediados del siglo XIX, en que los naipes estaban profundamente vinculados con el sistema esotérico de la cábala, y conectó los 22 arcanos mayores con las letras hebreas, los cuatro palos de los arcanos menores con los cuatro elementos y las cuatro letras del Tetragrammaton. Posteriormente los miembros de la Orden Secreta de la Golden Dawn concibieron la ambiciosa empresa de

combinar los conocimientos de las diversas tradiciones ocultistas en un solo sistema, y escogieron como tal la filosofía de la Cábala. De ello resulta que hoy se hayan unido estrechamente las doctrinas alquimistas, astrológicas, cabalísticas y demás, y no resulta sorprendente la siguiente afirmación:

> «El Arbol de la Vida, la Astrología y el Tarot no son tres sistemas místicos diferentes, sino tres aspectos del mismo y único sistema, no habiendo posibilidad de comprender uno de ellos sin la compresión de los otros dos.»
>
> DION FORTUNE,
> *La cábala mística*

Alrededor de 1920, Paul Foster Case sugirió que el Tarot fue ideado hacia 1200 por un grupo de sabios de todo el mundo, congregados en Fez (Marruecos) con el fin de crear un lenguaje universal. Los 78 naipes serían una síntesis de las enseñanzas secretas de la humanidad, doctrinas que, presentadas bajo distintos ropajes, son comunes a las más diversas tradiciones culturales. Al margen de la verdad o falsedad de esta improbable hipótesis, la idea de que el Tarot es síntesis de todo conocimiento y que las infinitas combinaciones de

arcanos responden a cualquier problema, ya había sido defendida por Eliphas Levi y aceptada por varios ocultistas. Se trata de un antiguo sueño del hombre, hermosamente plasmado en la ficción por Hermann Hesse en su *Juego de abalorios:* articular la ardua complejidad del universo en un sistema de símbolos, tal que las combinaciones de éstos transparenten la estructura esencial de aquél. La hipótesis de Foster Case intenta aquietar un razonable desconcierto: las láminas del Tarot parecen incorporar no sólo símbolos egipcios, gnósticos y judeocristianos, sino también elementos hindúes, celtas, escandinavos, islámicos... ¿Cuál es, entonces, su origen?

Quiero insistir en el hecho de que delimitar el *origen histórico* del Tarot no me parece fecundo, ni siquiera importante. Pues si bien es difícil confinar su historia a una sola tradición, es fácil hallar en todas las cosmovisiones las fuerzas que están a la base de las imágenes, esto es: su *origen simbólico.* Dada la polivalencia simbólica del Tarot resulta vana la pretensión de agotarlo dentro de un marco cultural definido; más prometedor es el empeño de armonizar los distintos planos de significados relacionándolos y poniendo al descubierto sutiles vínculos entre diversas inter-

pretaciones de un mismo arcano. Así, el arcano I (El Mago) remite a Hermes, Thot, Mercurio, Odín, Hanumán, Quetzalcóatl, etc. Y si, como quiere Jung, la imagen unitaria que puede denominarse «Hermes» o «Thot» corresponde a una fuerza o complejo de fuerzas dinámicas actuantes en el inconsciente colectivo —un Arquetipo— tanto más inútil resultará el propósito de producir una serie determinada de enunciados que agoten su riqueza expresiva.

¿Por qué suponer que en una fecha dada varios hombres deciden vincular conscientemente diversos símbolos que apuntan más o menos a los mismos contenidos? Más probable es que tal vínculo brote espontáneamente, de modo no intencional, puesto que, fueran quienes fueran los creadores del Tarot, lo que está en juego en la baraja responde a problemas que desde siempre acosan al hombre, y cuyo entendimiento requiere una inmersión en el pensamiento mítico, mágico y poético. Acaso el estudio de los mitos no sea sino una forma de aproximarse a la comprensión de la estructura psíquica del hombre; acaso esta comprensión, experimentada personalmente, sea una de las puertas que nos reintegren a la dimensión mágica de la realidad; acaso este

reintegro sea la fuente y raíz de toda poesía. Por ello el modo más fructífero de acercarse al Tarot puede consistir en la práctica del pensamiento analógico, del fantaseo controlado que, en lugar de proceder linealmente en una sola dirección, avanza mediante síntesis cada vez más amplias pero siempre incompletas. De aquí que la lectura del Tarot resulte enteramente personal, sin que se disponga de un mecanismo que decida la efectividad de cada interpretación: sólo hay huellas que sostienen a la mente al deslizarse de un significado a otro. Quien no se atiene a ellas está perdido, pero aquellos que las toman como guía emprenden un viaje de infinitos rumbos e innumerables direcciones.

II. MAGIA, MÍSTICA Y ESOTERISMO

«Aquí, alrededor nuestro, está la eternidad misma. Esforzarse en reducirla a una tontería manejable es un acto despreciable y definitivamente desastroso.»

CARLOS CASTANEDA,
Relatos de poder

EL CONOCIMIENTO SIMBÓLICO

He repasado descuidadamente algunas conjeturas sobre el origen del Tarot. Aunque inverosímiles desde el punto de vista histórico —que se propone aclarar cómo, cuándo y dónde surgió este naipe—, todas ellas reiteran la convicción de que, entre otras cosas, el Tarot es *portador de conocimiento.*

Esta pretensión es ajena a una tradición que considera el conocimiento como patrimonio exclusivo de la ciencia. La importancia de reivindicar diferentes modos de conocimiento es decisiva en una aproximación contemporánea al Tarot: el tema de la ciencia y de la realidad cotidiana suscita arduas dificultades que, si desde siempre fueron resueltas por los magos, místicos e iniciados, bloquean el acceso al Tarot para aquellos que se debaten ante las antinomias de la razón y para los que, mucho más numerosos, ya ni siquiera se debaten.

La ciencia es un modo de pensamiento y acción que determina progresivamente al hombre occidental a partir de la Edad Moderna, y que lleva una peculiar manera de relacionarse el hombre con el mundo, con sus semejantes y consigo mismo. Como modo de pensamiento, la ciencia es *investigación* que, recurriendo a la lógica, la experimentación y la observación, expresa sus resultados en un lenguaje *conceptual*, el cual rehúye en lo posible toda vaguedad o ambigüedad y se propone ser emotivamente neutro. Como modo de acción, la ciencia es *técnica y tecnología*, manipulación e instrumentalización de lo real. En ambos sentidos las ciencia apunta en dirección opuesta a la poesía o la religión que,

operando mediante *imágenes y símbolos*, ponen en juego no sólo el ámbito intelectual, sino la totalidad de la vida humana.

El problema aparece disimulado bajo la afirmación generalmente aceptada de que la experiencia simbólica no proporciona propiamente conocimiento, pues no se agota en enunciados objetivamente determinables como verdaderos o falsos o, en el mejor de los casos, rehúyen al razonamiento discursivo y a técnicas controlables de experimentación y observación.

El conocimiento científico es ante todo conocimiento de *leyes* formuladas en enunciados mediante *conceptos*, y cuyas consecuencias pueden confirmarse o refutarse, directa o indirectamente, de modo experimental. El tipo de resultados a que aspira la ciencia es tal que cualquiera que siga rigurosamente los pasos del método han de admitirlos, independientemente de sus peculiaridades personales. Es un tipo de conocimiento que no afecta ni es afectado por la calidad personal del investigador; más aún, sus resultados deben ser tales que lo estrictamente personal pueda —y deba— descartarse a favor de lo objetivo. De este modo, los caminos de la verdad y de

la realización personal (del bien) aparecen independientes y autónomos.

Esto no siempre fue así: en los comienzos del pensamiento especulativo occidental se partía de la identidad vivida de bien y verdad. Para los filósofos antiguos el conocimiento de la verdad iba parejo con el recto vivir, puesto que el primero no consistía en la mera adquisición de información, sino, y ante todo, en un modo de vida. Y cuando Aristóteles afirmó que de todos los modos de conocer la teoría podía remontarse a los primeros principios, pasó inmediatamente a la consideración del modo teorético de vivir (bios theorétikos). El ejercicio de las potencias cognoscitivas implicaba un progresivo perfeccionamiento, ya que el conocimiento de la verdad y el ejercicio de la virtud aparecían como las dos caras de la misma moneda.

Esta coloración del pensamiento antiguo se conservó en la Edad Media, como se ve en la teoría de que las nociones de ente (ens), verdad (verum) y bien (bonum) son totalmente intercambiables. Y si a lo largo de esta evolución el núcleo mítico se revistió con un ropaje conceptual, el conocimiento siguió siendo un modo por el cual el hombre se aproximaba a la perfección o se asimilaba a la divi-

nidad. Detrás de la matemática pitagórica palpita la mística de los números; la dialéctica platónica era simultáneamente acercamiento a la verdad y purificación espiritual; la metafísica aristotélica, que culminaba en teología, hizo del sabio el hombre que realizaba en sí la más perfecta esencia humana, participando del pensamiento que se piensa a sí mismo propio de la divinidad. Y este mismo impulso se conservó en la especulación medieval: para san Agustín el conocimiento es progresión de la naturaleza al alma y de ésta a Dios, y en las etapas de descubrimiento de la verdad se verá más tarde un «itinerario del alma a Dios»; santo Tomás retomará la cuestión del pensamiento analógico que se remonta del ámbito creatural al divino.

Bertrand Russell ha señalado agudamente la primitiva unión de misticismo y lógica, apuntando a una tensión interior entre ambos que se evidenciará en el ulterior desarrollo de la filosofía. Y no es extraño que tal razón mística sea peculiar de pensadores que se apoyaron en el mito (Platón) o en imágenes y procedimientos analógicos (Aristóteles), o en el primitivo e indescifrable misterio de la divinidad (cristianismo). Sin entrar a valorar esta originaria vinculación entre verdad y

bien, es interesante constatar que preserva la integración de dos dimensiones que hoy tienen poco que ver desde la perspectiva científica: conocimiento y existencia. Mientras que contemporáneamente se insiste en que la verdad es propiedad de una proposición y no de un individuo, no puede acallarse el *leit motiv* del existencialismo que, con Kierkegaard, clama no por *la* verdad sino por *mi* verdad: una verdad por la cual vivir y por la cual morir.

Naturalmente, se sospecha aquí un sentido de la verdad que no cabe en ecuaciones ni en conceptos y que, a contrapelo de la objetividad científica, hace evidente que «más vale perderse en la pasión que perder la pasión». Este sentido de la verdad emana de la primitiva vinculación con el bien, o de la fundamental dialéctica entre conocimiento y vida que siempre supusieron los pensadores antiguos y medievales.

En efecto, la relación de conocimiento fue vista como la vinculación del conocedor y el conocido dentro de un contexto extragnoseológico, en el que hay una asimilación que asemeja el acto de conocer al acto de amar: para los pitagóricos el conocimiento de la relación entre dos números era, más que un vínculo intelectual entre dos abstracciones, la com-

prensión de dos potencias vivas de la realidad, que revertía en la existencia del conocedor. Y lo mismo en el conocimiento platónico de las ideas, que hacía del saber una meditación de la muerte, o con la vida teorética de Aristóteles, o con aquella prioridad medieval expresada por san Agustín, tal que conocer es la explicitación y culminación de amor, que es, a su vez, consumación de ser: ser, amar y conocer eran modos de participar en el misterio universal que se cifra en el enigma trinitario: así como Dios es tres y es uno, resulta imposible conocer sin amar, y amar sin ser.

Pero la Edad Moderna, con Descartes, asiste a la constitución del hombre como *sujeto* que representa un *objeto* y que es en tanto que conoce. El famoso «Pienso, luego existo» invierte el orden tradicional y está preñado de consecuencias, pues sólo adquiere sentido si ya no se *vive* una intensa conexión entre hombre, mundo y divinidad en la cual fundar el conocimiento. El hombre se erigió como sujeto o punto de partida, y el mundo entero se redujo a su representación: sin sabor, sin color, sin olor, el mundo fue objeto de conocimiento, en tanto que proyección de magnitudes. La infinita diversidad de lo «real» apareció como un sistema de relaciones represen-

tables (manipulables) por el pensamiento. Esta decisiva posición del hombre como sujeto sólo admitió como objeto todo lo reducible a representación clara y distinta, apresable conceptualmente; lo otro, al no tener relación con el sujeto (por no ser clara y distintamente representable) se desterró del ámbito de la realidad. La medida de toda realidad fue su conceptualización, y no quedó lugar para imágenes y símbolos que, al rehuir la cristalina claridad de la razón, no podían proporcionar conocimiento.

A partir de Descartes, «heraldo de la ciencia», el hombre occidental se conoció como sujeto y descartó toda otra determinación que no se fundara en su representar mediante conceptos. El concierto armonioso del cosmos, que hasta entonces fue adivinado como un inmenso animal viviente, se redujo a un conjunto mecánico de relaciones y magnitudes inertes. Lo que importaba no era el objeto conocido sino el *método* por el cual representarlo: ya no hay entes sino objetos, en función del método por el cual se constituye el sujeto. El conocimiento es sólo conocimiento-de-objeto. La inagotable variedad de lo real viene a reducirse a la *objetividad:* sólo existe

lo representable por el hombre mediante el método.

Con esta nueva actitud del hombre la ciencia comenzó su vertiginosa carrera en la que todos estamos embarcados. La objetividad pasó a ser la nota decisiva de todo conocimiento, tomando como base la radical separación entre sujeto y objeto. La conquista de la verdad parece apoyarse en la dualidad, y de aquí la progresiva expurgación de los elementos no racionales (no conceptualizables) del campo del conocimiento y de la verdad. El conocimiento científico aparece como una actividad por la cual la razón analiza, descompone, articula y diseca un *objeto*. No cabe la inquietud por lo que ese objeto sea más allá de su conceptualización como tal: sea otro hombre, u otro ser viviente, esto es olvidado por el investigador para que surja el objeto de conocimiento. Y si la filosofía occidental ha involucrado una progresiva desmitificación de lo real, es natural que culminara en la ciencia y ésta a su vez en la instrumentalización técnica. A cambio de la total dominación tecnológica, el hombre perdió el contacto con un mundo sobrecogedoramente rico e hizo su morada en un ámbito inerte y previsible. Dentro

de esta concepción resulta grotesco hablar de un «conocimiento» simbólico.

La vigencia del símbolo remite a una etapa arcaica de la existencia. Aun cuando se le niegue su valor cognoscitivo, el pensamiento simbólico no ha dejado de reproducir sus eternas construcciones con la materia del sueño: pronto a manifestarse en los cuentos infantiles, la obra de los artistas y los desvaríos de los locos, o a refugiarse bajo slogans políticos y artificios publicitarios que, naturalmente, conservan toda su efectividad, posee un enigmático encanto al cual no dejan de sustraerse los hombres por muy «racionales» que se consideren. Ni siquiera la empresa científica ha podido evitar esta potencia arcaica, como ha mostrado Bachelard en su psicoanálisis de la ciencia. Símbolos, mitos e imágenes son formaciones espirituales que no sólo permiten comprender mejor qué es el hombre —según insisten los antropólogos y los psicoanalistas—, sino que siempre están indicando una dirección o una puerta hacia un mundo desconcertantemente rico e imprevisible. Es esta dimensión cósmica del símbolo la que aún permanece invisible para los que, ocupados por el estudio de las formas simbólicas, siguen moviéndose dentro de una compren-

sión moderna que no quiere borrar la frontera entre sujeto y objeto e insisten todavía en el ideal de la objetividad. Es interesante atestiguar cómo el abandono de esta barrera permitió que una investigación antropológica se transformarse en una radical inmersión en el universo de la magia en la obra de Carlos Castaneda.

Resulta indudable que, si bien las determinaciones histórico-culturales separan a los hombres y a los mundos en tipos de existencia difícilmente comunicables (por ejemplo, la conocida diferencia entre «occidental» y «oriental»), en el plano del símbolo puede encontrarse una matriz común a la humanidad. A partir de este hecho Jung supuso la existencia de un nivel psíquico más profundo que la conciencia y el subconsciente individual, al que llamó «inconsciente colectivo». Éste sería el preservador de fuerzas o complejos de fuerzas —Arquetipos— que son patrimonio de la humanidad y que, bajo diversas manifestaciones en distintos períodos históricos y diferentes culturas, siempre pueden reconocerse analógicamente. Un ejemplo lo hallamos en la sutil vinculación entre el Thot egipcio, el Hermes griego, el Odín germánico, el Hanumán hindú y el Quetzalcóatl mexicano.

Independientemente de que acaso el inconsciente colectivo no sea sino una conjetura, resulta bastante útil para una aproximación al universo del simbólico dentro del cual adquiere verdadera importancia el Tarot, y que es el territorio en el cual arraigan la religión, la poesía, la magia, la mística y el esoterismo. Todos estos mundos confluyen y se reflejan en el Tarot.

Después de este largo rodeo, hay que regresar al problema planteado al comienzo de esta sección: ¿puede hablarse de conocimiento simbólico?

El *concepto,* instrumento por el cual la ciencia constituye su objeto, se dota de significado mediante la definición. Como herramienta intelectual funciona en tanto resulta aplicable y, previamente, comprensible. Un concepto incomprensible carece de sentido. Por otra parte, un concepto puede perder su campo de aplicación y devenir inservible (por ejemplo, «flogisto»), o bien puede recuperar su campo de aplicación y volver a circular («onda luminosa» o «átomo»). Los conceptos son fundamentalmente históricos, y su efectividad depende de su comprensión por parte de los usuarios.

El *símbolo,* por el contrario, es dual: mues-

tra o patentiza y a la vez oculta y alude a otra cosa. Su riqueza no reside en los significados manifiestos, sino en el conjunto de estímulos que desencadena a nivel inconsciente. Así su efectividad es independiente del grado de comprensión de las personas. Por otra parte, es permanente: por su inagotabilidad, perdura como potencial significativo que irrumpe en diversas culturas y en distintos momentos. Y esta permanencia no consiste en la mera supervivencia histórica, sino en su ahistoricidad: sin una fecha de origen, sin una circunstancia particular que explique su producción, parece pertenecer a la categoría de la eternidad. Así ocurre con los mitos: el tiempo del mito es todos los tiempos o, acaso, ninguno. Ya puede ser que Hermes en cada momento robe el ganado a Apolo, como que ello haya ocurrido cuando aún no había tiempo. Es el «había una vez» de los cuentos, que no puede identificarse con ninguna ocasión particular.

Dada esta peculiar constitución de los símbolos, ¿qué tipo de conocimiento pueden expresar? Hay muchas respuestas, y sólo esbozaré alguna dejando abierta las otras para que cada cual la halle por sí mismo.

Puesto que los símbolos son patrimonio de

la humanidad, no pueden vincularse con situaciones particulares propias de un pueblo o una época. Su pervivencia indica la permanencia de ciertos problemas muy remotos pero que cada hombre estrena en su peculiar existencia. Estos problemas y estas situaciones universales —y a la vez completamente personales— han sido llamadas «situaciones límites». En todas ellas el hombre toma conciencia de que hay un puesto y una tarea —un destino— que le son propios en el cosmos. Puestos en una de esas situaciones, el mito o el símbolo reactualizan el enigma y su solución poniendo en juego una energía cuya acción puede experimentarse como ampliación de la conciencia. Este tipo de conocimiento corresponde a la arcaica identidad entre existencia y verdad que no admite diferencia entre un sujeto y un objeto, sino que posibilita la adquisición de un poder modificador de la propia experiencia y, con ello, resuelve o disuelve el problema primitivo. Este «conocimiento» puede experimentarse como una súbita iluminación o bien como una tensión que progresivamente se transforma en un especial dinamismo, e incluso puede asumir otras formas; pero en todos los casos es enteramente distinto de lo que solemos experimentar cuan-

do conocemos conceptualmente una ley científica. Para que el conocimiento simbólico resulte más discernible por referencia al conocimiento científico usual es importante retrotraerse a una cosmovisión que históricamente acabó por ser desplazada por la nueva actitud del hombre-sujeto cartesiano. La cosmovisión primitiva suele llamarse «animismo».

El animismo es un modo de residir el hombre en el cosmos, tal que éste aparece no como un conjunto de relaciones apresables en su generalidad, sino y primeramente como un organismo vivo con el que se puede entablar relaciones simpatéticas y afectivas. Esto no significa que el animista ignore que una perla es una perla y que la luna es la luna, sino que además de estas vacías identidades adivinaba una energía vital afín entre la luna y la perla.

Es un gravísimo error creer que el animista habita el mismo universo que nosotros, de modo que —ya que hoy no sentimos cómo circula una y la misma vida de la perla a la luna— tal hombre vive en un error y nosotros poseemos la verdad. Su realidad y la nuestra son inconmensurables, al igual que su lógica y la nuestra. Lo que ocurre es que nuestros puntos de vista y esquemas conceptuales han variado tan radicalmente que, con ello, hemos

variado a una nosotros y el universo entero. El animismo es una concepción común a los «primitivos», a los niños y a algunos hombres especialmente sensibles rotulados como «esquizofrénicos» o cosas por el estilo. La particular comunicación que discurre entre las diversas partes del todo y el hombre fue denominada «participación» por Levy-Bruhl, quien cometió el error de suponer que ello era privativo de una mentalidad «alógica». Éste es el peligro que siempre nos amenaza: considerar alógico lo que no entra en las mallas de nuestra propia red lógica, o considerar absurdo aquello que escapa a nuestro grosero criterio de sensatez.

Los hombres que creían que la tierra estaba sostenida por una tortuga que nadaba en un mar de lecho no eran infradotados ni inferiores a nosotros: con seguridad su idea de la tierra no les permitiría llegar a la luna y televisar el acontecimiento, pero no veo en qué este conocimiento y esta habilidad de nuestra generación nos facilite la tarea de vivir nuestra vida de modo impecable e integral.

Desde el animismo primitivo a nuestra concepción particular de la realidad y de nosotros en ella ha habido un proceso que para algunos es síntoma de progreso y que, en un

plano filosófico, puede describirse como la transición de la noción de sustancia a la noción de función, o en términos de E. Cassirer, el progresivo reemplazo del sustancialismo por el funcionalismo.

Brevemente, el sustancialismo es una ideología que piensa al mundo como un conjunto de entes o cosas («sustancias» es la expresión aristotélica clásica) dotadas de propiedades y poderes, y que ve el conocimiento como atribución a las sustancias de las propiedades que a ellas inhieren.

El funcionalismo, en cambio, pone el acento ya no en los poderes de las cosas sino en sus relaciones y, por consiguiente, concibe el mundo como un flujo de acontecimientos sujetos a ley, complejo entramado de interrelaciones. Un ejemplo aclarará la diferencia. Para el sustancialista, el enigma de los cielos habría de explicarse en términos de sustancias (los planetas) dotadas de propiedades y poderes esenciales para su funcionamiento: Marte es colérico; Venus, amorosa; etc. Por oposición, considérense las tres leyes de Kepler sobre el movimiento de los planetas:

1) Las órbitas planetarias describen elipsis, uno de cuyos focos es el sol.

2) El segmento que va del planeta al sol barre áreas iguales en tiempos iguales.

3) La razón del cuadrado del tiempo empleado por un planeta en recorrer su órbita es directamente proporcional al cubo de su distancia media al sol.

La segunda ley indica que los planetas aumentan de velocidad al aproximarse al sol. En la figura 2, el tiempo que el planeta *P* emplea en ir de *x* a *z* es el mismo que requiere para ir de *y* a *w*, ya que las áreas que describe son iguales. La tercera ley afirma que hay una relación constante entre los tiempos planetarios y la distancia al sol de cada planeta.

En los gráficos los planetas figuran sólo a título de puntos, no importando las características peculiares de cada uno, sino las relaciones entre los puntos indiferenciados. La explicación no apela a la esencia peculiar de cada planeta, sino a las relaciones funcionales que los vincula. El objeto de conocimiento son las relaciones, y en esto se expresa el funcionalismo: sin recurrir a sustancias que actúen según su naturaleza íntima, se proponen leyes relacionales.

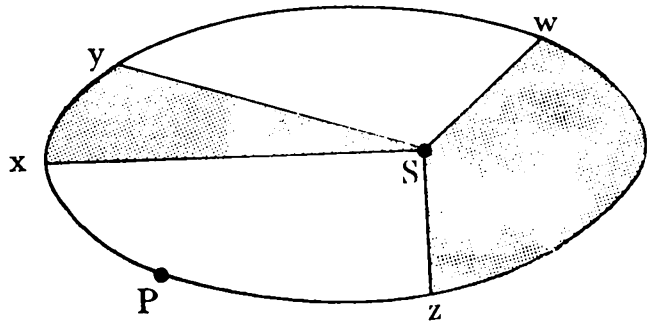


Fig. 2

Es claro que el funcionalismo se impuso con mayor fuerza a medida que transcurría la Edad Moderna, y hoy es uno de los ingredientes básicos de la concepción científica. En este proceso, el mundo y el hombre variaron tanto que resulta casi imposible hablar de pérdidas o ganancias. En verdad, sólo sobre la nueva base ha sido posible el prodigioso avance de la ciencia, pero esto supuso un repentino «empobrecimiento» del universo: éste dejó de ser un animal (sustancia) lleno de vida para convertirse en un conjunto de puntos sometidos a una rutina expresable matemáticamente. De un originario sistema de presencias animadas y poderosas, cada una de las cuales expresa una personalidad propia

y con las que el hombre podía establecer un peculiar diálogo, se pasó a un universo de partículas materiales inanimadas, legalmente relacionadas. El conocimiento de sus leyes permitió la predicción y la manipulación por parte del hombre, único ente inteligente que en su evolución podría determinar también las leyes que acaso rigen su conducta, para extender la instrumentalización a su propia especie, en la que ya difícilmente hallaría presencias en lugar de puntos obedientes a rigurosas regularidades.

Pero el desconcierto emergió ya de las lindes del funcionalismo: después de la victoria de Newton vino la *teoría de la relatividad* y con ello el desengaño respecto a que la ciencia fuera una aproximación a la verdad última, ya que se puso en evidencia que para explicar un conjunto de fenómenos hay infinitas teorías satisfactorias e incompatibles entre sí. Y de esta infinidad ninguna —si cumple con los requisitos de la ciencia— es infalible. El conocimiento científico tuvo que renunciar a la verdad y aceptar diversos criterios para seleccionar una de las varias teorías plausibles. En este punto estamos hoy: cada vez hay más voces que protestan por el desarrollo tecnológico y por la reducción del hombre y de la

sociedad a objetos de un conocimiento fundamentalmente dominador. Y uno de los filósofos de la ciencia más sutiles de la actualidad comenta agudamente:

«¿Pero por qué vamos a limitarnos a reconstruir la percepción que el hombre tiene *de sus semejantes y de la sociedad*? ¿Por qué hemos de estar interesados solamente en la reforma social y considerar sólo nuevas imágenes de la *sociedad*? ¿Debe darse por supuesta la estructura de nuestro *mundo físico*? ¿Se espera de nosotros que aceptemos pacientemente el hecho de que vivimos en un piojoso universo material, que estamos solos en un gran océano de materia sin vida? ¿No deberíamos intentar cambiar nuestra visión de este universo, saliendo de la física ortodoxa y considerando cosmologías más agradables?... La proliferación (revitalización de la astrología, la brujería, la magia, la alquimia, la elaboración de la *Monadología* de Leibniz, etc.) será una poderosa guía en estas materias. Los psiquiatras y los sociólogos, sin embargo, no deben quedar contentos con cambiar la percepción y la sociedad. Deben interferirse con el mundo físico y considerar la reforma de este mundo físico en términos de nuestras fantasías.»

P. K. FEYERABEND, *Contra el método*

Así se pone de manifiesto un fallo en el proceso histórico de Occidente: la fantasía, desplazada por la razón, o si se prefiere, el inconsciente sustituido por la conciencia, son maneras de expresar la polaridad entre símbolo y concepto: al dejar la constitución del universo a cargo de la razón, las demás potencias se confinaron a esferas imprecisas, aceptadas como legítimas en tanto no pretenden pronunciar conocimiento de lo real: el arte, la religión, los sueños. Esta parcial aproximación al mundo fue denunciada últimamente por varios filósofos, pero la audaz propuesta de Feyerabend nunca fue abandonada por cierto tipo de hombres que, aun conviviendo con la tradición científico-conceptual, escogieron vivir en un universo fantástico: los místicos, los magos, los ocultistas. Dentro de esta propuesta cabe replantearse nuevamente las relaciones entre el concepto —por el cual se expresa un orden legal que concluye en manipulación de lo real— y el símbolo —que hace estallar esta misma realidad para abrir las fronteras de *lo otro*, lo inexplicable y a la vez enormemente poderoso.

Y la dimensión simbólica cobra toda su vigencia cuando, rechazando las dualidades sujeto-objeto y método-resultado, exige la pro-

gresiva actualización de las potencias que vinculan al hombre con el mundo. Partiendo de una relación omniabarcadora entre hombre y universo, deviene impertinente la pretensión de arbitrar un método que se aplique independientemente de la calidad del individuo. En este contexto no puede hablarse de técnicas o instrumentos cuyo ejercicio produzca algo exterior al hombre: el centro de toda cuestión sigue siendo enteramente personal. Retornar a la fuente del conocimiento simbólico implica inscribirse dentro de una forma de animismo y restituir la experiencia del mundo como *orden* racional a la experiencia primigenia del mundo como *poder*. La dimensión simbólica cae dentro del ámbito de la fantasía, del inconsciente, en tanto que la dimensión conceptual hace hincapié en la razón y en la conciencia; por lo tanto, los conocimientos que proporcionan símbolo y concepto son de orden diverso y se refieren a *experiencias diversas de lo real*.

Es imposible aproximarse al Tarot sin sumergirse en *otro* mundo que no sea el cotidiano e incluso sin proceder a una destrucción crítica de las categorías que constituyen este mundo cotidiano, tal como lo vivimos en un tiempo determinado por la ciencia y la tecno-

logía. Sólo admitiendo esta inversión de valores puede ser el Tarot portador de conocimiento e instrumento de poder. En nuestra situación histórica no cabe intentar recuperar personalmente el conocimiento y poder de los arcanos mediante un juego sencillo de imaginación que aletea en las trastiendas de un mundo aceptado sin más ni más como *real*. El símbolo, el mito y el rito son llaves que revivirán el conocimiento y el poder del Tarot, previa crítica radical de *esta realidad*, crítica que impone un cambio de naturaleza en el hombre mismo, esto es, una *conversión*.

Microcosmos y macrocosmos

La inmersión en el universo fantástico al que pertenece el Tarot se facilita por la comprensión de estructuras básicas del animismo, como las que se expresan en las correspondencias analógicas entre macrocosmos y microcosmos. La idea de cosmos (orden) es polar respecto a la de caos (confusión), pero no la excluye. Que el universo es un cosmos es un supuesto elemental del pensamiento simbólico: hay un orden, una trama, o mejor aún, varios órdenes y tramas que, a través de los

pliegues difusos del mundo, van dibujando un sentido legible de la existencia. El microcosmos es el mundo circundante, el mundo de la experiencia directa del hombre; el macrocosmos representa, por otra parte, el mundo de la totalidad dentro de la cual se inserta el hombre y su ambiente.

El hecho de que la idea de ciclos cósmicos sea común a diversas tradiciones muestra que el caos, en el cual se reabsorbe el cosmos al finalizar cada ciclo, es siempre sentido o adivinado como aquello imposible de aprehender, trascendente a toda comprensión. En la cábala, el Árbol de la Vida es modelo de la estructura común a micro y macrocosmos que patentiza que el ciclo de manifestación no es sino emanación a partir del Ain Soph Aur (Ilimitada Luz) que rehúye toda captación por parte del hombre. El sentido del misterio latente detrás de cualquier manifestación dota al universo fantástico de una riqueza que lo hace inagotable. Más allá de los órdenes accesibles está siempre *lo otro,* lo innominable. Este otro no puede calificarse, sin más ni más, como *la nada.*

La idea de un mundo surgido de la nada sólo aparece con la convicción de que hay un Dios único, creador absoluto y trascendente,

que ha de construir el cosmos sin materiales previos: esta idea —de origen teológico más que propiamente religioso— es ajena al animismo como forma vívida de estar el hombre en el mundo. Los cabalistas, que operaron dentro de una religión establecida, identificaron la nada con el Ain-Soph-Aur, que no es vacuidad sino plenitud inmanifestada, esto es: que no es la nada vacía, sino la nada de lo indeterminado.

El microcosmos halla su realización en el hombre: éste es un modelo en miniatura, por así decirlo, de todo el universo y por ello posee, en su complejidad, las llaves que le abren a la complejidad mayor y paralela del macrocosmos. Hombre y universo son dos dimensiones de una misma realidad enorme, y entre estas dimensiones hay relaciones de correspondencias que pueden conocerse por analogía simbólica. Sobre estas correspondencias que vinculan una potencia psíquica a un factor cósmico, etc., se fundan modos de conocimiento tan diversos como la alquimia, la astrología y otros. Su axioma básico sigue siendo difícil de conceptualizar: «Todo está en todo» o, también, «Como arriba es abajo, y viceversa». De aquí que toda estructuración del universo apareje una estructuración del ser

humano: si los planetas de nuestro sistema se mueven alrededor del sol, ha de haber en el hombre un equivalente de este núcleo central, análogo al sol, como lo es el corazón. Son los símbolos, los mitos y los ritos los que posibilitan el establecimiento de analogías y los que, a su vez, adquieren su riqueza a partir de ellas.

El conocimiento de las analogías simbólicas es imprescindible para acceder a la comprensión del Tarot. Por ejemplo, el arcano XIX (El Sol) admite un acercamiento astrológico: cualquier estudiante de astrología conoce las correspondencias por las cuales el sol se manifiesta como principio natural de calor, fuerza y luz, condicionante biológico de la vitalidad y rector orgánico de la circulación y el corazón; psicológicamente, el sol se vincula a la voluntad de vivir, a la ambición, el coraje, la nobleza y la generosidad, y socialmente remite a la autoridad, el gobierno o el padre. Todas estas asociaciones astrológicas facilitan un primer enfoque del arcano XIX, sin agotarlo.

Afín a las ideas de microcosmos y macrocosmos es la noción de un Centro: el Centro del Mundo que conecta a ambos universos y en el cual se congrega propiamente lo sagra-

do; las imágenes más comunes de ese Centro son las del Pilar del Mundo o el Árbol Cósmico o la Montaña Central, y los mitos en los que tales imágenes desempeñan roles decisivos son innumerables. Este Centro mantiene vinculado al microcosmos con el macrocosmos, al «arriba» con el «abajo», como una escala tendida de la tierra al cielo. El Árbol de la Vida, la Escalera en el sueño de Jacob o el Montsalvat de Parsifal son versiones del Centro alrededor del cual se preserva la identidad final entre hombre, mundo y divinidad.

De este modo, la búsqueda del Centro es también la búsqueda de la totalidad: la religación primigenia sobre la cual se asienta la convicción mística de que todo se manifiesta en todo, o el dogma mágico de que todo actúa en todo. Jung ha interpretado psicológicamente este Centro como el «sí mismo», la integración personal de los diversos niveles de la psique en una unidad más amplia que la del ego o la de la conciencia. Y por ello mismo el Tarot puede interpretarse como aludiendo a fuerzas cósmicas, a arcanos del universo, a potencias individuales o a vínculos que conectan al individuo con el mundo. Cada naipe puede señalar principios y fuerzas que operan en el cosmos, procesos en la expansión de la con-

ciencia, o aspectos y direcciones psíquicas individuales.

La mística es la búsqueda de una experiencia inmediata y sentida de la divinidad o de la realidad última, que halla su culminación en la fusión de hombre y divinidad: la experiencia mística procede por etapas en las cuales el mundo empírico se reduce a un universo de manifestación de Dios. La magia, por el contrario, es el conocimiento de tal unidad para *actuar* de modo que la presión en un plano de realidad produce un efecto en un plano análogo.

El esoterismo, por otra parte, consiste en la búsqueda del conocimiento de tal unidad independientemente de su realización personal o del poder que tal conocimiento conlleva. De un modo simplificado puede decirse que al místico le corresponde la fusión amorosa con la unidad divina, al esoterista el conocimiento de tal unidad, y al mago la acción y el poder a partir de tal unidad. Estos tres motivos no van siempre desligados y hunden sus raíces en la convicción de que el orden manifiesto y el inmanifestado actúan en el microcosmos al igual que en el ilimitado universo, y se conectan a través del Centro sagrado que los vincula. En este contexto adquieren todo

su significado el mito y el rito. Cada práctica mágica o religiosa es parte de un símbolo que abarca al micro y al macrocosmos: los padecimientos del asceta y el eremita cristiano corresponden al sufrimiento de Cristo, el vegetarianismo del yoguin corresponde a la hermandad de los vivientes y a la ley del karma, el bautismo corresponde a la muerte del ser antiguo y al nacimiento del nuevo individuo converso, etc. Desvinculado de este contexto, el rito es mera forma vacía carente de operatividad. El mito, por otra parte, reactualiza el tiempo sagrado y, arrancando al hombre de su tiempo histórico individual, lo proyecta al tiempo sagrado y patentiza que el ser humano posee una realidad no identificable con sus limitaciones temporales o históricas. Así, impide la identificación de lo que cada hombre parece ser (o poseer) con su verdadera realidad, trascendente a tales determinaciones particulares. En el mito, el héroe que debe afrontar infinitos peligros para conseguir la mano de la princesa o el tesoro escondido no es sino el hombre que ha de acceder a la realidad más profunda. De este modo, mitos y ritos apuntan siempre a la integración en una unidad trascendente a los límites fácticos de

cada individuo, devolviéndolo a la plenitud primera de la eternidad.

La iniciación

«Iniciación» es un término difícil de precisar, pero en todo caso se refiere a un cambio a partir del cual el hombre se reintegra en un nuevo ámbito, del cual permanecía apartado por razones particulares o sociales. Dentro de un universo mágico, la iniciación coincide con la toma de posesión por parte del aspirante de un conocimiento o un poder inaccesibles para la mayoría de los hombres. En términos más generales, siempre se alude a una conversión o a un renacimiento simbólico. Iniciación significa muerte y resurrección del neófito, míticamente representado por el descenso a los Infiernos y la ascensión al Paraíso. El héroe de un cuento de iniciación debe pasar por las puertas de la noche y el día, o hallar una raja en un muro que no ofrece aberturas, o subir al cielo por un pasaje que se abre sólo un instante, o meterse en las entrañas de un animal gigante (ser devorado) para renacer transfigurado. Se está apuntando siempre a un cambio en el hombre, por el cual éste acce-

de a una nueva realidad, a un mundo *otro*, lo que implica una ampliación de la conciencia.

Dentro de la cábala, el rito iniciatorio tiene por objeto la transmisión del nombre de Dios del maestro al alumno, y en todos los ámbitos el neófito ha de pasar por una serie de pruebas que le habiliten a la adquisición del secreto.

Los naipes del Tarot parecen representar etapas en un sistema de iniciación o de instrucción conducente a la iluminación espiritual. Esto es particularmente notable dentro de la tradición esotérica actual, que asigna un arcano mayor a cada sendero del Árbol de la Vida. Si los diez sefiroth expresan planos de realidad cósmica y no sólo individual, los 22 senderos son caminos subjetivos por los cuales puede ascender el hombre y lograr la identificación con Dios. Pero incluso fuera de esta tradición es fácil hallar conexiones entre Tarot y otros sistemas de desarrollo espiritual como la alquimia y las diversas concepciones gnósticas. Lo curioso es que estos diversos peldaños pueden hallar equivalentes en las etapas que, según Jung, sigue el proceso de desarrollo psíquico culminante en la plenitud del «sí mismo» y al que llemó «proceso de individuación».

Es característico de la iniciación el pasar por pruebas, de modo que nunca se la obtiene de modo pasivo o gratuito. La idea de lucha, desafío para lograr la plenitud y de peligro asoma detrás de este cambio de naturaleza, y si puede hablarse de un proceso cósmico que conduce a la divinidad a la multiplicidad fenoménica en la que nos hallamos inmersos, la iniciación será la reconstrucción inversa de dicho proceso: el ascenso y culminación de las polaridades y dualidades de la existencia en la unidad primitiva que se muestra en el Centro.

La idea de una liberación de las limitaciones o ligaduras que impiden la adquisición o asimilación de la verdad es un eje básico: esta iniciación es mística (liberarse de las determinaciones singulares para fundirse con Dios) o filosófica (liberarse de la ignorancia, cuyo velo deforma la verdadera naturaleza de la realidad). Lo que sirve de motor a toda tradición iniciática es el esfuerzo por superar las determinaciones contradictorias que minimizan la realidad humana: conocerse y superarse continuamente es el único camino de reconciliación con y en la divinidad. Esto implica aceptar que lo que el hombre es de hecho sólo sirve de punto de partida para lo que

puede y debe ser: en esta lucha, el mundo se transfigura y al final del camino espera la transfiguración definitiva en la que uno mismo y el mundo son una unidad que tiene poco que ver con el hombre y el mundo parcializados de los que se partió. En el *Corpus Hermeticum* se dice:

> «Piensa que nada es imposible para ti; piensa que tú también eres inmortal y que serás capaz de aprehender todas las cosas con tu pensamiento... Hazte a ti mismo tan alto como todas las alturas y tan bajo como todas las profundidades, une en ti todos los opuestos... Piensa que estás en todas partes a la vez..., piensa que aún no has nacido, que estás en el útero, que eres joven, que eres viejo, que has muerto, que estás en el mundo más allá de la tumba; capta en tu pensamiento todo esto a la vez, todos los tiempos y lugares, todas las sustancias y cualidades y magnitudes juntas; entonces puedes aprehender a Dios.»

Este estímulo para trascender la propia finitud se halla también entre los indios americanos:

> «—Debes empujarte más allá de tus límites.
> —¡Pero eso sería una locura, don Juan! Nadie puede hacer eso.

—Muchas cosas que haces ahora te habrían parecido una locura hace diez años. Las cosas esas nunca cambiaron, pero sí cambió tu idea de ti mismo.»

CARLOS CASTANEDA, *Cuentos de poder*

En este sentido, el Tarot en tanto que esquema pictórico de un proceso iniciático versará sobre las limitaciones humanas, por cierto, pero también —y sobre todo— acerca de las potencialidades enormes que el hombre puede desarrollar mediante una continua y renovada conversión.

NÚMEROS Y SÍMBOLOS

Ya en la antigüedad el proceso de constitución del cosmos se vislumbró como la producción de la serie numérica a partir de la unidad y, más profundamente, a partir del 0. Como todo número puede reducirse a uno de los dígitos mediante reducción o adición mística, tal proceso se expresó en la generación de los diez primeros números. Esto fue conocido por los pitagóricos, y se incorporó al pensamiento gnóstico y la Cábala, sobreviviendo en la tradición esotérica contemporánea.

Invirtiendo el proceso, la recomposición del 10 en la unidad primitiva, y su final reabsorción en el 0 indicarán el sucesivo proceso de iniciación que culmina en la fusión con la divinidad.

Las ideas expuestas en esta sección son imprescindibles para hacer del Tarot un elemento vivo que desde siempre expresa y actualiza en imágenes el conocimiento que transfigura al neófito en iniciado, al iniciado en adepto y al adepto en sabio.

CERO

La serie numérica suele comenzarse con el 1, puesto que el 0, más que portador de una idea definida, parece aludir a la vacuidad de ideas. En verdad la primera y más simple asociación es la que remite el 0 a la nada, lo indeterminado, lo inexistente. Pero en tanto que previo a todo número, alude en verdad a la eternidad que es anterior a la sucesión y al tiempo. La idea de una nada vacía surgió cuando teológicamente se quiso preservar la radical trascendencia de un Dios único y creador. A esta noción se opone la idea de una nada plena, que sólo es «nada» en cuanto escapa a

toda determinación como cosa o ente particular. Hay que partir de la nada para llegar a la aprehensión de algo, y a ello apuntaba Leibniz cuando señalaba que la cuestión básica de toda metafísica era la pregunta: «¿Por qué es el ente y no más bien la nada?». En el plano filosófico, Hegel responde con su primitiva identidad indeterminada entre ser y nada, y provee de una excelente noción del 0 como símbolo primigenio.

El 0 remite a lo que *aún* no es, pero que puede serlo todo. Su forma más abstracta es la de la negación, que se afina como negación de todo límite o determinación, y se completa como luz o energía infinita: es el No (Ain), No Limitado (Ain Soph), Luz Ilimitada (Ain Soph Aur) de los cabalistas. El 0 es la nada de pensamiento, el *caos*, la potencialidad como raíz oculta de toda manifestación. En última instancia es Dios antes de la creación, más allá de su aprehensión por parte del hombre: la dimensión misma de la absoluta *otredad*. Su forma gráfica es la del círculo, figura autocontenida e infinita al carecer de principio y de fin.

El 0 puede entenderse como adición de (+1) y de (—1). Los pensadores chinos llamaron al 1 *Yang* o principio masculino, y al —1, *Yin*, o principio femenino. El 0 es la unión

básica e indiferenciada de los principios constituyentes de la realidad, la primitiva identidad que trasciende a toda determinación como activo o pasivo. Es así símbolo de la plenitud que para el hombre es plenitud vacía, pero que en su desarrollo aparecerá como plenitud desbordante y sobrecogedora.

UNO

Éste es el (+1) o principio Yang: primera posición, afirmación primitiva como manifestación de fuerza. La potencia creadora masculina se expresa aquí como pura actividad, y de ahí que se asocie al macho como generador e indique tendencia a la manifestación, creación, impulso, origen, actividad. Se representa mediante el punto, que no admite partes y es centro de irradiación. En el campo astrológico indicaría la totalidad del Zodíaco.

DOS

Es la negación que sucede a la posición o afirmación primera, del mismo modo que la antítesis sucede a la tesis. Como principio Yin,

el 2 representa la pasividad femenina, la hembra como matriz que aprisiona el principio generador del macho. Tal vez a esta primitiva escisión del 1 en 2 se refiere el mito de la creación de Eva a partir de la costilla de Adán. Surge así la oposición y la polaridad: día-noche, macho-hembra, luz-sombra, sol-luna. Su figura es la recta, que supone dos puntos y no uno solo. Es esta polaridad entre actividad y pasividad el eje que rige a los procesos iniciatorios, que distinguen siempre dos vías:

a) Vía seca, solar, activa, exterior.

b) Vía húmeda, lunar, pasiva, interior.

La primera corresponde al camino de la acción y la segunda al camino de la contemplación. Ambos son modos legítimos de llegar al Centro, y se ilustran en la serie de los arcanos mayores del Tarot dispuestos en dos hileras:

ACTIVIDAD
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

PASIVIDAD
0 21 20 19 18 17 16 15 14 13 12

Como señaló Oswald Wirth, para progresar por la vía activa o seca, el hombre ha de adquirir los conocimientos apresados en los arcanos 1, 2, 3, 4 y 5 —fase de preparación teórica— para pasar por la prueba decisiva del arcano 6 y realizar lo expresado en los arcanos 7, 8, 9, 10 y 11 —fase de aplicación práctica.

En el caso de la vía húmeda o pasiva, se comienza por las obras figuradas en los arcanos 12, 13, 14, 15 y 16. El arcano 17 indica el punto de transición a la progresiva iluminación reflejada en los arcanos que van del 18 al 0. Mientras la vía solar procede de la teoría a la práctica, la vía lunar invierte el proceso.

También resulta útil la consideración de los arcanos mayores por parejas:

0-1: Paso de la ignorancia a la iniciación (conversión).

2-3: La potencia femenina en la dualidad espiritual-material.

4-5: La potencia masculina en la dualidad material-espiritual.

6-7: La prueba o alternativa y su victoriosa realización.

8-9: El proceso de justificación de hechos y recelo ante el brillo externo.

10-11: El cumplimiento del destino, por el cual las potencias inferiores resultan controladas y armonizadas por el ser superior.

12-13: El sacrificio de lo inferior por lo superior y la sublimación del ser perecedero.

14-15: La renovada energía que se enfrenta con el centro mismo de toda fuerza.

16-17: El derrumbe de la materialidad que sublima la energía primitiva y permite la aparición cósmica de la conciencia superior.

18-19: La sucesión noche-día, el paso de la fe a la convicción, con el reencuentro de la parte mortal y la parte inmortal del hombre.

20-21: El renacimiento místico y la final fusión con el Alma del Mundo, identificación entre hombre y universo, o creatura y creador.

Ciertamente, todas estas dualidades apuntan a la primera oposición de tendencias fundamentales operantes en el cosmos: expansión dinámica (Yang) y concentración estática (Yin), que los alquimistas entendían como operaciones básicas de todo proceso expresadas en el «Solve et coagula» (Divide y une) y que los filósofos han recogido como «análisis» y «síntesis».

También los cabalistas se refieren a esto cuando conciben la divinidad como misericor-

dia y severidad, amor y rigor. Esto se visualiza en los dos pilares laterales del Árbol de la Vida, que aparecen también en los arcanos II y V.

Ahora bien, cada una de estas vías, seca y húmeda, responde a un tipo de fuerza primaria: masculina o solar, y femenina o lunar, que se corresponden con los modos en que se manifiesta la energía psíquica: extraversión o introversión. Puede decirse que el extravertido es el sujeto que se aproxima al conocimiento mediante la acción sobre el entorno y los otros hombres, en tanto que el introvertido busca tal conocimiento mediante la contemplación introspectiva o la lucha consigo mismo.

Según Jung el proceso de individuación, que abarca la vida entera, se divide en dos fases: una etapa solar, extravertida, expansiva, en la cual se da un desarrollo dialéctico que confronta al hombre con los otros y con la realidad externa y culmina con el desarrollo de la conciencia y la formación del ego; a esta sucede una etapa lunar o introspectiva, que enfrenta al ego con las profundidades del inconsciente y que culmina con la realización del «sí mismo» o Centro verdadero de la plena individualidad.

Estas dos vías complementarias pueden

ejemplificarse disponiendo los arcanos mayores como en la figura 3, que muestra dos ciclos: uno que comienza con El Loco y concluye con La Rueda de la Fortuna, y en el cual los naipes miran hacia el interior, y otro que comienza con La Fuerza y termina con El Mundo, en el que todos los naipes miran hacia el interior. Los puntos de transición: La Rueda de la Fortuna y El Mundo, hacen referencia al Centro que conecta macrocosmos y microcosmos, señalando puntos críticos de esta evolución que, siguiendo a A. Douglas, pueden interpretarse así:

a) *Primer ciclo:* El Loco representa el espíritu inocente del recién nacido, que aún no ha adquirido conciencia de sí mismo y, por ello, está sumido en el mar del inconsciente. El Mago indica el primer destello de conciencia, la voluntad dirigiendo los elementos, a punto de enfrentarse a las cuatro potencias informadoras de la conciencia: macho-hembra, material-espiritual, o cuatro funciones psíquicas: intuición, sentimiento, percepción y pensamiento, y los complejos «animus» y «anima» (La Sacerdotisa, La Emperatriz, El Emperador y El Sacerdote). El Enamorado ilustra la prueba decisiva en el desarrollo psí-

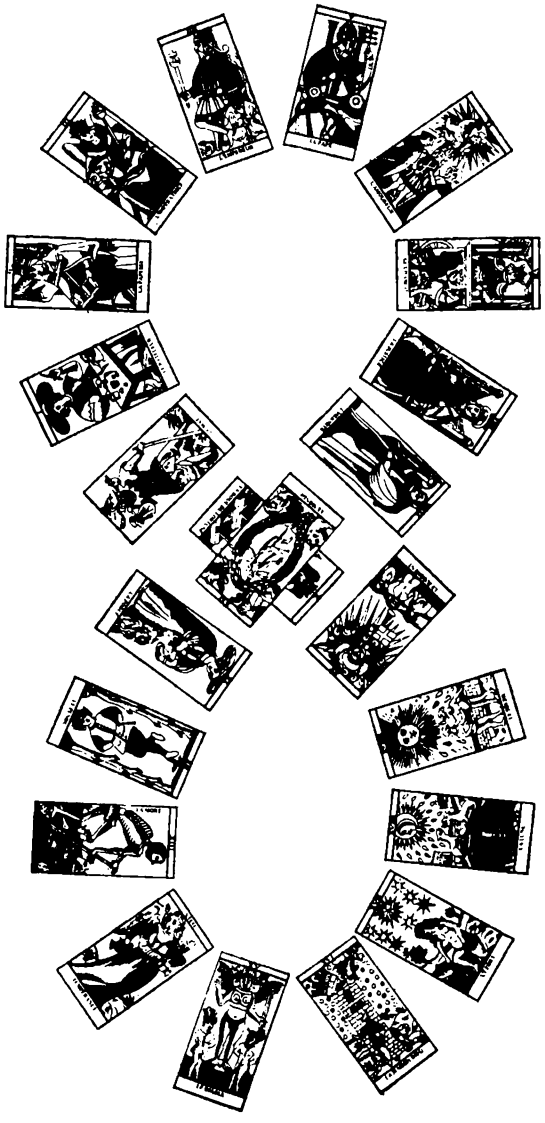


Fig. 3

quico solar, la primera elección entre la madre —fuerza regresiva— y el nuevo objeto de deseo —fuerza progresiva—, o entre lo seguro y lo desconocido.

El Carro indica la feliz solución al dilema con la construcción de una «persona» (máscara, vehículo) adaptada al mundo exterior.

La Justicia muestra la voz de la conciencia que sucede a la construcción del ego y que exige restablecer el equilibrio entre conciencia e inconsciente, descuidado en favor del desarrollo del yo consciente.

El Ermitaño señala el proceso de autoexamen que sucede al reclamo de equilibrio, y La Rueda de la Fortuna marca el punto de transición en que culmina la primera etapa: el hombre se propone iniciar el ciclo interior. Se ha logrado la madurez física y comienza la decadencia exterior que coincide con el paso a la introspección.

b) *Segundo ciclo:* La Fuerza muestra al buscador enfrentado con las fuerzas pasionales, dominándolas sin violencia mediante la sublimación. El Ahorcado expresa el resultado de tal sublimación: la inversión de valores, por la cual los triunfos y logros exteriores se dejan de lado a favor de los valores espiritua-

les. Por ello le sigue La Muerte, que representa la transformación purificadora, la disolución del ego en su primera fase. La Templanza muestra el nuevo centro provisorio de personalidad en el que las fuerzas del inconsciente manan libremente hacia la conciencia. El Demonio muestra el peligroso poder del inconsciente en tanto aparece como fuerza ciega y arrolladora. Si el hombre no perece en este enfrentamiento, la etapa siguiente consistirá en la destrucción de los bloqueos, representada en La Torre de la Destrucción. Es la superación del ego que se derrumba con todas sus defensas. La Estrella señala el brillo de la conciencia superior que despunta como guía en el camino hacia el «sí mismo» y que debe pasar por la prueba de la fe, representada en La Luna: aquí el hombre no puede apelar a sus sentidos o a su razón, pues es la noche del alma, a la que ha de suceder un nuevo amanecer. El Sol muestra la conciliación de los opuestos, consciencia e inconsciente, como gemelos, lo que posibilita el renacimiento de la personalidad (El Juicio, que manifiesta en su integración la totalidad psíquica y la realización del «sí mismo» en El Mundo).

En el campo de la astrología, la dualidad se expresa en la oposición de signos: *a*) de pri-

mavera-verano y de otoño-invierno; *b*) positivos masculinos y negativos femeninos. La primera coincide con extraversión e introversión, la segunda es el contraste de autoconciencia, impulsividad, coraje y energía, por un lado, y discreción, calma, paciencia y contención por el otro.

TRES

Aquí la tensión de los opuestos se resuelve por la producción de un conciliador: el hijo que procede del macho y la hembra, la síntesis que supera tesis y antítesis. En este sentido, es el plano originado por la línea, y se figura mediante un triángulo.

El tema de las trinidades cae enteramente dentro de la simbología del 3, y es patente en el cristianismo con su Dios uno y trino. En todo caso, el ternario es símbolo de producción, nacimiento, generación efectiva a partir de opuestos. Es el Espíritu como primera formación que sintetiza las fuerzas expansivas y contractivas: la espiritualidad comprendida como producto de tendencias antagónicas y complementarias.

Aquí se alude a los tres elementos de los

alquimistas: Azufre (positivo), Sal (negativo) y Mercurio (neutro o hermafrodita).

El 3 alude a la completitud de un ciclo productivo y a una primitiva idea de totalidad: la totalidad del universo en sus tres mundos: Cielo, Tierra e Infierno. Estos tres niveles cósmicos hallan su contraparte en la realidad humana determinada como espíritu, alma y cuerpo. Por ello el hombre es síntesis del universo: el principio espiritual lo vincula con el Cielo, el soplo animador con la Tierra y su constitución material con el Infierno o Mundo de la Muerte.

El 3 alude, a través de la generación, al cierre de un ciclo, a una primitiva totalidad a la que se recurre cuando se dice que el hombre posee un alma tripartita (Platón, Aristóteles): vegetativa, común a las plantas; sensitiva, o común a los animales, e intelectiva, o participante en el reino espiritual. A esta triplicidad se alude también cuando, empleando el Tarot como instrumento de adivinación, se afirma que toda lectura puede hacerse a nivel práctico, psíquico y espiritual.

En el campo de la astrología los signos se agrupan en tres cruces:

a) Cruz cardinal: propiedades dinámicas, voluntad proyectada hacia el futuro, iniciativa, acción rápida.

b) Cruz fima: actitud estática, sentimiento, emoción, sensibilidad, paciencia, constancia, perseverancia.

c) Cruz doble o mutable: la inestabilidad, lo intelectual, la vivacidad de comprensión, sutileza de espíritu, indecisión.

Esta tríada representa, de otro modo, los factores decisivos de toda existencia: fuerzas primitivas y creativas, situaciones determinadas y condicionantes, movilidad y adaptabilidad que permite superar las tensiones.

Una primera aproximación puede verse en la serie de los arcanos mayores dispuesta en tres líneas de siete arcanos —dejando el 0 fuera—, como en la figura 4. La primera columna indica factores cardinales, la segunda los mutables y la tercera los fijos.

CUATRO

Como viene a continuación de un ciclo completado, el 4 representa un primer regreso a la unidad, evidenciado por reducción mística:

$4 = 1 + 2 + 3 + 4 = 10 = 1 + 0 = 1.$

CARDINAL

MUTABLE

FIJO

ACTIVIDAD TRANSICION PASIVIDAD

Fig. 4

Figurado por la cruz o el cuadrado, el 4 representa la evolución del plano en el sólido, esto es: la aparición de la determinación material o corpórea. La generación y producción del ternario adquiere aquí un fundamento sólido, estable. Hay aquí un perfecto balance, evidenciado en el cuadrado. De aquí que el 4 indique estabilidad, permanencia, ordenamiento.

Hay una alusión a la materia en el hecho de que tradicionalmente la naturaleza se consideró compuesta por cuatro elementos básicos: fuego, agua, aire y tierra. Éstos eran imágenes que servían para expresar todo proceso, visible o no, distinguiendo en ello un elemento dinámico, creativo y enérgico (fuego), un elemento receptivo, formativo y fluido (agua), un elemento productivo, generativo y disciplinado (aire) y un elemento de concreción y plasmación (tierra).

En el esquema cabalístico esto se expresa en los cuatro mundos: arquetípico o de emanación, creativo, formativo y activador o material; a su vez, ello halla correspondencia con los cuatro niveles humanos: espiritual, mental, astral y físico, y con las cuatro letras del *Tetragrammaton:* Y-H-V-H.

En el mundo natural hay varias manifes-

taciones del cuaternario: las estaciones, los puntos cardinales, las direcciones fundamentales (arriba, abajo, delante y detrás), fases lunares, etc. También estos procesos se reflejan en los ciclos humanos: infancia, juventud, adultez y vejez; o bien: nacimiento, desarrollo, madurez y muerte.

A partir de los cuatro elementos, los antiguos clasificaron los temperamentos tomando como base cuatro humores primitivos: sangre, bilis, flema y linfa, que resultó en tipos sanguíneos, biliosos, flemáticos y linfáticos.

Desde un punto de vista psicológico cabe recordar la clasificación de Jung de cuatro funciones psíquicas: intuición, sentimiento, percepción y pensamiento.

La misma cuadripartición vale en astrología, que da cuatro tríadas (cardinal-fijo-mutable) correspondientes a los elementos: fuego o energía, impulsión, acción rápida, audacia; agua, o imaginación, sentimiento, calma, apatía e indolencia; aire, o receptividad y sensibilidad, vivacidad, ingeniosidad, excitación; y tierra, o calma, perseverancia, practicidad, fidelidad, rutina, terquedad e insistencia.

En el Tarot esta cuadripartición se manifiesta en las cuatro suites asociadas a los ele-

mentos: bastos-fuego, copas-agua, espadas-aire y oros-tierra. También se presenta en las cuatro figuras de cada suite: Rey, Reina, Caballero y Paje o Sota, que indican la presencia de los cuatro elementos dentro de cada palo o cada mundo cabalístico.

CINCO

Representado por el pentágono o el pentagrama (estrella de cinco puntas), también se le asocia la pirámide (cuatro lados y la base). Hay aquí una especial referencia al hombre, por sus cuatro miembros regidos por su cabeza que se inscriben en un pentagrama revelador de la divina proporción o sección áurea. Hay también una clara alusión a los cinco sentidos.

Aquí surge la dimensión temporal: una vez que se dispone del sólido (4), éste se pone en movimiento a través de la sucesión: aparición de la temporalidad que posibilita la conciencia —nueva referencia al ser humano—. Ahora bien, es imposible arreglar cuatro números en un «cuadrado mágico», tal que la suma de los lados y las diagonales den el mismo número. Es el mismo problema que surge

al considerar que en la división de los cuatro elementos permanece la dualidad entre masculino (fuego y aire) y femenino (agua y tierra). Ello requiere un quinto elemento (éter o espíritu). A la idea de Espíritu le corresponde la letra Schin del alfabeto hebreo, y los cabalistas la introducen en medio del *Tetragrammaton* para representar el Espíritu armonizando los cuatro elementos. Surge así la transformación de YHVH en YHSHVH, Yeheshuah, Jesús. De ahí que el pentagrama se instituya como símbolo de redención y salvación. Jesús es el dios de la eternidad que se sumerge en la temporalidad y se hace hombre. Pero el Tiempo es también el mayor obstáculo para la unión con Dios. El hombre vive en el tiempo, pero a su vez participa de la eternidad: su engaño reside en creer que no existe nada fuera del tiempo. De aquí que la función de los mitos sea recordarnos que cada instante se toca de modo paradójico con la Eternidad, del mismo modo en que Jesús, Dios-Hombre, es perfecta unión de tiempo y eternidad. Redención es sacrificio, y salvación es renuncia. El 5 es, por ello, un número ambiguo: destructivo en cuanto apunta al ámbito de lo temporal, mutable y perecedero, es índice del

Centro en el que todo tiempo puede revertir en eternidad.

SEIS

Representado en el hexágono o en la estrella de seis puntas, muestra el equilibrio de dos triángulos enlazados y opuestos por el vértice.

Con la aparición de la conciencia dentro de la temporalidad, surge la prueba y la elección. Por un lado tenemos aquí la atracción mutua de los opuestos, por lo que los pitagóricos asignan al 6 una connotación sexual; por el otro, es el equilibrio que exige decisión para superar la ambivalencia. El 6, además, se vincula con los seis días de la creación e indica evolución, cierre de un nuevo ciclo (formado por la tríada 4, 5 y 6), progreso.

Resulta instructivo estudiar los arcanos mayores de seis en seis, como muestra la figura 5:

	1		7		13	
2	3	8	9	14	15
5	4	11	10	17	16
	6		12	18	

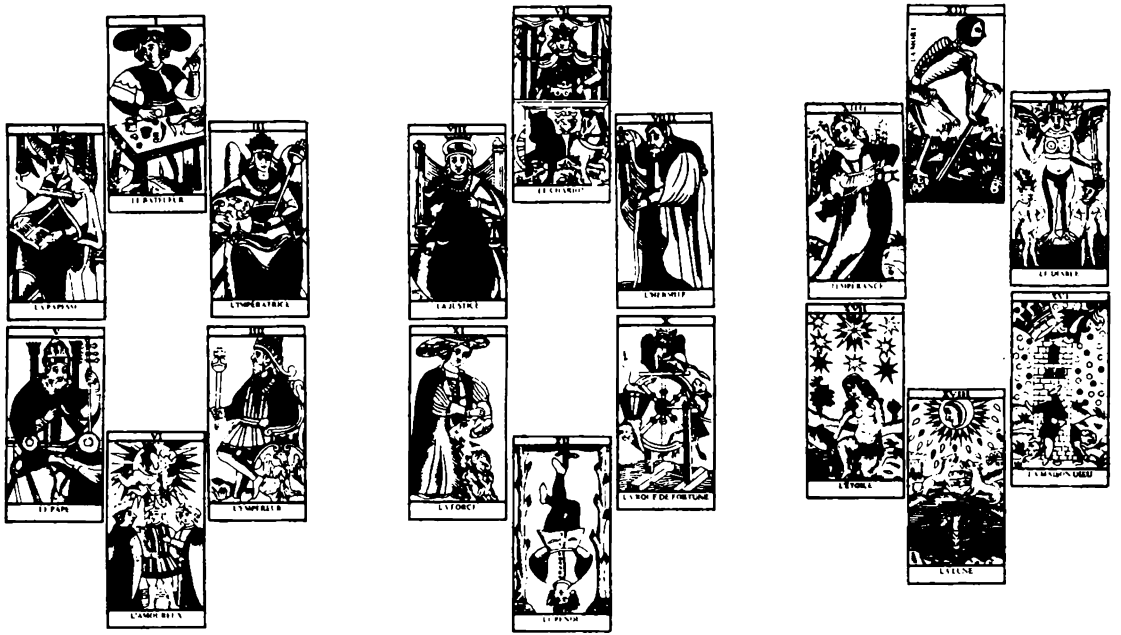


Fig. 5

En el primer hexágono se halla expresada la situación de quien, enfrentado a los poderes masculino-femenino, espiritual-material, se somete a la primera prueba. El segundo hexágono muestra la situación del vendedor que, puesto a examinar pérdidas y ganancias, se vuelve hacia sí mismo y procede al sacrificio sublimador. El tercero ilustra el camino que va desde la muerte del ego, pasando por el enfrentamiento con el inconsciente, hasta la destrucción de los bloqueos y la primera auténtica oscuridad. La situación del primer hexágono revierte en el segundo, que se apresura en el tercero. Esta disposición permite establecer sutiles analogías entre los vértices de los hexágonos: 1-7-13, 2-8-14, 3-9-12, 5-11-17, 4-10-16, 6-12-18, y también preserva cierta proporcionalidad: 2-5, 3-4, 8-11, 9-12, 14-17, 15-16, etcétera.

SIETE

Es un número importantísimo, en tanto que indica el tercer modo de unidad (anteriormente se tiene el 1 y el 4):

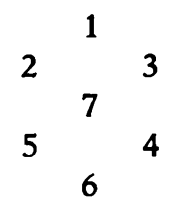
$$7 = 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 = 28 =$$
$$= 2 + 8 = 10 = 1 + 0 = 1$$

Es la plena realización de la unidad en los tres mundos. También aparece como suma del orden espiritual (3) y orden material (4): totalidad de espíritu y naturaleza, símbolo de perfección.

El 7 importa en diversos campos: siete planetas tradicionales de la astrología, que abarcan la totalidad de potencias que actúan a nivel macro y microcósmico. También indican totalidades los otros septenarios: siete días de la semana, siete notas de la escala musical, siete colores del arco-iris, siete pecados capitales, siete virtudes, siete plagas, etc.

Los arcanos mayores pueden agruparse en tres septenarios, ilustrando una interesante doctrina (figura 6):

Septenario del espíritu:



Regido por el principio regulador del intelecto (El Mago), atraviesa las dualidades y se resume en el victorioso resultado de la prueba.

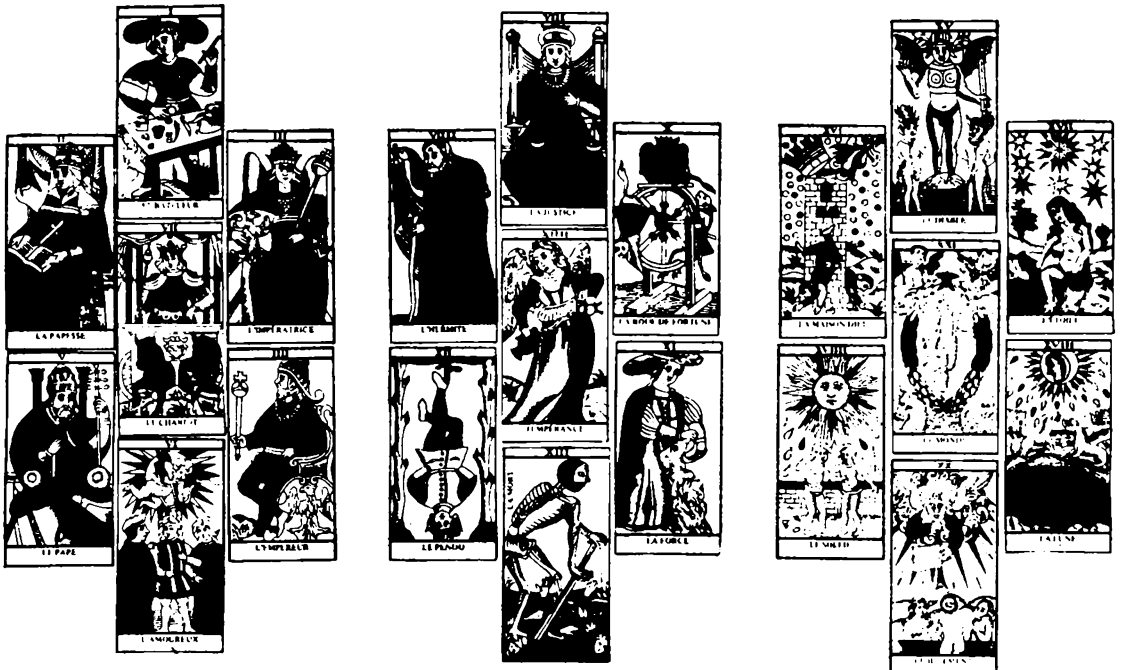
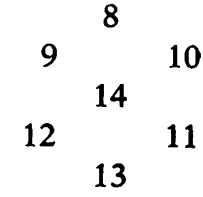

LA PAPESSE
L'EMPÉRATRICE
LE PAPE
L'EMPEREUR
LE PENDU
LA FORCE

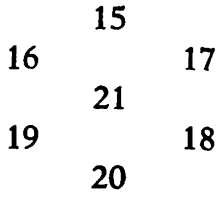
Fig. 6

Septenario del alma:



Regido por el principio de equilibrio, es el camino de la introspección que se renueva a través del sacrificio y concluye en un armonioso intercambio de elementos.

Septenario del cuerpo:



Regido por el principio de la pasión, es el camino de la destrucción de ilusiones materiales y la prueba de fe, a fin de renacer e integrarse como totalidad psíquica.

También es instructivo el ordenamiento en siete ternarios indicado en la figura 4:

				transic.			
Cruz cardinal:	1	4	7	10	13	16	19
Cruz mutable:	2	5	8	11	14	17	20
Cruz fija:	3	6	9	12	15	18	21
	actividad				pasividad		

OCHO

Figurado por un octogno, intermediario entre el círculo (eternidad) y el cuadrado (materialidad), se le atribuye la fuerza mediadora entre el orden natural y el divino. Su forma en la numeración arábiga es la del infinito, y de ahí que sea religación entre cielo y tierra, emblema bautismal, fuente de regeneración.

Por otra parte, se divide en dos números iguales, que a su vez se dividen en otros dos números iguales, los cuales también se dividen en dos números iguales: de ahí que indique justicia, equidad, equilibrio, distributividad.

NUEVE

Tríada de tríadas, cierra el tercer ciclo a partir de la unidad (cierre de la tríada 7, 8, 9).

Sumado a cualquier número, por reducción mística, reproduce ese mismo número. Por ejemplo:

$$8 + 9 = 17 = 1 + 7 = 8$$

De ahí que represente la verdad inasible que cecha en todas las cosas. Multiplicado por cualquier número, se regenera a sí mismo. Por ejemplo:

$$9 \times 4 = 36 = 3 + 6 = 9$$

Por ello representa la verdad imperecedera detrás de cualquier manifestación. Y de ahí su vínculo con lo oculto, lo psíquico y lo espiritual.

DIEZ

Retorno final y decisivo a la unidad primitiva, es la completitud de la dialéctica de lo masculino y lo femenino, ser y no ser. Punto inscrito en el círculo, totalidad manifestada y plenitud, es el número de los nombres divinos y los sefiroth cabalísticos. Por ello mismo, según varios estudiosos, hay diez cartas numeradas en cada palo del Tarot.

En las consideraciones sobre numerología se ha visto que ciertos números integraban la constitución de la astrología que, por lo que atañe a este trabajo, debe considerarse no tanto como una eventual ciencia, sino como una estructura simbólica. De hecho, pueden hallarse obvias analogías entre ciertos arcanos mayores y algunos signos zodiacales: La Justicia remite a Libra, La Fuerza a Leo, La Templanza quizás alude a Acuario, La Estrella sugiere a Virgo, La Luna puede vincularse con Cáncer o Escorpio, y El Sol con Géminis, etc. Independientemente de que estas analogías sean acertadas, es indudable que la astrología provee un tipo de complejo simbólico cuyo conocimiento revierte en la elucidación de las imágenes del Tarot.

El Zodíaco es un circulo que, a partir de una primitiva clasificación en cuatro elementos (fuego, tierra, aire y agua) y una ulterior determinación de cada elemento en tres factores (cardinal, fijo y móvil o mutable), se divide en doce signos:

Los atributos de cada signo pueden hallarse en cualquier manual de astrología. Aparte de los signos y los elementos, la astrología clási-

Elemento

SIGNOS

Masculino o positivo	FUEGO	Cardinal:	Aries	Soy
		Fijo:	Leo	Quiero
		Mutable:	Sagitario	Veo
	AIRE	Cardinal:	Libra	Equilibrio
		Fijo:	Acuario	Sé
		Mutable:	Géminis	Pienso
Femenino o negativo	TIERRA	Cardinal:	Capricornio	Uso
		Fijo:	Tauro	Tengo
		Mutable:	Virgo	Analizo
	AGUA	Cardinal:	Cáncer	Siento
		Fijo:	Escorpio	Deseo
		Mutable:	Piscis	Creo

ca toma en cuenta siete planetas, que actualmente han sido aumentado hasta diez u once, con la adición de Urano, Neptuno, Plutón y Vulcano. Los siete planetas clásicos deben ser entendidos como símbolos de importancia decisiva, pues se vinculan con principios orgánicos, biológicos, psicológicos, temperamentales y sociales, entre otros. Véase luego el cuadro somero, que puede ampliarse con asociaciones mitológicas y otras fuentes.

Así, todas las empresas dominadas por la ambición, el brillo, el poder, estarán regidas por el sol, mientras que las empresas relacionadas con la intuición, los sueños, la memoria, cambios, intimidad, domesticidad, estarán regidas por la luna. Mercurio rige las empresas dinámicas de conocimiento, comunicación, mediación, intercambio, análisis. Venus rige empresas de amor, afecto, belleza, sensualidad, placer y lujo, en tanto que Marte rige la lucha, combatividad, oposición, competición, destrucción o violencia. Júpiter rige asuntos de construcción, expansión, equilibrio, abundancia, bienestar y regulación, mientras que Saturno tiene que ver con concentración, lentitud, sobriedad, contención, condensación, ocultismo y muerte.

A partir de estas correspondencias pueden

Planeta	*Pr. natural*	*Pr. biológico*	*Pr. orgánico*	*Pr. psicológico*	*Pr. social*
SOL	Calor-fuerza Luz-energía	Vitalidad	Corazón Circulación	Voluntad, ambición Poder, coraje	Autoridad Gobierno Padre
LUNA	Frío-humedad	Secreción Reproducción	Estómago	Inconsciente Memoria Sentido de la forma Imaginación	El pueblo La familia La mujer La madre
MERCURIO	Movilidad Oscilación	Sistema nerv.	Cerebro Manos Palabra	Intelecto Expresión ver- bal. Lógica	Intelectuales Sabios Comerciantes Jóvenes
VENUS	Atracción	Sexualidad Hormonas	Riñones Venas Sexo	Sensibilidad Amor. Sexo Sent. estético	Lujo. Ocio Artistas Las mujeres

MARTE	Empuje, choque Energía cinét.	Actividad sanguínea	Músculos Arterias	Deseos, impulsos Agresividad Combatividad	Policía Ejército Deporte
JÚPITER	Asimilación Expansión Equilibrio	Nutrición Crecimiento	Hígado Vesícula	Espíritu social Justicia. Tend. constructivas Ideología	Magisterio Justicia Administración
SATURNO	Cristalización Pesadez, fijeza	Metabolismo cálcico	Esqueleto Médula	Concentración Sentido del tiempo Seriedad Profundidad Economía	El campo Las minas Culto a los muertos Los viejos

hallarse infinidad de analogías. Con respecto al Tarot, la mayoría de los estudiosos opinan que efectivamente pueden establecerse correspondencias entre planetas y signos con arcanos, pero éstas varían de acuerdo con el tipo de interpretación que se acepte. Desde un punto de vista puramente intuitivo, surgen algunas analogías más o menos obvias entre los planetas y los arcanos:

El Sol: Claramente representado en el arcano XIX (El Sol).

La Luna: En su faz más espiritual, como reina del misterio, de la intuición y el secreto (esto es, Isis), se refleja en el arcano II (La Sacerdotisa); en su aspecto maléfico: ilusión, brujería, error, melancolía, maleficio (esto es, Hécate), se ilustra en el arcano XVIII (La Luna).

Mercurio: Se conecta con el arcano I (El Mago) en tanto indica astucia, locuacidad, magia, habilidad, diplomacia, conocimiento, verdad y mentira. También, acaso, con el arcano V (El Sacerdote) como conocedor de los misterios y representante de la función pensamiento.

VENUS: Diosa de la fecundidad y la reproducción, se representa en el arcano III (La Emperatriz) y en el arcano VI (El Enamorado) como señora del amor; el Cupido que aparece en la lámina no es sino Eros. También se refleja en el arcano XVII (La Estrella).

MARTE: El guerrero se asocia acaso con el arcano VII (El Carro) y sin duda se vincula en su aspecto destructivo con el arcano XVI (La Torre de la Destrucción).

JÚPITER: Se halla figurado en el arcano IV (El Emperador) y en el arcano X (La Rueda de la Fortuna) en sus aspectos de Padre, Señor, Protector, y también como bienhechor, expansivo, Dios de la Buena Fortuna.

SATURNO: Posee las características de lentitud, seriedad, prudencia, previsión y premeditación típicas del anciano que aparece en el arcano IX (El Ermitaño). También se identifica con el griego Cronos, el tiempo que todo lo devora y, por ello, la muerte. De ahí su conexión con el arcano XIII (La Muerte).

Otras analogías zodiacales se verán más adelante.

Guillaume Postel fue el primero que intentó una elucidación esotérica del nombre «Tarot», y en su *Clavis Absonditorum* (1546) vinculó las expresiones TARO, ROTA, ATOR con el *Tetragrammaton*. Pero el primer enfoque esotérico más o menos completo del Tarot lo proporcionó Eliphas Levi, que se basó en estudios de Postel, Raimundo Llull, Cornelio Agripa y otros más.

Eliphas Levi escribió su *Dogma y ritual de alta magia* tomando como estructura la articulación de los arcanos mayores del Tarot: 22 capítulos teóricos o dogmáticos y 22 capítulos prácticos o ceremoniales van desgranando el significado y las conexiones de los arcanos mayores con el mundo de la magia. Entendió el Tarot como una forma pictórica del Árbol de la Vida cabalístico y asignó a cada arcano una letra hebrea, amén de asimilar los cuatro palos de los arcanos menores con el *Tetragrammaton* y con los cuatro elementos. En su asignación atribuyó El Loco a la letra Schin, que se asocia con Espíritu, y que es la letra número 21 del alfabeto hebreo; por ello la carta sin numerar vino a ubicarse entre los arcanos XX (El Juicio) y XXI (El Mundo).

Las ideas de Eliphas Levi fueron ilustradas por Oswald Wirth, discípulo de Stanislao de Guaita, quien también escribió su obra *La serpiente del Génesis* de acuerdo al ordenamiento del Tarot. El doctor Encause, conocido como Papus, jefe de la Orden Cabalística de los Rosacruz, también aceptó las equivalencias de Levi, según las expone y amplía en su obra *El Tarot de los Bohemios*. La correspondencia a Eliphas Levi es la siguiente:

I El Mago: *Aleph*
II La Sacerdotisa: *Beth*
III La Emperatriz: *Ghimel*
IV El Emperador: *Daleth*
V El Sacerdote: *He*
VI El Enamorado: *Vau*
VII El Carro: *Zayn*
VIII La Justicia: *Heth*
IX El Ermitaño: *Teth*
X La Rueda de la Fortuna: *Yod*
XI La Fuerza: *Kaph*
XII El Ahorcado: *Lamed*
XIII La Muerte: *Mem*
XIV La Templanza: *Nun*
XV El Diablo: *Samek*
XVI La Torre de la Destrucción: *Ayn*
XVII La Estrella: *Pe*

XVIII La Luna: *Tsade*
XIX El Sol: *Quoph*
XX El Juicio: *Resch*
0 El Loco: *Schin*
XXI El Mundo: *Tau*

Otra tradición esotérica, también arraigada en el sistema cabalístico, es la de la Orden Hermética de la Golden Dawn, fundada en 1887 por el reverendo A. Woodford, el doctor Woodman y el doctor Wynn Wescott, que contaron con el apoyo del pensador escocés Mac Gregor Mathers. Se vio más arriba que el propósito de la Golden Dawn era unificar la diversidad de radiaciones herméticas en un sistema omniabarcador de correspondencias, articulado sobre el Árbol de la Vida. Así se establecieron analogías entre los arcanos y los símbolos astrológicos, el alfabeto hebreo y el Árbol de la Vida, atribuciones que difieren bastante de las de Eliphas Levi y seguidores. La primera innovación consistió en trasladar el arcano sin numerar, El Loco, al comienzo de la serie, correspondiéndole la letra Aleph. Por otra parte, los 10 sefiroth se interpretaron también astrológicamente del siguiente modo:

KETHEB: Primum mobile o Primeros Estremecimientos.
CHOKMAH: La rueda del Zodíaco.
BINAH: Saturno.
CHESED: Júpiter.
GEBURAH: Marte.
TIPHARETH: Sol.
NETZACH: Venus.
HOD: Mercurio.
YESOD: Luna.
MALKUTH: Los Elementos.

De este modo los cuatro Ases fueron entendidos como formas de Kether, esto es, raíces de poderes más que potencias plenamente manifiestas; los cuatro Doses, ligados a Chokmah, comportan nociones análogas, en tanto que los cuatro Treses se atribuyen a Saturno, los cuatro Cuatros a Júpiter, etc.

Por lo que respecta a los arcanos mayores, la correspondencia con las letras hebreas permitió mayores asociaciones: el alfabeto hebreo consta de siete letras dobles —correspondientes a los siete planetas—, tres letras madres —correspondientes a los tres elementos activos: fuego, aire y agua— y doce letras acoplables a los doce signos zodiacales. Pero esto supuso una modificación del orden de los

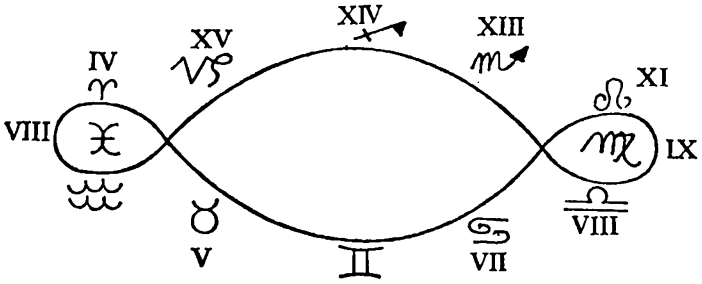
arcanos mayores, puesto que si el arcano VIII —como es obvio— corresponde a Libra, y el arcano XI corresponde a Leo, como Leo precede a Libra, los respectivos arcanos deben intercambiarse. Así, La Fuerza tomó el número VIII y La Justicia pasó a ser el número XI. Esto origina una tabla nueva de correspondencias:

Arcano	*Letra*	*Sendero de árbol*	*Correspondencia astrológica*
0 El Loco	*Aleph*	11	Aire
1 El Mago	*Beth*	12	Mercurio
2 La Sacerdotisa	*Ghimel*	13	Luna
3 La Emperatriz	*Daleth*	14	Venus
4 El Emperador	*He*	15	Aries
5 El Sacerdote	*Vau*	16	Tauro
6 El Enamorado	*Zayn*	17	Géminis
7 El Carro	*Heth*	18	Cáncer
8 La Fuerza	*Teth*	19	Leo
9 El Ermitaño	*Yod*	20	Virgo
10 La Rueda de La Fortuna	*Kaph*	21	Júpiter
11 La Justicia	*Lamed*	22	Libra
12 El Ahorcado	*Mem*	23	Agua
13 La Muerte	*Nun*	24	Escorpio
14 La Templanza	*Samek*	25	Sagitario
15 El Diablo	*Ayn*	26	Capricornio
16 La Torre de la Destrucción	*Pe*	27	Marte
17 La Estrella	*Tsade*	28	Acuario
18 La Luna	*Quoph*	29	Piscis
19 El Sol	*Resh*	30	El Sol
20 El Juicio	*Schin*	31	Fuego
21 El Mundo	*Tau*	32	Saturno-Tierra

Basándose en estas analogías A. E. Waite publicó un nuevo Tarot en 1910, en el cual los arcanos menores también aparecieron ilustrados totalmente, y la figura de El Loco toma la forma de la letra Aleph, en tanto que el arcano VIII es La Fuerza y el VI es La Justicia.

Una ulterior innovación, bastante aceptada, fue la que Aleister Crowley —ex miembro de la Golden Dawn— propuso en su *The Book of Thot:* cambió la correspondencia del arcano IV con la del arcano XVII, resultando que a El Emperador le asignó la letra Tsade y el sendero 28, mientras que La Estrella pasó a vincularse con la letra He y el sendero 15. Este ordenamiento preserva la simetría de los arcanos, pues La Estrella se vincula con Acuario y El Emperador con Aries, y Aries y Acuario están a cada lado de Piscis, así como Leo y Libra están a cada lado de Virgo, signo opuesto de Piscis. Esto se ilustra en la figura de la página siguiente.

Estas atribuciones son importantes, pues se considera que la meditación sobre las imágenes del Tarot eleva la conciencia por los niveles ascendentes del Árbol de la Vida, asimilando los poderes de cada sefiroth a medida que se le alcanza, haciendo por ello posible



una progresiva realización espiritual. Así, el sendero 30 que une a Yesod con Hod se asigna al arcano XIX (El Sol), además de símbolos tales como el planeta sol, los dioses Osiris, Mitra, Apolo, el león, el laurel, el heliotropo, etcétera. Si alguien que quisiera explorar el sendero 30 se hallara con imágenes correspondientes a Saturno o Cronos, el cocodrilo, cipreses, eléboro o belladona, etc., esto indicaría que se ha extraviado, pues estos atributos corresponden al sendero 32, que une a Malkuth con Yesod.

De hecho, tales asignaciones son utilísimas también para el empleo del Tarot en la adivinación.

Otra modificación que impusieron los miembros de a Golden Dawn se hizo para preservar la correspondencia de las cuatro figuras de cada suite con las cuatro letras del

Tetragrammaton. Siendo Yod el símbolo de la energía primaria, el fuego, se le asignaron los Caballeros, que son personajes en movimiento. La segunda letra, He, simbolizando la emergencia de la forma, el agua, se vinculó a las figuras maternales de las Reinas. La letra Vau, símbolo de estabilización, se asoció a las figuras estables de los Reyes. La última, He, que indica concreción y transformación de la energía en forma, se asoció a los «hijos» o Sotas. Pero para preservar la polaridad femenino-masculino, las Sotas o Pajes se convirtieron en Princesas y los Reyes en Príncipes. Así, la cuadriplicidad de Rey, Reina, Caballo y Paje se transformó en la secuencia Caballero, Reina, Príncipe y Princesa.

En verdad, puede obtenerse conocimiento y provecho del Tarot aun desconociendo las asociaciones simbólicas básicas de las corrientes ocultistas. Pero éstas son una fuente inagotable de inspiración y analogías que permiten lograr síntesis cada vez más abarcadoras. Por ello, cualquier incremento en la comprensión de claves de astrología, numerología, psicología, alquimia, esoterismo, orientalismo, teosofía, etc., revierte en un redescubrimiento del Tarot como infinito espejo de infinitas imágenes del universo y el hombre.

Como apéndice, incluyo las atribuciones y valores numéricos asociados usualmente a las letras del alfabeto hebreo:

Letra	*Valor*	*Atributo*
Aleph	1	Buey
Beth	2	Casa
Ghimel	3	Camello
Daleth	4	Puerta
He	5	Ventana
Vau	6	Gancho, clavo
Zayn	7	Espada
Heth	8	Cerca
Teth	9	Serpiente
Yod	10	Mano
Kaph	20,500	Palma
Lamed	30	Picana
Mem	40,600	Agua
Nun	50,700	Pez
Samek	60	Soporte
Ayn	70	Ojo
Pe	80,800	Boca
Tsade	90,900	Anzuelo
Quoph	100	Nuca
Resch	200	Cabeza
Schin	300	Diente, espíritu
Tau	400	Marca, cruz Tau egipcia

SEGUNDA PARTE: LOS ARCANOS

I. LOS ARCANOS MAYORES

> «Cada carta es en un sentido un ser viviente, y sus relaciones con sus vecinas son lo que podría llamarse diplomáticas. Es tarea del estudiante erigir con estas piedras vivientes su templo viviente.»
>
> ALEISTER CROWLEY,
> *The Book of Thoth*

LA SERIE DE LOS ARCANOS MAYORES

Las consideraciones anteriores permiten adelantar algunas lecturas de la serie de los arcanos mayores, ya como ilustración de un modo gnóstico de salvación, ya como etapas del proceso de individuación. Conviene repasar aquí esas interpretaciones:

	Camino de salvación	Proceso de individuación (Jung)
El Loco	El hombre, sumergido en la materia, ignora la divinidad de su espíritu. Es el hombre que no se conoce a sí mismo al comenzar el viaje hacia su liberación.	Es el individuo que carece de conciencia de sí como persona. Inmersión en los pliegues del inconsciente, sinrazón. Fase previa al desarrollo de la conciencia.
El Mago	Eón que guía al hombre mediante su poder sobre el mundo material y que señala una nueva realidad.	Constitución de la conciencia a partir del inconsciente. Dirección de las fuerzas elementales: los sentidos.
La Sacerdotisa	La gnosis. La Divina Sophía, fuente intuitiva de toda verdad. Lo femenino espiritual.	Primera función psíquica: intimación. El «ánima» o elemento femenino en el alma del hombre.
La Emperatriz	La Naturaleza en su esplendor material. Lo femenino material.	Segunda función psíquica: sentimiento. El trabajo y la creación física. La madre. Imagen materna.
El Emperador	El poder secular. El hombre que domina la materia. Lo masculino material.	Tercera función psíquica: percepción. La disciplina y el poder material. El padre. Imagen paterna.

El Sacerdote	La institución religiosa. La Revelación. Lo masculino espiritual.	Cuarta función psíquica: pensamiento. El «ánimus»: elemento masculino en el alma de la mujer.
El Enamorado	Pruebas y elecciones. La alternativa entre Vicio y Virtud.	Complejo edípico: elección de un nuevo objeto de deseo, más allá de los padres. Afirmación personal.
El Carro	Superación de las pruebas.	Formación de la «persona» o máscara: vehículo social, distinto del alma.
La Justicia	Madurez: equilibrio transitorio entre alma y cuerpo.	Exigencia de restablecer el equilibrio entre ego e inconsciente. La voz de la conciencia.
El Ermitaño	Búsqueda de la luz interior, camino de sabiduría.	Introversión: crisis de voluntad a favor del mundo interior.
La Rueda	Giro por el cual el hombre intenta reconducir su espíritu a su verdadera morada. Experiencia de la temporalidad como lucha.	Primer vislumbre del «yo interior». Manifestación de los elementos inconscientes, más allá del principio de conciencia.

	Camino de salvación	Proceso de individuación (Jung)
La Fuerza	Lucha y control espiritual de las pasiones materiales. Superación del instinto.	El inconsciente controlado por la consciencia. El comienzo del proceso de sublimación.
El Ahorcado	Inversión del orden usual, sacrificio de lo inferior por lo superior.	Descenso al inconsciente. Primer sacrificio del ego al postergar los valores y pautas externos.
La Muerte	Transformación del yo perecedero. Muerte del hombre carnal y renacimiento del espiritual. Atisbo de inmortalidad.	Superación de la perspectiva egocéntrica en favor de la egotrascendente. Experiencia de la muerte del ego y la potencia del Yo superior.
La Templanza	Comunión o participación en el mundo espiritual. Renovación de la energía interior, contacto con la vida universal.	Adquisición de un nuevo centro de la personalidad, que restablece el equilibrio entre consciente e inconsciente.
El Diablo	Enfrentamiento con el Demiurgo. Descubrimiento de la fuente de toda energía. El plano astral.	La libido en su potencia primigenia. La energía del Yo interior. El abismo de la disolución en el inconsciente colectivo.

La Torre	Desmoronamiento de la prisión terrena. Primera forma de iluminación.	Disolución del ego; eliminación de los bloqueos y defensas que apuntalan a la «persona».
La Estrella	Experiencia de la divinidad del espíritu como guía a través de las esferas celestes.	Primer resplandor del «sí mismo», restablecido el equilibrio de consciente e inconsciente.
La Luna	El paso por las puertas de la vida y la muerte. Trascendencia de la forma material. El ámbito lunar.	Rechazo de los sentidos y aceptación de la fuerza no racional. Aspecto lunar de la personalidad.
El Sol	Despertar a la luz espiritual: sol que brilla más allá de la muerte.	Primera forma de totalidad psíquica en la que el Yo y su Sombra se hermanan. Los opuestos hermanados.
El Juicio	Renacimiento espiritual. Despertar del largo sueño de la muerte y encuentro con la inmortalidad.	Plena integración de los elementos de la psique. Identificación de los contrarios en la unidad más amplia.
El Mundo	Unión mística con el Anima Mundi, Centro del Universo.	El «sí mismo». La psiquis se expande hasta los confines del universo Totalidad psíquica, en la que se unen «adentro» y «afuera».

Las sutiles analogías entre ambas lecturas indican una estructura latente de gran importancia. Esta misma estructura se transluce en el ordenamiento de la serie por parejas:

1) *El Loco-El Mago:* Hermafrodita o andrógino. Indiferenciado.

2) *La Sacerdotisa-La Emperatriz:* Fuerza femenina lunar y solar.

3) *El Emperador-El Sacerdote:* Fuerza masculina solar y lunar.

4) *El Enamorado-El Carro:* Prueba y superación.

5) *La Justicia-El Ermitaño:* Justicia y prudencia. Búsqueda interior.

6) *La Rueda-La Fuerza:* Tensión entre interior y exterior, o superior e inferior. Evolución y sublimación.

7) *El Ahorcado-La Muerte:* Sacrificio y renacimiento. Cancelación de un ciclo e iniciación de otro.

8) *La Templanza-El Diablo:* Energía en sus dos formas: armónica y desencadenada. La libido.

9) *La Torre-La Estrella:* Iluminación: destrucción y liberación.

10) *La Luna-El Sol:* Vías húmeda y seca. Dos aspectos de la unidad primitiva.

11) *El Juicio-El Mundo:* Renacimiento y unificación. Uno en todo y todo en uno.

Ya se han adelantado otras interpretaciones al mencionar las distribuciones de arcanos en tríadas, hexágonos y septenarios; en todas ellas se alude al itinerario que el buscador, ignorante o inocente, debe seguir para hallarse a sí mismo transfigurado. No cabe aquí repetir esas lecturas, pero hay que insistir en que sólo puede comprenderse el significado de cada arcano por separado a partir de esas agrupaciones, vinculándolo con las asociaciones numerológicas, astrológicas y cabalísticas.

En lo que sigue haré hincapié en el empleo adivinatorio del Tarot, y apelaré a los resultados de mis propias experiencias en ese terreno. En este sentido, las interpretaciones encierran una elaboración muy personal, que no necesariamente valen para cualquiera; cada lector ha de tener su propia red significante alrededor de las láminas, y para ello incluiré acotaciones bastante generales que sirvan de punto de partida para un trabajo personal. También incluiré una síntesis de las interpretaciones esotéricas de la Golden Dawn y afines, que sólo será de utilidad para

quienes avancen por la vía del esoterismo. Para cada arcano daré tres tipos de información:

a) Correlaciones simbólicas (numerología, mitos y símbolos asociados al naipe).
b) Correlaciones esotéricas.
c) Significado adivinatorio a nivel práctico, psíquico y espiritual.

Nunca debe perderse de vista la estructura de conjunto, que es el fondo sobre el cual vislumbrar la forma individual de cada arcano.

El Loco

Asociaciones simbólicas

Es el único arcano sin numerar y le corresponde el número 0. De allí que se le asocie a la simbología del 0 y del círculo: lo inmanifestado, o lo que es anterior o escapa a toda forma; el inicio anterior al verdadero comienzo. En tal sentido, es el comienzo de un ciclo y, a la vez, su cancelación: es el caos previo al cosmos, y en el que éste se resuelve al concluir un ciclo universal. Como caos, El

Loco expresa lo irracional, lo inconsciente, lo radicalmente otro. Es la profusión de posibilidades no realizadas, implícitas en el caos —el inconsciente— y que toma una doble dirección: la locura o la inocencia, la ebriedad o la pureza previa a toda mácula.

El concepto de «ebriedad» es importante en el pensamiento griego, que lo asocia al dios hermafrodita Dionisio-Baco. La cosmovisión helénica se caracteriza por el profundo respeto por los límites propios dentro de los que se realiza la naturaleza de las cosas: la medida justa. Dionisio, por otra parte, simboliza la desmesura manifiesta, ya como ignorancia de los propios límites, ya como eclosión que desborda toda definición en una forma. Esta desmesura fue llamada «Hybris» por los griegos, y de ahí «ebriedad»: anulación de toda medida, anarquía, éxtasis y delirio que siempre están bajo la protección de Dionisio, eterno inspirador de toda destrucción y renovación. No es casual que Nietzsche apelara a Dionisio, porque es creador de sistemas, destructor y renovador.

Los dos aspectos de lo irracional —ebriedad e inocencia— se encarnan en la leyenda de Dionisio-Baco. «Baco» proviene probablemente del sánscrito «baksha» = «devorador».

A esta deidad se le atribuyen los dones de la locura, el terror, la ebriedad y la alegría, la vida y la muerte. Según una leyenda, Dionisio es concebido en el momento mismo en que su madre, Semele, muere abrasada al ver a Zeus, su amante, en toda su gloria. El niño, perseguido por Hera, es puesto bajo el cuidado de Hermes, que lo disfraza de niña. La vinculación entre El Loco (Dionisio) y El Mago (Hermes) no es casual. Ambos son hermafroditas, y uno será alumno, en tanto que el otro, instructor.

Según otra leyenda, Zeus guardó al niño recién fecundado en su pierna, de la cual nació al completarse su gestación. De todos modos, Hera lo perseguirá y continuamente será amenazado y despedazado para resucitar. Dionisio Baco remite al buscador que ha de pasar por la experiencia de su destrucción y renacimiento. Característico de Baco es el Tirso, su báculo, que acaso esté representado en el bastón sobre el cual se apoya El Loco en su marcha.

Por otra parte, la versión occidental de la tradición de El Loco se encarna en Parsifal, el joven inocente, torpe y puro, que recupera el Santo Grial de Montsalvat (Monte de Salvación = Centro del Mundo). En primer mo-

mento Parsifal comete una locura al matar un cisne sagrado, pero su inocencia le hará resistir las tentaciones del jardín Kundry. La presencia en esta leyenda de Amfortas, rey de Montsalvat herido por el maligno Klingsor, remite a la experiencia del sacrificio y al dios que muere.

En las tradiciones iniciáticas como en los misterios órficos, la figura de El Loco es representada por Dionisio Zagreus, dios que muere despedazado por las Ménades, y cuya resurrección debe experimentar personalmente el iniciado. La reflexión sobre los mitos de Dionisio, Baco, Dionisio Zagreus y Parsifal, junto con la simbología del 0, hacen aceptable la colocación de El Loco al comienzo o al final de la serie de los arcanos mayores.

Correlaciones esotéricas

Al Loco se le asocia a la letra Aleph, que significa toro o buey, animales atribuidos a Dionisio. Es el primer sendero del Árbol (esto es, el sendero 11, si se cuentan los sefiroth como senderos) que va de Kether (Corona) a Chokmah (Sabiduría), y de ahí que se le denomine «Corona de la Sabiduría». Se aso-

cia con el 0 y con el Ain Soph Aur, previo a toda creación. Es el elemento Aire y se dice que representa al Primum Mobile actuando a través del aire en el Zodíaco. Inteligencia centelleante. Su color es amarillo pálido. Es el Espíritu del Éter. Los Silfos.

Significados adivinatorios

Los significados deben derivarse de las correlaciones esotéricas y simbólicas. En el nivel espiritual o existencial, indica la ambivalencia entre inocencia y error, una actitud de búsqueda que se ve amenazada por la equivocación. Es el comienzo de un ciclo, las primeras tentativas inocentes y torpes; a su vez previene contra las ilusiones y la precipitación. La ambigüedad del arcano se manifiesta en una doble interpretación: es el loco sabio o santo, el que se aparta de las normas establecidas, el anarquista o el poeta siempre insatisfecho; pero también es el iluso, el torpe, el que se niega a ver y permanece en una actitud necia y poco responsable. Éstaxis o locura, en todos los casos El Loco indica pruebas difíciles a través de las cuales madurar.

En el plano psíquico o anímico, señala siempre un estado de ansiedad, insatisfacción, nerviosismo, irritación: necesidad de movimiento sin tener clara una meta. Dispersión, estados de embriaguez y de sonambulismo. Temperamento poético pero extremista, gran inestabilidad. Sentimiento de culpa.

En el plano práctico es un naipe de gran inestabilidad: indica una situación irresuelta o un movimiento más o menos súbito, que puede traducirse en un viaje. Asunto que requiere responsabilidad e intuición simultáneamente. Advierte contra la precipitación o la imprudencia.

El Mago

Asociaciones simbólicas

Está asociado a la simbología del 1: comienzo, origen, iniciativa, actividad. Es el verdadero punto de partida, la primera manifestación cósmica, formulación de un orden, de un cosmos. El Mago expresa la primera posición de la conciencia, la construcción de una personalidad que puede manifestarse como expresión de una firme voluntad o como

manejo de máscaras, ilusiones y engaños. En ambos casos representa pictóricamente a Hermes-Mercurio. Este naipe suele denominarse «Le bâteleur» = «el que lleva el bastón», probable alusión al caduceo hermético.

Hermes, hijo de Zeus y Maia —el Cielo y la Tierra— es el *mediador*. De ahí sus atributos hermafroditas: fusión de masculino y femenino, para los alquimista el Mercurio era un elemento neutro.

Según una leyenda, habiéndose disgustado con él su hermano Apolo, Hermes le regaló la lira para reconciliarse y, en cambio, recibió una vara cuyo poder consistía en apaciguar las querellas y conciliar los opuestos. Hermes se encontró con dos serpientes que luchaban fieramente e interpuso su vara: aquéllas se entrelazaron en torno a la vara formando el caduceo. Las dos serpientes simbolizan las dos formas de energía: masculino y femenino, y Hermes aparece como el conciliador. Esta función de mediador lo lleva a ser el mensajero de los dioses, el intermediario por excelencia. Su don de elocuencia y de palabra le da su ambigüedad de lo verdadero y lo falso. Es un mago y, simultáneamente, un prestidigitador.

Hermes está vinculado a Thot, que tam-

bién lleva un bastón característico de la conciliación y la inmortalidad. El complejo simbólico de magia-palabra-mediador-serpiente, relaciona a Hermes con varios dioses de diversos panteones: Odín, Hanumán, Quetzalcóatl.

También es interesante la conexión de El Mago con el mito de Prometeo. Así como Hermes intentó robar el rayo a Zeus, Prometeo procura robar el fuego divino con un tallo hueco de hinojo. (¿La vara que ostenta El Mago en la lámina?). A este dios mediador entre hombres e inmortales se le atribuye el cómputo del tiempo, la invención del alfabeto y los números, la medicina y la predicción del futuro.

Asimismo hay una estrecha relación con Hiram, constructor del Templo de Salomón, cuyos atributos son el compás y la escuadra. Y así como a Hermes se le atribuye la redacción del *Corpum Hermeticum* y a Thot la escritura del *Libro de Thot*, a Hiram se remonta la inspiración de la *Tabla de la Esmeralda*, cuyo axioma básico es: «Como arriba es abajo, y viceversa».

En todos los casos las conexiones míticas apuntan al manejo del poder de conciliar los opuestos —de ahí las figuras hermafroditas—.

El caduceo, el bastón de Thot y el tallo de hinojo de Prometeo es la vara de El Mago: dominio de la magia y la palabra, señal de voluntad. A este personaje siempre le rodea la ambigüedad de lo real y lo ilusorio, la verdad y la mentira, el saber y la astucia.

Correlaciones esotéricas

Se le asigna la letra Beth, que significa casa. De ahí conexión con Hiram, y la Construcción = Masonería. Es el sendero del Árbol de la Vida que vincula a Kether (Corona-Primum Mobile) con Binah (Entendimiento-Saturno), por lo que se le llama «Corona de Entendimiento». Es Mercurio. El Primum Mobile actuando sobre Saturno a través de Mercurio. Thot. Color amarillo. Ópalos y ágatas. Perfume de sándalo, estoraque y aromas fugitivos. El gallo. La tortuga.

Significados adivinatorios

En el nivel espiritual alude al sabio, al chamán, brujo u hombre de conocimiento. A pesar de que suela entenderse por «mago»

al «ilusionista» que extrae conejos de una galera, en verdad la magia es una manera de vivir y, con ello, de hacerse a sí mismo y al mundo: un modo de constitución de la realidad. Poéticamente, puede afirmarse que cada existencia va trazando un dibujo en su decurso. La cuestión de si este dibujo es contingente o necesario es secundaria en este punto: lo que importa es que la mayoría de los hombres ignoran la trama del dibujo que realizan. Acaso recordando el pasado puedan rescatar ciertas formas ciertos, gestos o presencias que en su momento fueron enteramente casuales y ahora parecen citas planeadas y oportunas. No ocurre lo mismo con el presente y menos con esa dimensión inexistente llamada «futuro». El mago, por el contrario, es aquel que en todo momento controla su dibujo de manera que lo escoge y lo hace voluntaria e impecablemente. Escoge lo que le sucede, en lugar de ocurrirle sin más ni más: escoger es más que aceptar, es sacar el máximo de crecimiento de cada acontecimiento. Ésta es la actitud básica común a los magos de las más diversas tradiciones. De ahí ciertos símbolos que se hallan en la lámina: con el bastón de su voluntad, el mago dispone de los cuatro elementos —copas, espadas, pantácu-

los y varas sobre su mesa— o del conjunto de situaciones que caen en las cuatro suites del arcano menor. Ello no indica sino el manejo de los acontecimientos de modo que cada decisión resulta impecable.

El Mago indica siempre una situación en la que ha de presentarse una salida importante mediante una decisión que implica asumir una posición comprometida: luchando siempre contra sus debilidades, se encuentra en un camino que ha elegido y que, decididamente, debe seguir queriendo. El Mago indica la elección mesurada y cabal de un camino importante.

En el plano psíquico indica inteligencia, características mercurianas, versatilidad, habilidad, diplomacia, elocuencia y capacidad para tratar con situaciones nuevas y complicadas. Siendo principio de la conciencia, es el yo en su manifestación más firme y creativa. Es el empleo del intelecto y de la voluntad para transformar el mundo.

En el nivel práctico señala una situación que exige decisión y habilidad. También puede aludir a una persona mercuriana, un intermediario. Expresa dinamismo, acción, movimiento e iniciativa.

Asociaciones simbólicas

Le corresponde el número 2 y su simbología es lo femenino, receptivo, oculto e intuitivo. Su posición entre dos columnas veladas sugiere una mujer entre las columnas del Templo de Salomón: Belkis, la bellísima reina de Saba. La «Amada» del *Cantar de los Cantares* no parece ser otra que lo que Jung denominó «ánima» en términos psicológicos: la parte femenina del espíritu. Uno de los símbolos femeninos por excelencia es la luna, representada por Isis. La Sacerdotisa es Isis de los Velos, la mujer recóndita, Eva que no peca. En este sentido comparte con la luna la virtud de que su luz es reflejo de la luz solar —lo masculino: Eva se forma con la costilla de Adán.

Si las columnas son pilares del Árbol de la Vida, su ubicación entre ellas señala el sendero que va de Kether a Tiphareth: del principio de toda manifestación (el Padre) a la esfera superior del Yo (el Hijo), trascendiendo el velo del Abismo. De ahí que vincule al hombre con las potencialidades más puras y se le asocie con la divina Sophía (Sabiduría)

gnóstica, o con la Cábala o la Torá, accesibles a la intuición más que al razonamiento.

En el simbolismo cabalístico se dice que es la Gloria Inmanente que ilumina el Templo cuando las dos columnas están equilibradas. De ahí que sea un puente que une consciente e inconsciente.

Siendo la forma más espiritual de Isis, se vincula con la Virgen Eterna: la Artemisa griega, diosa de la luz pura y fría de la noche.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra hebrea Ghimel, que significa Camello e indica el sendero que va de Kether (Corona-Primum Mobile) a Tiphareth (Belleza-Sol), por lo que se la llama «Corona de la Belleza». La Luna. Isis. Sacerdotisa de la Estrella de Plata. El primum mobile actuando sobre el Sol a través de la Luna. El perro, las perlas, el cristal. Arcos y flechas. Olores dulces y virginales.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica una situación que no puede manejarse apelando a los senti-

dos o a la razón: hay una clave que sólo la intuición puede hallar. Por ello señala la inminencia de una situación oscuramente presentida pero indefinible: un velo por rasgar.

En el plano psíquico es la función intuición de Jung. Características lunares. Lo femenino lunar: nocturnidad, melancolía, silencio, misterio. Virginal e intuitiva, escapa a toda fórmula precisa. El «ánima».

En el plano práctico indica una situación oscura pero promisoria. Se requiere intuición y discreción. También representa a una mujer con características lunares. Propósitos ocultos o segundas intenciones.

La Emperatriz

Asociaciones simbólicas

Está vinculado a la simbología del 3: fecundación, fertilidad, realización, superación de conflictos y fructificación. La Emperatriz es lo femenino en su aspecto solar: la Madre, la Matriz, la Gran Diosa de la Naturaleza, la Natura Naturans. De ahí su correspondencia con Venus-Afrodita, diosa de la atracción y de la fecundidad, del amor y la belleza. Afro-

dita nace del mar (María, la Sombra, lo femenino lunar) como una perla —símbolo lunar— y es soberana de la belleza. En este sentido es también la Tierra, la Madre Tierra: Deméter-Ceres, diosa de la siega, benéfica fuerza que hace germinar la simiente en los surcos, la Madre en busca de la Hija retenida en los Infiernos. Se asocia con fecundidad, generación, alumbramiento y crecimiento. Se ocupa de lo relativo al plano físico y se corresponde con el matriarcado. Es un despertar a través del trabajo y la creación: el discernimiento del Paraíso en la Tierra, a fin de descubrir que ésta no es sino reflejo de aquél. En términos psicológicos es la imagen materna, primer objeto de deseo. Dadora de vida y, simultáneamente, sostén y seguridad que tarde o temprano deben ser abandonados so pena de morir devorado por ellos: Kalí, madre que come a sus hijos. Es vinculación sentimental más que intuitiva: el establecimiento de firmes lazos de calidez que, a su debido momento, deben reconocerse al fin de cuentas como «lazos». Es expresión de fuerza creadora: de ahí que por sus caracteres venusianos se vincule también con el arte y la belleza. Indica una influencia protectora, creativa, estable y poco dinámica.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra Daleth, que significa puerta. Representa el sendero que une a Chokmah (Sabiduría, el Zodíaco) con Binah (Entendimiento-Saturno), por lo que se denomina «Sabiduría del Entendimiento». Venus. El Zodíaco, actuando sobre Saturno a través de Venus. La unión de los poderes de origen y de producción. Deméter. Inteligencia luminosa. Verde esmeralda. Paloma. Cisne. El mirto. La rosa. Esmeraldas o turquesas. Olores voluptuosos.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica crecimiento, creación, fecundidad, abundancia de obras. El espíritu se expresa a través del contacto con la naturaleza y el trabajo cotidiano. La maternidad entendida como generación y producción de obras. Dominio de las cosas prácticas y establecimiento de fundamentos sólidos y fecundos.

Protección maternal. Caracteres venusinos.

En el plano psíquico es la imagen de la

Madre: la mujer que da vida pero que puede tornarse en Mater castradora. Corresponde a la función psíquica sentimiento e indica amor constructivo, sentimiento manifiesto en una obra o en un hijo. Disposición generosa y creativa.

En el plano práctico señala una empresa estable y próspera, fecundación, fortuna favorable a través de realizaciones. Puede indicar la madre. También representa a una mujer con características maternales o venusinas.

El Emperador

Asociaciones simbólicas

Relacionado con el 4, alude a la concreción de lo abstracto en el sólido, la completitud de los cuatro, el *Tetragrammaton* y la estabilidad de la obra realizada. Se asocia con todos los dioses poderosos y paternales: Urano, Zeus-Júpiter. Indica el paso del matriarcado (La Emperatriz) al patriarcado. Es el complemento masculino del arcano III: lo activo solar. Es la creación de la voluntad más que de los sentimientos: apunta al poder, a su establecimiento y conservación. No indica la origi-

nal creatividad de Kether, sino la creación derivada del Demiurgo, que aparece como Dios Padre según los gnósticos. Detecta el poder, lo sólido y lo imperial: expansivo y constructivo, indica dominio material. Es la imagen del Padre que puede tornarse en el primer rival. En él se originan la disciplina de la voluntad, el respeto por las normas y las instituciones que determinan un cosmos y no un caos. Su potencia es estable, autoritaria y paternalista. Es el Buen Rey de los cuentos infantiles, sensato, realista y generoso. La posición de las piernas en la figura forman una cruz, símbolo de los cuatro elementos. Sus brazos y su cabeza forman un triángulo coronando la cruz: la voluntad constructora que domina la naturaleza. Su relación con lo sólido, lo pesado y concreto lo vincula con la función perceptiva.

Correlaciones esotéricas

Le corresponde la letra He, que significa ventana. Aries. Es el sendero que va de Chokmah (Sabiduría. El Zodíaco) a Tiphareth (Belleza-El Sol), por lo que se le llama «Sabiduría de la Belleza». La esfera del Zodíaco ac-

tuando sobre el Sol a través de Aries. Inteligencia constitutiva. El carnero. El rubí. Color escarlata. Jefe entre los Poderosos. Zeus.

Significados adivinatorios

Siempre indica una situación sólida, activa, asegurada por el ejercicio del poder: es una energía estable y positiva. Como imagen paterna, alude a una protección, a las instituciones y al poder, a la primitiva formación del Super Yo o conciencia moral.

En el plano psíquico corresponde al arquetipo vinculado con el Padre: el hombre poderoso, protector, amado y simultáneamente al primer rival. Simboliza la función psíquica percepción. Caracteres jupiterianos. La afirmación del poder en obras realizadas, el llamado a la sensatez.

En el plano práctico indica autoridad, ambición, fuerza. Es el poder de la experiencia, la energía y el orden. Riqueza y dominio. Persona protectora, apoyo. El padre, el patrón, el amo.

Asociaciones simbólicas

Vinculado con el 5, le corresponde su simbología: unidad microcosmos y macrocosmos, unión de los mundos terrestre y celeste, número de transición.

Es el aspecto lunar de la fuerza masculina y se corresponde con La Sacerdotisa como positivo con negativo. Se corresponde también con El Emperador como lo espiritual con lo material. En este sentido, es Osiris, cuyo animal es el buey o el toro. Es el Hierofante que explica a los hombres el sentido del mensaje divino, el pensamiento que articula los mensajes del inconsciente. Es poderoso, intelectual y religioso: la contraparte espiritual de El Emperador. De allí que indique al guardián de la verdad revelada, más que al tesorero de obras realizadas o adquiridas. Como complemento de La Sacerdotisa, representa al «animus» o poder espiritual masculino. El Pontífice = el que construye puentes para unir el mundo formal de la materia con el mundo sustancial del espíritu. Enseña, explica y sabe: es san Pedro, el guardián de las llaves del Paraíso. Es la fuente de la fe explicitada

a través de los argumentos de la teología, el pensamiento aplicado a recoger el orden misterioso del universo.

Correlaciones esotéricas

Le corresponde la letra Vau, que significa clavo. Tauro. El sendero que vincula a Chokmah (Sabiduría. El Zodíaco) con Chesed (Misericordia. Júpiter). «Sabiduría de la Misericordia». El Zodíaco actuando en Júpiter a través de Tauro. El Mago de los Dioses Eternos. Inteligencia Triunfal. Osiris. El Toro como querube de la Tierra. El Topacio. Rojo anaranjado.

Significados adivinatorios

Es la energía espiritual masculina que equilibra las columnas del Templo o los pilares del Árbol de la Vida, así como La Sacerdotisa es la energía femenina resultante y protectora de este equilibrio. Indica una situación en la que ha de apelarse a la reflexión, al pensamiento, al estudio. La razón aplicada a asuntos espirituales. Señala una revelación,

las más de las veces obtenida por esfuerzo intelectual y análisis. Transmite la sabiduría tradicional e inicia al hombre en los secretos de antiguas enseñanzas, de las cuales él posee las claves. Actitud religiosa y responsable.

En el plano psíquico representa el «animus» o aspecto masculino del espíritu. Es la función psíquica «pensamiento» e indica orden intelectual, enseñanza, revelación de la verdad en palabras comprensibles. Predominio de la reflexión y el consejo.

En el plano práctico indica enseñanza, explicación, sabiduría. Puede indicar un consejero, así como un intelectual, hombre inteligente, analítico y diestro, aferrado a principios. A veces dogmático.

El Enamorado

Asociaciones simbólicas

La simbología del 6 indica tensión y ambivalencia, por un lado, y por el otro, señala progreso y evolución. Se trata de una situación de oposición o tensión entre contrarios, situación que debe zanjarse para dar lugar a la evolución y el desarrollo.

La lámina muestra una clara analogía con la leyenda de Hércules debatiéndose entre el Vicio y la Virtud. En verdad, este arcano simboliza la atracción de los sexos y la necesidad de elegir entre dos caminos mutuamente excluyentes. Por otra parte, la imagen de Cupido remite al mito de Eros, hijo de Venus. Eros se enamora de Psique y la rapta, viviendo una intensa relación con ella bajo la condición de que nunca lo vea. Pero la familia de Psique, preocupada por su ausencia, consulta al oráculo de Apolo en Delfos, que sostiene que Psique se casará con un monstruo atormentador de dioses y de hombres.

Psique, movida por la curiosidad, cuando su amante duerme a su lado, enciende una lámpara de aceite y se le derrama una gota; Eros despierta enfurecido y la abandona. Después de muchas penurias a las que la somete Venus, Psique logra casarse con Eros y obtener la inmortalidad.

La imagen ofrece profundas enseñanzas acerca de la mente (psique) y el poder del amor y del deseo (Eros). Platón proporciona largas especulaciones acerca de la función de Eros en el camino de desarrollo del hombre.

La lámina también apunta al momento de elección entre vicio y virtud, entre madre y

amada, entre Psique y Venus. En este sentido, alude a una prueba.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra «Zain», que significa «espada». Géminis. Es el sendero que comunica a Binah (Entendimiento. Saturno) con Tiphareth (Belleza-Sol). Entendimiento de la Belleza. Saturno actuando sobre el Sol a través de Géminis. El oráculo de los Grandes Dioses. Las criaturas de la Voz. Color naranja. La urraca. Orquídeas. Inteligencia dispuesta.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica la necesidad de escoger entre dos alternativas importantes y mutuamente excluyentes. La elección aparece como una prueba y los atractivos de ambos caminos resultan seductores. Sin embargo, se ha llegado a un punto en que hay que escoger. Esto indica tensión que, a su vez, es ocasión de progreso.

En el plano psíquico es una clara formu-

lación de la superación del complejo de Edipo: el momento en que el joven, cuyo primer objeto de deseo es la madre, debe desplazar la libido hacia un nuevo objeto: la amada. La madre representa la autoridad familiar, la etapa anterior de desarrollo; la amada hacia la cual apunta Cupido exige el riesgo de la aventura, lo desconocido, la separación de la personalidad de sus propios orígenes. Ésta no es sino la opción entre el pasado y el futuro, entre la seguridad y el riesgo.

Eros no sólo armoniza los opuestos, sino que forma una unidad mayor que la simple suma de sus partes: si la flecha del deseo se dispara en la dirección acertada el resultado será el progreso y el desarrollo personal. Si, en cambio, se resiste a su llamado, se da el caso del individuo que por miedo a la muerte es incapaz de abandonar a su madre y elige el estancamiento. El Enamorado indica siempre elección, afinidad, atracción, amor y conflicto. En el plano práctico se reitera el significado de elección y prueba. También puede indicar una pareja. Afecto, amistad, matrimonio.

Asociaciones simbólicas

Esta lámina remite a la simbología del septenario: triunfo, dominio de lo espiritual sobre lo material mediante un armónico control, victoria enérgica. En el plano mítico alude a Helios-Apolo, que montado en la carroza del Sol reparte la luz. Apolo nació en una isla flotante que Poseidón-Neptuno hizo surgir para que su madre pudiera escapar a a ira de Hera. Cuando nace este dios solar, los cisnes dan siete vueltas alrededor de la isla en su honor. También es Apolo, que mata a Pitón, un monstruo con forma de serpiente, en Delfos, y a partir de entonces protege al oráculo. La frase más conocida de este oráculo es el «conócete a ti mismo». Court de Gébelin ve en El Carro la representación de Osiris triunfal, quien tiene más de un aspecto en común con Apolo.

El Carro sugiere el cuadrado —la materia, los cuatro elementos— dominado por un triángulo (formado por la cabeza y los brazos del auriga), señal del dominio del espíritu sobre la materia y de la materialización de la fuerza espiritual en obras prácticas.

Acaso cabe ver en El Carro una alusión a Alejandro Magno, que decidió remontarse en un carro guiado por dos grifos hasta la unión de cielo y tierra. Las dos bestias que guían la carroza no son sino símbolos de dos tipos de energía que nutren al universo y que el conductor ha de controlar. Pero el simbolismo de la carroza es múltiple: por una parte es un vehículo y alude al cuerpo o a diversas formas de cuerpos (el cuerpo astral de los teósofos). En este caso tenemos la fuerza espiritual revestida de un cuerpo para triunfar en el plano práctico y material.

Correlaciones esotéricas

Asociado a la letra Heth, que significa «cerca». Signo zodiacal Cáncer. Inteligencia de la Casa de Influencia. Es el sendero que liga a Binah (Entendimiento. Saturno) con Geburah (Severidad. Marte). Entendimiento de la Severidad. Saturno actuando sobre Marte a través de Cáncer. Criatura del Poder de las Aguas. Señor del Triunfo de la Luz. Apolo conductor. El cangrejo. La esfinge. Color amarillo naranja.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica triunfo, dominio, disciplina e imposición activa sobre los obstáculos con una energía dirigida a la victoria. Decidida marcha hacia el futuro.

En el plano psíquico alude a la formación de la máscara o «persona» por la cual el yo se enfrenta al mundo y a las exigencias del entorno. A veces indica un adecuado ajuste de esa máscara, a veces es señal de que la máscara oculta totalmente las aspiraciones interiores. Energía y decisión, empeño. Valores sólidos y bien constituidos.

En el plano práctico indica victoria. Triunfo, acción enérgica con resultados existosos.

La Justicia

Asociaciones simbólicas

La simbología del 8 se refiere al equilibrio y a la equidad. Es la armonía entre dos órdenes diversos: material y espiritual, consciente e inconsciente, físico y psíquico. Este arcano se vincula a la Themis griega, diosa de la justicia que regula la marcha de los aconte-

cimientos. Es la justicia que pesa y pondera, que premia y castiga. También alude a los juicios por los que deben pasar las almas en el Infierno, gobernado por Minos y Radamanto. Esta simbología se conecta asimismo con el simbolismo de Libra.

La Justicia expresa la idea de Karma entendida como ley que hace justicia cósmica y humana. En todo caso, indica el acto de pesar en la balanza, el juicio llevado a la práctica implacablemente con la espada de la disciplina.

Como etapa de equilibrio remite a la madurez, a la estabilidad. Probablemente aquí no cuentan los triunfos o los fracasos, sino la impecabilidad ante la cual ninguna derrota es derrota y ninguna victoria es victoria. En este proceso de pesar y juzgar, lo único que vale es el examen que pondera y decide.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra Lamed, que significa Picana. Libra. Es el sendero que vincula a Geburah (Severidad. Marte) con Tiphareth (Belleza-Sol). Severidad de la Belleza. Inteligencia creyente. Marte actuando sobre el Sol

a través de Libra. Color verde. El elefante. El alce. Esmeraldas.

Significados adivinatorios

La Justicia alude, en el plano espiritual, a una situación que requiere hacer justicia o compensar algo: es necesario un examen que otorgue el lugar que corresponde a cada uno de los elementos en cuestión.

En el plano psíquico sugiere la armonía de intelecto y sentimiento: es la voz de la conciencia que exige restablecer el equilibrio a partir de criterios internos y no externos. Indica justicia, equidad, estabilidad, madurez, relaciones equilibradas.

En el plano práctico alude a la legalidad, y de allí que indique tratos, acuerdos, formalidades. También señala pleitos, juicios. La justicia. Las instituciones. Recompensa o castigo.

Asociaciones simbólicas

Asociado con el complejo simbólico del 9, remite a la verdad oculta que siempre está presente y a la culminación de un ciclo que remite al interior. Psiquismo y misterio.

La imagen de El Ermitaño se vincula con la del filósofo Diógenes que, caminando con su linterna, exclamaba: «Busco a un hombre». Diógenes despreciaba las convenciones, se apartaba de las tradiciones en la certeza de que un hombre auténtico posee el centro en sí mismo y no en su acuerdo con las instituciones. En este sentido, El Ermitaño es el Sabio Anciano que se aleja del tumulto de la vida exterior para volverse hacia su propia fuente interna de vida.

Se vincula con Perséfone, la hija de Deméter, condenada a pasar la mitad de su vida en los Infiernos y la otra mitad sobre la Tierra, y que alude al lado oculto e interior de la realidad.

El Ermitaño suele representarse con un reloj de arena, y no es difícil ver su conexión con Cronos-Saturno, el viejo dios del tiempo que devora a sus propios hijos.

Correlaciones esotéricas

Se le asocia a la letra Yod, que significa «mano». Es el signo de Virgo. El sendero que conecta a Chesed (Misericordia. Júpiter) con Tiphareth (Belleza-Sol). Misericordia de la Belleza. Júpiter actuando sobre el Sol a través de Virgo. Inteligencia de voluntad. Una virgen o un anacoreta. Lirio o narciso. Perfume de narciso. El Mago de la Voz de la Luz.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica aislamiento, retiro, meditación: es necesario iluminar el camino, apoyar cada paso con el bastón y cubrirse con el manto de la discreción. Es la prudencia, entendida como un modo de conocimiento: la *phronesis* de los griegos como «saber vivir» y no como saber teórico.

Extrema prudencia porque lo que está en juego requiere premeditación y constancia. Señala al sabio prudente, al hombre que ha aprendido de su propia experiencia y que encuentra en el tiempo una respuesta eficaz.

En el plano psíquico alude al fenómeno de

introversión como culminación de un proceso de maduración que ya no halla satisfacción en las convenciones y triunfos materiales. Características saturninas. Tendencia a la soledad, al silencio. Discreción. Complejo anal. Extrema prudencia.

En el plano práctico advierte que deben examinarse cuidadosamente los detalles antes de emprender la acción. Es una influencia retardadora pero que da paso a lo permanente y no a los logros esporádicos. Alejamiento, retiro. También puede indicar una persona solitaria, retirada y meditativa.

La Rueda de la Fortuna

Asociaciones simbólicas

Vinculada con el número 10, simboliza el cierre de una etapa y la apertura de otra, la completa realización de un ciclo que coincide con el inicio de un nuevo giro de acontecimientos.

Por un lado la imagen remite a la idea de reencarnación: todo pasa, todo se repite. Las tres figuras suelen representar la Esfinge, más allá del ciclo cósmico, Hermanubis o el

Cinocéfalo ascendiendo y Tifón-Set descendiendo: tres formas de energía que gobiernan el movimiento de los fenómenos. Esto se vincula con la imagen tradicional de cuatro personajes que afirman: Regnabo (reinaré), Regno (reino), Regnavi (reinaba) y Sum sine regno (estoy sin reino), y está conectado con la idea de lo perecedero, la mutabilidad, el tiempo que todo destruye y todo regenera. Es la fortuna entendida como azar y como giro, e incluye un estímulo a salirse del ciclo temporal para permanecer más allá de los éxitos y fracasos. La imagen tiene la forma de un mandala y remite a la idea de Centro.

Correlaciones esotéricas

Vinculada a la letra Kaph, que significa «palma». Júpiter. El sendero que liga a Chesed (Misericordia. Júpiter) con Netzach (Victoria. Venus) y se llama Misericordia de la Victoria. Júpiter actuando sobre Venus a través de Júpiter. Inteligencia conciliadora. Brahma, Indra, Zeus. El águila. Encina, álamo, higuera. Amatista, lapislázuli. Aromas generosos. Señor de la Fuerza de la Vida.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica el cierre de un ciclo y la apertura de otro. Todo está en movimiento, y la energía evoluciona fluidamente. Es el transcurso del tiempo, pero también la renovación y transformación de los poderes a través del tiempo. Es una alusión al destino, a la fuerza, que trasciende a la voluntad personal y que incorpora las condiciones relativas a la etapa en tránsito.

En el plano psíquico señala evolución, proceso de apertura, producción efectiva a través del tiempo. Caracteres jupiterianos.

En el plano práctico indica una evolución favorable de los asuntos, un golpe afortunado del azar. También alude a la especulación y el juego. Fin de un ciclo. Comienzo ascendente de una nueva etapa.

La Fuerza

Asociaciones simbólicas

El número 11 indica siempre tensión, vulnerabilidad y peligro de sobrepasar los límites. Por adición mística corresponde al núme-

ro 2, donde vuelven a aparecer las ideas de conflicto, oposición y polaridad.

Por un lado, la imagen remite a la historia de Hércules y el león de Nemea. Hércules, al ver que ni las flechas ni las lanzas herían al salvaje animal, estranguló a la fiera entre sus brazos y se cubrió con la piel del león. El león también se asocia al querube del Fuego y al signo Leo.

No hay que ovidar que Hércules es purificado por el fuego. Pero si el fuego es símbolo de impulso, de energía indómita, la lucha entre el semidiós y el león no es sino una alegoría del encuentro entre el hombre como espíritu y su sombra expresada en el complejo de instintividad e impulso. Así, no se trata aquí de fuerza física, sino de la fortaleza que, sin vencer o destruir al instinto, se sirve de él y en él halla una fuente. De ahí que Hércules se vista con la piel del león. En todo caso, la imagen del Tarot muestra a una joven coronada con el infinito, la cual, sin violencia, mantiene abiertas las fauces del león. Se ha visto en ello una analogía con el proceso por el cual Virgo (la joven) se impone sobre Leo (el león): el otoño domando al fuego del verano es una imagen adecuada para lo que el psicoanálisis ha llamado «sublimación» en

oposición a «represión», esto es, la transformación de la energía libidinal e instintiva en energía espiritual.

Correlaciones esotéricas

Asociado a la letra Teth, que significa «serpiente», La Fuerza es símbolo de Leo. El sendero que va de Chesed (Misericordia, Júpiter) a Geburah (Severidad-Marte) y se denomina «Misericordia que templa a la Severidad». Conecta así los dos pilares del Árbol de la Vida. Júpiter actuando sobre Marte a través de Leo. La serpiente es símbolo de electricidad cósmica que se regenera, a lo cual alude la letra Teth. Inteligencia del Secreto de las Actividades Espirituales. Venus reprimiendo el fuego de Vulcano. El girasol. El ojo de gato La Hermana de la Espada Flamígera.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica el control de la situación sin recurso a la fuerza, por el dominio espiritual o intelectual. Transformación de una situación difícil en otra maneja-

ble y provechosa. La inteligencia dirigiendo la instintividad.

En el plano psíquico alude al proceso de sublimación: resolución de las pasiones materiales en energía espiritual. Fortaleza de ánimo, carácter que se imprime sobre las situaciones, energía controlada.

En el plano práctico indica fortaleza, vigor, fuerza, violencia. Dominio de la situación. Exceso de fuerza. También es síntoma de salud. Esfuerzo.

El Ahorcado

Asociaciones simbólicas

Vinculado con el número 12, es atingente su simbología como completitud de un ciclo (12 meses de un año, 12 signos del Zodíaco, 12 apóstoles de Cristo) y es un número de redención, conectado con el Sol: el Sol entre los 12 signos, José entre los 12 hermanos, Cristo entre los 12 apóstoles.

La figura muestra una cruz (las piernas del colgado) sobre un triángulo (cabeza y brazos), lo cual simboliza el descenso de la luz en la oscuridad, la redención de las tinieblas me-

diante el sacrificio. De ahí que El Ahorcado se vincule con todos los dioses sacrificados: Odín que se cuelga a sí mismo del Ydgrasil o Árbol del Mundo; Osiris, despedazado por Tifón; Dionisio Zagreus, descuartizado, o el Cristo crucificado. Por ello también es símbolo de salvación. Es la carta del Dios que muere para redimir al mundo, y por ello ilustra la historia de la Pasión: Dios se hace hombre y sufre. A su vez, apunta a lo que Sartre llamó «la Pasión invertida»: el hombre que, invirtiendo los valores usuales —de allí que esté cabeza abajo— se identifica con la divinidad. En este sentido, esta carta representa la fórmula suprema del Adepto, y está especialmente dedicada a la mística.

Correlaciones esotéricas

Asociado a la letra Mem, que significa «agua». Agua. Sendero que vincula a Geburah (Severidad-Marte) con Hod (Esplendor, ciencia. Mercurio), llamado «Severidad del Esplendor». Marte actuando sobre Mercurio a través del agua. Mente suspendida. Inteligencia estable. Poseidón, Neptuno. Azul pálido. Águila, serpiente, escorpión. Aguamarina. Mirra. Espíritu de las Poderosas Aguas.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual indica una actitud de sacrificio, de postergada devoción, por la cual se dejan de lado los valores usuales y se acepta una ardua disciplina en favor de valores opuestos. Iniciación, tendencia mística. Hay una atadura a la cual uno se mantiene ligado, voluntaria o involuntariamente, y que inhibe la propia libertad de movimiento. Sacrificio en nombre de objetivos superiores.

En el plano psíquico significa el descenso al inconsciente, el sacrificio de la conciencia a favor de una expansión de las fuerzas más profundas.

Abandono, renunciamiento, prueba. Vinculado con el bautismo, este arcano indica el comienzo del renacimiento, superación de los estrictos límites del ego. En el plano práctico señala sacrificio, acaso inútil. Ataduras difíciles de romper. Aprendizaje del deber. Sufrimiento, dolor, tristeza. Agotamiento.

La Muerte

Asociaciones simbólicas

Siendo el 13 un número que indica la unidad superadora del 12, simboliza la muerte

necesaria de un ciclo completo. Por adición mística remite al simbolismo del 4: detrás de la muerte del ciclo hay un orden, una cabal organización.

Por un lado la segadora está vinculada a Saturno, que devora a sus hijos, al tiempo que inevitablemente enfrenta a cada hombre con su propia muerte. Por otro lado se relaciona con el Shiva hindú: dios que, destruyendo, construye. En astrología la casa de la muerte está vinculada con el signo de Escorpio.

Además, la presencia de miembros sueltos en la lámina recuerda a Osiris despedazado por Tifón: la muerte es el resultado necesario de todo verdadero sacrificio, al no ser sino la otra cara del renacimiento.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra hebrea Nun, que significa «pez». Escorpio. Es el sendero que liga a Tiphareth (Belleza. Sol) con Netzach (Victoria-Venus), y de ahí que se llame «Belleza de la Victoria». El Sol actuando sobre Venus a través de Escorpio. Inteligencia imaginativa. Escorpión, escarabajo, lobo. Cactus. Piedra. Hijo de los Grandes Transformado-

res. Señor de las Puertas de la Muerte. Osiris bajo el poder destructivo de Tifón afectando a Venus.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual significa un corte radical, un cambio fundamental de actitud, un renacimiento entendido como liberación de ataduras.

En el plano psíquico indica un corte y una paralización más o menos bruscos. Transformación y cambio. El iniciado, el hombre en busca de sí mismo, se despoja de su máscara. Agresividad.

En el plano práctico, fin de un asunto, corte, destrucción. También indica muerte o enfermedad grave.

La Templanza

Asociaciones simbólicas

Mediante reducción mística, el número de este arcano corresponde al 5, que aporta las ideas de la divina proporción, la dimensión

temporal, lo perecedero y la transmutación: pasaje del tiempo a la eternidad.

La imagen y el título de este naipe remite a una de las virtudes cardinales: la templanza toma su sentido de la acción de cortar el vino con agua.

El pasaje de líquidos de una jarra a la otra se relaciona con aquello del vino nuevo en odres viejos, y con la transmutación de lo antiguo en vida renovada. Pero el simbolismo del agua se conecta también con las ideas de bautismo y purificación: de aquí que pueda verse una alusión a Indra, deidad hindú de la purificación. Por otra parte, las ideas de aleación y combinación hacen posible hallar en este arcano un símbolo de la Gran Obra alquímica, cuya realización consistía en la adecuada combinación de los elementos contradictorios en el caldero. He aquí una nueva alusión al 5: los cuatro elementos y el Vitriolo, el Solvente Universal de los alquimistas.

También hay una referencia a la diosa griega Iris, cuya or es el lirio, mediadora y mensajera entre dioses y hombres, transformadora del agua y la luz en arcoiris.

Correlaciones esotéricas

Se le asigna la letra Samek, que significa «estaca». Sagitario. El arco. El arco-iris. La flecha. Artemisa como Diana Cazadora. Vinculada al sendero que conecta Tiphareth (Belleza-Sol) con Yesod (Fundamento-Luna). Belleza del Fundamento. El Sol actuando sobre la Luna a través de Sagitario. Azul. Inteligencia tentativa. Centauro, caballo, perro. Jacinto. Hija de los Reconciliadores. Dadora de Vida.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual esta carta señala una situación en la cual las fuerzas que tienden en direcciones opuestas son puestas en equilibrio mediante un adecuado manejo de la voluntad: es necesario hallar el justo medio y el punto de reunión entre las diversas tendencias. Este equilibrio no es el de La Justicia, sino el fluido dinamismo temporal que resuelve las contradicciones en armonía. No se trata de balancear, sino de transmutar. No caben aquí lo excesivo ni lo estético: la armónica conjunción de los opuestos es fluida y mesurada.

En el plano psíquico alude al encuentro de un centro de equilibrio personal más allá de toda rigidez: el balanceo es interior, y aunque no pueda garantizarse la estabilidad, en todo caso hay un positivo intercambio de energía.

En el plano práctico es una carta de asociación armoniosa, acuerdo, intercambio, fluidez, movimiento ligero y dinámico, renovación. También puede señalar trato, relación, acuerdo.

El Diablo

Asociaciones simbólicas

Numerológicamente el 15 remite al 6: conjunción de principios opuestos, atracción sexual, ambivalencia y prueba. Todas estas ideas están presentes en la lámina, cuya imagen alude a Satán. Pero el rol de Satán no es simplemente el del Enemigo, sino que remite a un complejo de ideas que no pueden simplificarse hablando sólo del *mal*. Como se ha hecho notar, Satán es Lucifer, el portador de luz. Aquí se cruzan las tradiciones del Anticristo y de los demonios precristianos.

Por un lado, la imagen del hombre cabra simboliza al dios Pan: la eclosión de las fuerzas naturales en su potencia vivificadora y dionisíaca. Pan es dios de la lascivia y el deseo sexual, pero más allá de cuestiones morales, es la libido pura. Según una leyenda, al huir de Tifón, Pan se transformó en un macho cabrío pisciforme, que es la constelación de Capricornio. Pero Capricornio es la morada de Saturno, y aquí vuelve a hallarse una extraña combinación entre Saturno y Satán: el sábado es el día del Sabat, y Sabbathai es la esfera de Saturno. Por otro lado, el Diablo bien podría ser el Bafomet adorado por los Caballeros de la Orden del Temple: la cara oscura y priápica de Dios.

Es notable la analogía de esta carta con El Sacerdote: la distribución de las imágenes sugiere el balance de las dos formas de energía, pero el tipo de vinculación es claramente opuesto. Se ha visto en el Diablo un símbolo de la Fuerza Astral.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra Ayin, que significa «ojo». Capricornio. El sendero que conecta a

Tiphareth (Belleza-Sol) con Hod (Esplendor-Mercurio). La Belleza del Esplendor Material. El Sol actuando sobre Mercurio a través de Capricornio. Inteligencia renovadora. Violeta azulado o índigo. Macho cabrío, asno, cardos. Diamantes negros. Almizcle. Señor de las Puertas de la Materia. La Criatura de las Fuerzas del Tiempo.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual, el Diablo alude a la pura energía que puede originar tanto el bien como el mal. Es creatividad, acción confusa, fuerza incontrolada de Pan o de Dionisio, que a menudo se rtaduce en desorientación.

Como imagen puede indicarse un géiser que irrumpe desde las profundidades de la tierra: esta fuerza no puede utilizarse si no se la encauza debidamente. Hay aquí un límite, y se está en un momento especialmente difícil, fuerte y enceguecedor. Al margen del peligro implícito en esta situación, el destino está en obra.

En el plano psíquico es la pura energía libidinal: el abismo del cual manan la vida y la muerte. Indica confusión: se ha llegado a los

límites de la locura y de la genialidad. Es una situación atormentada, dura, pero que puede revertir en creatividad. Ambivalencia: perdición-salvación, el Inconsciente como Señor de la Energía y como dador de la locura. Posesión demoníaca.

En el plano práctico indica siempre confusión, error, fuerza pasional incontrolada. Dolor, maldad. Indica también sexualidad como factor importante en la situación en juego. Sexo, pasión, deseo.

La Torre de la Destrucción

Asociaciones simbólicas

Numerológicamente vinculado con el 7, este arcano simboliza potencia, acción enérgica y victoria. La imagen puede vincularse con la historia de la torre de Babel, la pretensión de construir un vínculo material entre arriba y abajo y la necesaria destrucción de esta obra que es producto del orgullo y del engaño.

El rayo que desmorona la construcción es la energía de Lucifer, portador de luz, o de Apolo, opuestos a Satán o a Dionisio. Además,

hay vinculaciones con el ojo de Shiva, que al abrirse destruye el universo en tanto que pura ilusión. También en el *Mahayana* se menciona el rayo que desgarra el velo de la ilusión material.

Por otra parte, cabe recordar que el rayo es atributo de Zeus-Júpiter.

Correlaciones esotéricas

Conectado con la letra Pe, que significa «boca», este arcano representa a Marte. Alude al sendero que vincula a Netzach (Victoria. Venus) con Hod (Esplendor. Mercurio). Victoria sobre Esplendor. Venus actuando a través de Marte sobre Mercurio. Inteligencia activa y/o estimulante. Escarlata. Caballo, oso, lobo. Ajenjo y ruda. Rubí. Olores cálidos y picantes. Señor de los Anfitriones del Poder.

Significados adivinatorios

En el nivel espiritual esta carta indica destrucción: el derrumbe querido o destinal de una construcción que, a cambio de estabilidad y seguridad, bloquea el contacto directo con

la siempre cambiante realidad. Es la visualización de la frase de Heidegger: «Lo seguro no es seguro: es terrible». Por un lado es demolición, caída, catástrofe, pero por otro es comienzo de liberación. Más allá de todas las rutinas y convenciones, a través de las grietas del ego y de un mundo artificialmente elaborado, se percibe la libertad, el riesgo, el camino de la acción personalizadora.

En el plano psíquico indica un estado en el que las usuales defensas del ego flaquean, en el cual la máscara representada por el arcano VII, El Carro, se rompe. Ésta es una situación dura, difícil, pero de ningún modo está definida como buena o mala.

En el plano práctico indica catástrofe, quiebra, desmoronamiento, ruina, ruptura. Amenaza de desastre. Accidente. Destrucción.

La Estrella

Asociaciones simbólicas

El número 17 está vinculado con el 8 y de ahí que en este arcano se hallen las ideas de renovación, renacimiento y bautismo.

La estrella es Venus, el lucero del alba

que es, también, la estrella vespertina. Por una parte puede ser guía que conduce al reino del sol, de la luz, la estrella de los Reyes Magos; por la otra, puede anunciar la oscuridad de la noche, el reino de la luna, y es Sirio, que conduce las almas al ámbito de la muerte.

La luz de las fuerzas naturales, que en el arcano 15 aparecía bajo la enérgica manifestación del rayo, se muestra aquí como la frágil y tenue luminosidad de las estrellas: guías de los navegantes, indicadoras del camino, orientadoras astrológicas de los destinos.

El hecho de que la joven aparezca desnuda alude a la primera inocencia, al estado de pureza e ingenuidad. El simbolismo acuático vuelve a presentarse en toda su vigencia, pero el agua se derrama sobre la tierra y ya no ocurre como en La Templanza que se mantenga en ciclo y reciclo continuo: aquí se trata del proceso de riego. La energía no es autocontenida, sino que se deposita a fin de que fructifique y se resuelva en futuro crecimiento.

Junto con La Sacerdotisa y La Emperatriz, este arcano alude al tema del femenino: no es la virgen ni la madre, sino la mujer en el momento de la fecundación.

Correlaciones esotéricas

Se le asigna la letra Tsade, que significa «anzuelo». Es el Anzuelo que saca al Pez (La Muerte) fuera del Agua (El Ahorcado). Acuario. Vinculada al sendero que conecta Netzach (Victoria-Venus) con Yesod (Fundamento-Luna). Victoria del Fundamento. Venus actuando sobre la Luna a través de Acuario. Inteligencia Natural. Color violeta. El olivo. La Hija del Firmamento. La Moradora de las Aguas.

Según la nueva asignación de A. Crowley, La Estrella y El Emperador deben intercambiarse respecto a los senderos del Árbol de la Vida, variando su simbolismo.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual este arcano alude a una situación en la que, procediendo con ingenuidad e inocencia, se está gestando una proyección esperanzadora. El presente sólo cuenta como dilatación y tensión hacia el futuro, y la desnudez es el estado previo al vestir los nuevos ropajes, más luminosos que los anteriores. Es la predisposición a aceptar la

guía interior, el momento de la siembra de un proyecto en el que está en juego el desarrollo futuro. Presencia de la fe y de la intuición.

En el plano psíquico, esta carta indica una elevadísima sensibilidad y una intuición natural. Es un punto de desarrollo en el cual las potencialidades están en camino de germinar. Es el alma más allá de la máscara, el destello de la verdad interior.

En el plano práctico esta carta indica esperanza, proyectos, planes. Favorece todo lo relacionado con arte y sensibilidad. Señala fecundación, siembra, fertilidad.

La Luna

Asociaciones simbólicas

Ya he adelantado vinculaciones simbólicas alrededor de este arcano: Isis, la luna en Cáncer y las crecidas del Nilo, las puertas de los Trópicos, Hathor y Sirio.

Numéricamente está asociada al 9: lo oculto, la presencia inasible. La noche es símbolo de oscuridad y confusión, pero también es la madre de la luz del alba. El agua —el Incons-

ciente— oculta un cangrejo o un escorpión que avanza: las fuerzas arcaicas del inconsciente están en acción.

La Luna remite también a Hécate, el aspecto lunar de los infiernos, diosa terrible, evocadora de fantasmas y de sueños, maestra de hechicería, cuya presencia era anunciada por los aullidos de los perros.

Son infinitos los símbolos y asociaciones alrededor de este naipe: la luna, el agua, la noche, los perros, los animales acuáticos, el cangrejo, todos ellos resultan atingentes para la elucidación de este arcano.

Correlaciones esotéricas

Corresponde a la letra hebrea Quoph, que significa «nuca». Piscis. El sendero que vincula a Netzach (Victoria-Venus) con Malkuth (Reino. Los cuatro elementos). Victoria de lo material. Inteligencia corpórea. Rojo violeta. Delfín. Opio. Perla. Regulación del Flujo y Reflujo. Criatura de los Descendientes del Poderoso.

En el plano espiritual indica una situación confusa, tensa y problemática. Es la noche del espíritu: momento de vacilación, duda y angustia. La energía está en mengua y se presienten vibraciones poco claras y distorsionantes. Situación de pérdida y debilitamiento, el peso del pasado y la confusión del presente están a punto de romper toda resistencia.

En el plano psíquico esta carta alude a los complejos y traumas que residen en el inconsciente. Depresión y angustia, el arcano muestra a la mente atormentada por la incertidumbre y el temor. También, como Hécate, es protectora de fuerzas oscuras, aunque acaso mal encausadas: alucinaciones, complejos, culpas, traumas. Caracteres lunares.

En el plano práctico es indicio de enemigos ocultos, rumores y calumnias, ambientes densos. Hechizos, errores, temores. Indica también debilidad, enfermedad, melancolía. Es un naipe de agua, de mar, de islas.

Asociaciones simbólicas

Numéricamente vinculado con el 10 y con la unidad, El Sol es principio de luz, de energía y de actividad diurna y masculina. Como en el caso de la Luna, la simbología puede extenderse al infinito: Osiris triunfal a través de Horus y Harpócrates. Apolo en su esplendor, el Ojo de Ra, etc. En todos los casos se trata de la vitalidad, de la energía diurna, la vía activa y seca en oposición a la vía pasiva y húmeda.

La presencia de los niños remite no sólo a los hermanos Horus y Harpócrates, sino a los Dióscuros: Castor y Poluz, que intercambian los aspectos divinos y humanos de la psique. Son la muerte y la inmortalidad en incesante intercambio. Cabe aquí hacer notar que la simbología del círculo y del Padre es importante para la comprensión de este arcano.

Correlaciones esotéricas

Se le atribuye la letra Resch, que significa «cabeza». El Sol. El sendero que vincula a

Hod (Esplendor-Mercurio) con Yesod (Fundamento-Luna) y se la denomina «Esplendor del Fundamento Material». Mercurio actuando sobre la Luna a través del Sol. Inteligencia coleccionadora. Color naranja. León, gavilán. El querube León. Girasol, laurel, heliotropo. Aroma de cinamomo. Amo del Fuego del Mundo.

Significados adivinatorios

En oposición a La Luna, El Sol es naipe de claridad, expansión, vitalidad. Es la verdad como desocultación, el reino de la luz y de lo desvelado. El Sol es pensado universalmente como Masculino y la luna como Femenino. En este sentido indica actividad, creatividad, iniciativa: fuerte expresión de la inteligencia, como sugiere el lado geminiano del arcano. Expansión de la vitalidad en zonas cada vez más amplias de la existencia.

En el plano psíquico El Sol indica apertura, franqueza, expresión y comunicación. Características astrológicas solares. También puede sugerir un nuevo punto de vista que implica una posición más amplia y más correcta. En el plano práctico indica éxito y triunfo, mediante la dedicada aplicación de la inteli-

gencia. Las correspondencias astrológicas entre sol y oro valen aquí: fuerte victoria material, dinero, triunfo, felicidad material. Salud, vigor. También alude a niños o a hermanos.

El Juicio

Asociaciones simbólicas

Numéricamente asociado al 2, este arcano alude al complemento, al equilibrio polar. En primer lugar puede ligarse con la idea de Juicio Final y, consiguientemente, con la de Resurrección. Estas nociones se presentan en casi todas las religiones, y numéricamente hay una conexión entre El Juicio y La Justicia: el 20 puede reducirse al 8. Pero si en La Justicia la Ley cósmica se manifiesta como Karma, aquí se alude al completamiento de un eón o era cósmica. De allí las tres figuras que emergen de las tumbas: las dualidades marcadas en otros arcanos —El Sacerdote, El Enamorado, El Diablo, El Sol— se superan por la trinidad Padre, Madre e Hijo. En esta carta puede hallarse la resolución de una Era.

Por otra parte, el ángel con la trompeta es

un símbolo de anunciación, ya de una nueva Era, ya de una mutación. En el plano individual, esta mutación surge del juicio que el Yo Universal hace al Yo personal.

Correlaciones esotéricas

Asociado a la letra Schin, que significa «colmillo», se le atribuye el Fuego. El sendero que vincula a Hod (Esplendor. Mercurio) con Malkuth (Reino-Los elementos), se le llama «Esplendor del Mundo Material». Mercurio actuando sobre los elementos a través del Fuego. Inteligencia perpetua. Plutón, Vulcano. Color escarlata o naranja escarlata. León. Hibisco, amapola. Ópalo. El Espíritu del Fuego Primigenio.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual es una carta de transformación, mudanza, que implica un despertar tan importante como el pasaje de la muerte a la vida. De ahí que implique una decisión final respecto al pasado y una apertura nueva respecto al futuro. Es el completamiento de

una etapa que pone en juego los elementos necesarios para iniciar otra decisiva y, acaso, final.

En el plano psíquico también hay aquí un renacimiento: un cambio de personalidad y de actitud, por medio del cual se logra una liberación o una integración fundamental. Por otra parte, es una carta de expansión y revolución.

En el plano práctico señala una transformación, un cambio o mudanza de situación. Indica juicio, examen, el juicio de los otros, la fama que expone al individuo al examen de la sociedad. Presión del ambiente, popularidad, divulgación. Cambio.

El Mundo

Asociaciones simbólicas

Asociado con el simbolismo del ternario, el arcano XXI, al igual que el X, presenta la figura de un mandala, símbolo de totalidad y acabamiento, imagen del centro.

El personaje central forma un triángulo sobre una cruz que indica la regencia del espíritu sobre la materia. Siendo la inversión

del arcano XII (numérica y gráficamente). El Mundo muestra la realización de la tarea de redención encomendada al Ahorcado. La guirnalda que rodea a la figura central sugiere el Huevo Gnóstico del Mundo, símbolo de Totalidad Cósmica. Los cuatro animales son los querubes o emblemas de los evangelistas, de los elementos y del *Tetragrammaton*. De allí que El Mundo sea el *Anima Mundi*, el Alma del Universo que está integrada en cada individuo, la culminación de la Gran Obra de los alquimistas. Aquí se ha producido la identificación final de los opuestos, y es plausible que la figura central represente al Hermafrodita, la perfecta unión de lo masculino y lo femenino.

Correlaciones esotéricas

Se le asigna la letra hebrea Tau, que significa «forma» o «marca», vinculada con la Tau griega y egipcia, como a la cruz ánsata de Thot. El elemento Tierra. Corresponde al sendero que conecta a Yesod (Fundamento. Luna) con Malkuth (Reino. Los elementos). El fundamento del mundo material. La luna actuando sobre los elementos a través de Saturno. Es Saturno. Inteligencia administradora.

Color índigo o azul violáceo. El cocodrilo. Ciprés, eléboro, belladona. Onix. El gran Uno de la Noche del Tiempo.

Significados adivinatorios

En el plano espiritual es la carta de la plena y libre realización, la perfecta armonía puesta en obra: una situación en la que está en juego el destino y la realización personal, y para la que está debidamente preparado. El Mundo ya no es un obstáculo o algo ilmitador, sino el campo de la realización personal.

En el plano psíquico indica el «sí mismo», el encuentro del verdadero centro de la psiquis, experimentado como libertad, plenitud y dinamismo. Es el yo verdadero y último, en el cual lo espiritual gobierna lo material, inserto en el universo, rodeado de la armonía de las cuatro funciones psíquicas o los cuatro aspectos del yo.

En el plano práctico es índice de que la situación está en la manos del consultante y que promete entero éxito y culminación satisfactoria. También señala viajes, movimiento, largas distancias, el mundo. Objetivo que se realiza, premio, logro o recompensa. A menudo representa al propio consultante.

II. LOS ARCANOS MENORES

«¡Diez ojos lo miran, diez manos lo señalan! ¡Grande es su temor! En todo momento debe ser dueño de sí mismo.»

TSENG TSE,
Comentario al TA-HIAO
de Confucio

LA SERIE DE LOS ARCANOS MENORES

Los 56 arcanos menores se agrupan en cuatro series distintas, que conforman los palos o suites, dentro de cada cual hay un conjunto de cuatro figuras o personajes. Hay interesantes correspondencias entre éstos y otros cuaternarios: cuatro elementos, cuatro querubes, cuatro mundos cabalísticos, cuatro es-

taciones, cuatro fases lunares, cuatro edades del hombre, cuatro funciones psíquicas, cuatro temperamentos, cuatro puntos cardinales... cuatro letras del *Tetragrammaton.*

En verdad, pareciera que el simbolismo del cuatro, como el del diez, presidiera la estructura del conjunto de arcanos menores y ayuda a aclarar su sentido de totalidad. Las correspondencias numéricas existentes entre 1, 4, 7 y 10 proveen de un especial contenido simbólico a la idea del *todo*, y esto se pone de manifiesto en el arcano XXI, El Mundo: una figura central, cuatro animales laterales, el septenario formado por el triángulo y la cruz del Hermafrodita, la década presente en la figura circular con la unidad central. Siendo esto así, el conjunto de los arcanos menores será una representación simbólica de la totalidad. De la totalidad ¿de qué? Una excelente respuesta se halla en las doctrinas herméticas referentes al Árbol de la Vida.

El Árbol de la Vida presenta diez sefiroth o esferas de manifestación, vinculadas entre sí mediante 22 senderos. Los sefiroth pueden considerarse macroscómicos, en tanto que los senderos son microcósmicos: dada la analogía entre senderos y arcanos mayores, puede afirmarse que éstos representan la totalidad

de etapas de desarrollo de la conciencia humana. Los arcanos menores, en cambio, mostrarán la totalidad de condiciones objetivas o de situaciones que constituyen el cosmos. Así, mientras los arcanos mayores muestran las etapas de evolución e iluminación del alma, los arcanos mayores muestran las etapas de evolución e iluminación del alma, los arcanos menores mostrarán los eventos y situaciones objetivas que forman lo que se denomina «mundo». Por ello usualmente se admite que, en una lectura de Tarot, la aparición de arcanos mayores indica items de especial importancia para el desarrollo personal del consultante, en tanto que los menores determinan circunstancias o personas que constituyen el mundo en el cual aquél se mueve.

Por ello, al analizar el arcano I, El Mago, indiqué que esta figura alude al hombre que decide, dispone y elige las situaciones, o en otros términos: las controla. Esto coincide con la afirmación de Confucio: «Aquel que controla en todo momento sus actos rara vez se desvía del camino recto».

Hay diversos modos de aproximarse a la comprensión de los arcanos menores, y el que personalmente sugiero parte de la numerología y la cábala: en principio, es importante

analizar qué tipo de situaciones representa cada palo, estudiar luego qué indican las figuras o personajes y, finalmente, asociar cada lámina a un número básico o a un sefiroth y obtener su significado mediante la asociación de símbolos numéricos y símbolos de suite. Así, si se toma en cuenta que los bastos indican fuego, y los ases están referidos al número 1 o al primer sefiroth, no será difícil comprender que el As de Bastos represente la raíz de los poderes del fuego. Pero estas asociaciones se estudiarán más adelante.

Los palos o suites

He mencionado ya que los cabalísticos distinguen cuatro mundos o niveles básicos en todos los ámbitos de la realidad: arquetípico, creativo, formativo y activador. El mundo arquetípico corresponde a la idea pura, al impulso originario o actividad primaria, y su correlato en el hombre es la dimensión espiritual. El mundo creativo implica la puesta en marcha de tal arquetipo dentro de determinaciones, y en el hombre corresponde al nivel mental o psíquico. El mundo formativo es la inserción de la idea ya determinada en una

forma y supone su sujeción a una disciplina, lo que corresponde al plano astral en el hombre. Por último, el mundo activador representa la concreción de la idea formada en un nivel físico o material. Esta cuadripartición sigue el esquema del *Tetragrammaton:* Yod (origen arquetípico), He (primera determinación como activo o pasivo), Vau (formación disciplinada), Hé final (activación completa y concreción de posibilidades).

Esta misma concepción subyace a la división del cosmos en cuatro elementos, que también rige la atribución de los signos zodiacales. Desde luego, hay una sorprendente analogía con los cuatro palos de la baraja. Cada uno de estos palos puede representar un tipo de actividades o un modo de acontecimientos, o una clase de situaciones, de acuerdo a lo siguiente:

Bastos (Trébol): Es el palo correspondiente al Yod del *Tetragrammaton,* al elemento fuego, al mundo arquetípico, a la función psíquica intuición, al temperamento bilioso, al querube León, a la primavera, a la primera fase lunar, a la infancia, al amanecer y al Este.

Copas (Corazón): Es el palo correspondiente a la primera He del *Tetragrammaton*, al elemento agua, al mundo creativo, a la función psíquica sentimiento, al temperamento flemática, al querube Águila, al verano, a la luna llena, a la juventud, al mediodía y al Norte.

Espadas (Pique): Corresponde al Vau del *Tetragrammaton*, al elemento aire, al mundo formativo, a la función psíquica pensamiento, al temperamento sanguíneo, al querube Hombre, al otoño, al cuarto menguante, a la madurez, a la tarde y al Oeste.

Oros (Diamante): Corresponde a la He final del *Tetragrammaton*, al elemento tierra, al mundo de la activación, a la función psíquica percepción, al temperamento linfático, al querube Toro, al invierno, a la luna nueva, a la vejez, al anochecer y al Sur.

A partir de estas asociaciones elementales, no es extraño que usualmente se acepten las siguientes conexiones temáticas:

Bastos: Relacionados con los asuntos referentes a audacia, acción, impulso, energía, voluntad, esfuerzo, crecimiento, energía viril masculina, fuerza primitiva.

Copas: Se vinculan con asuntos de imaginación, sentimiento, calma, amor y emociones, placeres, arte, vida emotiva, hogar, energía femenina maternal, sensualidad.

Espadas: Relacionadas con temas de receptividad, vivacidad y excitación, disciplina, dificultades, obstáculos y privaciones, el intelecto, los desafíos, problemas y juicios, movimiento, establecimiento o destrucción del orden, autoridad y disputa.

Oros: Se vinculan con el mundo práctico, realizaciones concretas, negocios, transacciones, dinero, posesiones, rutina, perseverancia, obstinación. Temas materiales y financieros, asuntos «terrestres» y de seguridad.

Habiendo una clara conexión entre los cuatro palos y los cuatro querubes, por un lado, y entre éstos y los cuatro signos fijos del Zodíaco, por otro, la astrología provee una especial explicación:

Los *bastos* corresponden al León, símbolo de Leo (signo fijo de fuego); los signos de fuego expresan impulso y energía, que en su forma más estable se materializa en Leo, en tanto que su forma más primitiva se expresa

en Aries y su aspecto más sublimado en Sagitario. Siendo Leo la posición del yo como voluntad —«Yo quiero»—, los bastos tienen estrecha conexión con cuestiones de esfuerzo, ambición, iniciativa, orgullo, aspiración y trabajo.

Las *copas* corresponden al Águila, símbolo de Escorpio (signo fijo de agua); los símbolos de agua indican sentimentalidad, afección, emotividad y deseo, cuya fuerza primitiva se expresa en Cáncer y su forma sublimada en Piscis. Escorpio es su expresión más perfecta en la posición del yo como deseo —«Yo deseo»—, y las copas se referirán a cuestiones afectivas, pasionales, sentimentales e instintivas.

Las *espadas* corresponden al Hombre, símbolo de Acuario (signo fijo de aire); los signos de aire indican pensamiento, adaptabilidad, penetración, interrelación. Mientras su aspecto primitivo se manifiesta en Libra, su cara sublimada se muestra en Géminis. Acuario es la posición del yo como sabiduría —«Yo sé»— y de aquí que las espadas se refieran al intelecto, al saber, a las instituciones y a la disciplina.

Los *oros* corresponden al Toro, símbolo de Tauro (signo fijo de tierra); los signos de tierra indican practicidad, materialidad, perceptividad y obstinación, manifestándose su fuerza primitiva en Capricornio y su aspecto sublimado en Virgo. Tauro es la posición del yo como posesión —«Yo tengo»—, y de ahí que los oros se vinculen con finanzas, dinero, intereses materiales y prácticos.

Igualmente pueden extraerse varias aplicaciones de las conexiones con las estaciones, los puntos cardinales, las fases lunares, las edades del hombre, etc.

Las figuras

Por otra parte, hay una estrecha analogía entre las cuatro figuras de cada suite y las cuadriplicidades mencionadas, de modo que aquí bastará con mencionar las siguientes correspondencias:

Rey: Yog. Fuego. Padre.
Reina: He. Agua. Madre.
Caballero: Vau. Aire. Hijo.
Sota: He final. Tierra. Hija.

Es de hacer notar que los ocultistas han intercambiado las correspondencias del Rey y del Caballero, puesto que éste parece expresar mejor la idea de la energía primitiva del Yod al ser activo y montar un caballo.

Por un lado estas cartas pueden describir de modo breve y empírico los diversos tipos de hombres, clasificándolos por edades y sexos, de modo que Reyes y Caballeros representarán hombres (mayores y jóvenes, respectivamente), y Reinas y Sotas representarán mujeres (mayores y jóvenes, respectivamente). Junto con estas correspondencias, hay otras que distribuyen las figuras por tipos físicos, siendo las copas indicativas de personas rubias, los bastos para castaños, las espadas para morenos y los oros para trigueños. Personalmente creo que esta asignación es sumamente superficial y no debe emplearse en ningún caso.

De acuerdo a la distribución por elementos, resulta que el Rey de Bastos indica el aspecto fogoso del elemento fuego, mientras que la Reina señala la parte acuática, el Caballero la aérea y la Sota la parte terrestre del fuego. Dentro de estas ideas, que pueden parecer confusas, se encierra una fuente inagotable de asociaciones. Del mismo modo, en la

suite de Copas el Rey representa el fuego del agua, la Reina el agua del agua, el Caballero el aire del agua y la Sota la tierra del agua; lo mismo con las Espadas y con los Oros.

A partir de estas asociaciones puede explicarse cada figura de múltiples modos. Sea, por ejemplo, el Rey de Bastos; en primer lugar, bastos es símbolo de actividad, energía, voluntad y trabajo, y puesto que el Rey es el aspecto dinámico (fuego) de tal suite, puede indicar una persona apasionada, sumamente activa y trabajadora, intuitiva y de gran voluntad. La Reina, que corresponde al aspecto receptivo (agua) de la suite, será una persona trabajadora y activa, que pone en juego sus sentimientos y emociones y cuyo gran dinamismo está al servicio de la afectividad. Aunque estas analogías no agoten ni mucho menos el significado de las figuras, permiten el siguiente ordenamiento:

FIGURAS DE BASTO (Fuego)

Rey: Personalidad activa, gènerosa, apasionada, impetuosa, orgullosa, impulsiva. Si está mal aspectada o invertida puede ser cruel, brutal, absolutista y atropellado.

Reina: Siendo la parte acuática-sentimental de fuego, indica una persona adaptable, de energía persistente, calma y generosa, pero impaciente en la oposición. Su gran capacidad afectiva parte de su propia iniciativa e impulso. Mal aspectada puede ser tiránica, obstinada y ofensiva.

Caballero: Persona ágil y fuerte, que tiende a actuar impulsivamente y puede ser demasiado presionable por influencias externas. Tiende a la indecisión y su carácter vehemente suele ser inconsiste.

Sota: Corresponde a la parte terrestre, práctica de fuego, indica una persona fuerte de carácter y estable en sus impulsos, violenta e implacable. Ambiciosa y aspirante, su entusiasmo suele ser irracional y no perdona ni olvida las injurias. Mal aspectada resulta superficial y teatral, cruel y poco digna de confianza.

FIGURAS DE COPA (Agua)

Rey: Persona fácilmente entusiasmable pero poco constante. Muy sensitiva a las in-

fluencias externas y sentimentales, fácilmente se inflama y fácilmente se consume. Inocente e ingenua, mal aspectada degenera en lujuria, ocio e hipocresía.

Reina: Como es la parte acuática-sentimental del agua, indica una persona soñadora, tranquila y amable. Paciente, tierna, cálida, es altamente pasiva y receptiva. Mal aspectada puede ser indiferente, influenciable, viciosa y casquibana.

Caballero: Persona sentimentalmente activa, sutil, hábil y levemente violenta. Muy sociable, es capaz de pasiones intensas, y aunque sensible a las influencias externas, reacciona con vivacidad a los estímulos. Mal aspectada resulta obstinada, agresiva, traidora y afecta a las calumnias y devaneos pasionales.

Sota: Representa la parte terrestre del agua. Su carácter es voluptuoso, amable, tierno y romántico. Callada y calma, es una personalidad fiel y afectiva. Mal aspectada es egoísta e indolente.

FIGURAS DE ESPADA (Aire)

Rey: Persona activa y arriesgada, inteligente y sutil, puede ser valiente y delicada. Mal aspectada, es violenta y excesivamente analítica y severa.

Reina: Persona muy perceptiva, hábil, observadora, confidente y justa. Mal aspectada puede ser embustera, traidora y agresiva.

Caballero: Altamente intelectual, indica una persona llena de ideas y de esquemas, muy inteligente y estrictamente racional. Mal aspectada, la persona es demasiado teórica, abstracta, falta de consistencia y de vitalidad.

Sota: Persona que posee una lógica destructiva, analítica y paciente. Firme y agresiva, posee gran sabiduría práctica. Hábil en los asuntos controvertidos, si está mal aspectada deviene incoherente, astuta y amante de los problemas y disturbios.

FIGURAS DE ORO (Tierra)

Rey: Persona que está constantemente motivada por intereses prácticos, todo su im-

pulso está orientado a la acción. Laboriosa y paciente, es poco intelectual y muy voluntariosa. Mal aspectada resulta una personal fútil, de ideas estrechas y muy irritable y rencorosa.

Reina: Persona ambiciosa, práctica y muy afectiva. De gran corazón, es sensible, doméstica y protectora. Mal aspectada resulta rutinaria, mediocre y pesada.

Caballero: Persona enérgica y activa, hábil intermediario, trabajador firme y perseverante, muy disciplinada. Competente, cauta y meditativa, es el tipo de persona que busca nuevos usos y nuevas aplicaciones prácticas. Mal aspectada, carece enteramente de emociones y se dispersa sin llegar a concretar nada.

Sota: Persona obstinada, persistente, sumamente práctica y terrenal. Mal aspectada resulta lenta, poco inteligente, monótona y ociosa.

Amén de estas interpretaciones, también hay otras atingentes, que surgen de considerar el tipo de potencia psicológica y cultural que expresa cada suite y de asignar diversas

funciones a las figuras: Sota = dador o mensajero-Caballero = protector o defensor-Reina = personas o instituciones que gobiernan-Rey = personas o instituciones que pretenden instaurar o destruir.

Así, resulta la siguiente tipología:

PALO DE BASTOS (voluntad, intuición)

Sota: Dador o portador de fuego, mensajero de poder.

Caballero: Protector o defensor del fuego, de la voluntad, del poder.

Reina: Personas o instituciones que gobiernan asuntos de fuego o de poder.

Rey: Personas que quieren establecer o destruir instituciones vinculadas con el fuego o el poder.

PALO DE COPAS (sentimiento, placer)

Sota: Mensajero del sentimiento, portador del placer.

Caballero: Protector del amor y del sentimiento.

Reina: Personas o instituciones al servicio de los sentimientos y del lujo.

Rey: Personas que pretenden instituir o destruir instituciones al servicio del placer, del sentimiento, del lujo o de la belleza.

PALO DE ESPADAS (pensamiento, disciplina)

Sota: Mensajero del pensamiento, portador de ideas. Periódicos.

Caballero: Defensor del intelecto. Maestros, intelectuales.

Reina: Personas o instituciones vinculadas con el saber o la disciplina: magistrados, militares, profesores.

Rey: Personas que instituyen o destruyen instituciones de disciplina y pensamiento, como los revolucionarios, los anarquistas, etcétera.

PALO DE OROS (percepción, finanzas)

Sota: Mensajero o portador de mensajes sobre dinero o asuntos prácticos.

Caballero: Defensor de los asuntos prácticos o del dinero.

Reina: Personas o instituciones al servicio del dinero: bolsa, bancos, etc.

Rey: Aquellos que pretenden establecer o destruir instituciones vinculadas con finanzas y tierra.

Los arcanos menores numerados

Aunque originariamente estas cartas no presenten figuras o situaciones, como ocurre con los arcanos mayores, alrededor de 1910 A. E. Waite diseñó una baraja en la que los arcanos menores aparecieron totalmente ilustrados, y hoy hay varios juegos que siguen esta variante. Esas ilustraciones prestan un apoyo visual a la intuición, pero no son indispensables, puesto que conviene proceder tomando en cuenta esquemas simbólicos propor-

cionados por el Árbol de la Vida o la numerología.

De cualquier modo, si dentro del arcano menor los personajes indican personas o agentes que intervienen en ciertas circunstancias, los naipes numerados señalan situaciones y acontecimientos con los cuales ha de contarse. Para precisarlos conviene hacer un breve resumen de lo acotado en capítulos anteriores:

1: Corresponde a Kether (Corona-Primum mobile) y es el comienzo, la raíz, fuente y origen de toda manifestación.

2: Vinculado con Chokmah (Sabiduría-El Zodíaco), primera forma o extremo de polarización o armonía.

3: Corresponde a Binah (Entendimiento-Saturno), potencia femenina, forma, disciplina de la fuerza, matriz, madre, fecundación, manifestación.

4: Vinculado con Chesed (Misericordia-Júpiter), formación de lo arquetípico, concreción de lo abstracto, expansión, armonía sintética.

5: Relacionado con Geburah (Severidad-Marte), movimiento, temporalidad y disolución, contracción, sacrificio, lucha, dinamismo.

6: Vinculado con Tiphareth (Belleza-Sol), centro, equilibrio, autoconciencia, armonía.

7: Corresponde a Netzach (Victoria-Venus), victoria, sentimiento, instinto dominado por la espiritualidad, amor.

8: Relacionado con Hod (Esplendor-Mercurio), equilibrio de la forma, distributividad, regeneración, reacción controlada, intelecto.

9: Vinculado con Yesod (Fundamento-Luna), lo oculto, oscuro, el flujo y reflujo, luz astral, el inconsciente.

10: Corresponde a Malkuth (Reino-Los elementos), resultado final, completitud y agotamiento, fin de la energía, concreción del ciclo.

Teniendo en cuenta estas acotaciones, no es difícil comprender los títulos que la Golden

Dawn atribuye a los arcanos menores numerados. En lo que sigue explicaré: *a*) estos títulos y su vinculación con el Árbol de la Vida; *b*) algunos significados adivinatorios usualmente aceptados.

As

a) Los cuatro ases remiten a Kether y señalan la raíz de toda manifestación. Como cada palo simboliza un elemento, se les denomina «Raíz de los poderes del Fuego» (bastos), «Raíz de los poderes del Agua» (copas), «Raíz de los poderes del Aire» (espadas) y «Raíz de los poderes de la Tierra» (oros).

b) *Bastos:* Fundamento, comienzo, nacimiento, energía, inspiración o intuición.

Copas: Fertilidad, belleza, placer, afecto, morada.

Espadas: Actividad, fuerza ordenadora, conquista, autoridad, pensamiento.

Oros: Prosperidad, éxito material, dinero, riqueza.

Dos

a) Los cuatro doses corresponden a Chokmah, representando la polarización de los elementos en equilibrio y armonía. En bastos o fuego, el dos se llama «Dominio», en la serie de copas-agua», «Amor»; en espadas-aire, «Paz Restaurada», y en oros-tierra, «Cambio Armonioso».

b) *Bastos:* Dominio, espera, opulencia, tristeza.

Copas: Matrimonio, amor, placer, amistad, afinidad, unión.

Espadas: Fuerza balanceada, amistad, equilibrio, disputa resuelta, concordia.

Oros: Cambio, noticias, comunicaciones, recreación.

Tres

a) Corresponden a Binah. Siendo bastos el poder dinámico del Yod, en la esfera de Binah hay pérdida de dinamismo en favor

de la estabilidad, por lo cual se llama «Fuerza establecida». Las copas expresan fuerza femenina y son acordes con Binah, de ahí «Abundancia». Las espadas, siendo símbolo de disciplina y formación —rasgos marcianos—, representan el aspecto destructivo de Binah como madre-Kalí, por lo que aquí el tres se llama «Amargura». Como los oros son terrestres, son armónicos con el principio de la forma, y de ahí que el Tres se llama «Obras materiales».

b) *Bastos:* Emprendimiento, empresa, colaboración.

Copas: Placer, maternidad, curación, fin de adversidades.

Espadas: Pesar, lágrimas, ausencia, separación, ruptura.

Oros: Nacimiento, construcción, crecimiento.

Cuatro

a) Referidos a la esfera de Júpiter, señor de la prosperidad, el Cuatro de bastos se

llama «Obra perfeccionada», mientras que el de copas es «Placer», el de espadas «Descanso después de la lucha» y el de oros «Poder terreno».

b) *Bastos:* Realización, paz, armonía, establecimiento, sociedad, asociación.

Copas: Placer, reunión, saciedad, insatisfacción con éxitos materiales.

Espadas: Convalecencia, retiro, reclusión.

Oros: Seguridad material, ganancia de dinero, herencia, legado, donación.

Cinco

a) Correspondiendo a Geburah, Marte, los cincos resultan cartas maléficas, pues el referido al plano de la energía (bastos) produce conflictos y se denomina «Lucha»; en la esfera de los sentimientos (copas) origina «Placer perdido», en espadas y disciplina se denomina «Derrota», y en el plano terrestre de los oros «Conflicto material».

b) *Bastos:* Competencia, riña, tribunal, litigio.

Copas: Pérdida parcial o total.

Espadas: Fracaso, aflicción, degradación, muerte, traición, malicia.

Oros: Pérdida de dinero, perturbación material, caos, desorden, ruina.

Seis

a) Corresponden a Tiphareth y acentúan su aspecto central y armonioso; al de bastos se le llama «Victoria», al de copas «Alegría», al de espadas «Éxito merecido» y al de oros «Éxito material».

b) *Bastos:* Ganancia, éxito, buenas noticias, domesticidad.

Copas: Plenitud de deseo, el pasado actuando en el presente, pareja.

Espadas: Equilibrio en la oposición, declaración, mensaje, viaje.

Oros: Filantropía, generosidad, regalos.

Siete

a) Asociados a Netzach, representan el poder de Venus; en el plano más elevado de la iniciativa espiritual (bastos) aparece como «Valor». En el campo del placer (copas) es «Éxito ilusorio» y su influencia perturbadora en el pensamiento (espadas) origina «Esfuerzo inestable», en tanto que en el campo de la percepción física (oros) indica «Fracaso».

b) *Bastos:* Coraje, intercambio, trueque, negociación.

Copas: Desilusión, proyectos fantasiosos, imaginación, ilusiones.

Espadas: Incertidumbre, vacilación, necesidad de consejo, plan inestable.

Oros: Ansiedad, dinero, negocios.

Ocho

a) Vinculados a Hod, esfera de Mercurio, en el campo espiritual (bastos) es «Rapidez», pero en el ámbito sentimental origina el abandono en favor de la sublimación, y de ahí que

en copas se denomine «Éxito abandonado»; por otra parte, en el terreno de la disciplina y agresividad de las espadas, produce equilibrio y restricción, y por ello se llama «Fuerza amortiguada», en tanto que en el plano físico de los oros su influencia restrictiva origina «Prudencia».

b) *Bastos:* Energía, actividad, agilidad, comunicación apresurada, movimiento.

Copas: Inestabilidad, timidez, abandono de éxitos materiales, hastío.

Espadas: Indecisión, interferencia, limitación, crisis, críticas, calumnia.

Oros: Habilidad práctica, astucia, economía, trabajo, empleo, avaricia.

Nueve

a) Correspondiendo a Yesod (Fundamento-Luna), el campo de la energía o magnetismo etérico, tal impulso se manifiesta en el campo de la iniciativa espiritual (bastos) como «Vigor», y en terreno erótico (copas) como «Dicha material», en el mundo práctico

(oros) como «Ganancia», pero en el terreno del pensamiento es «Desesperación».

b) *Bastos:* Fuerza en reserva, probables obstáculos, postergación.

Copas: Estabilidad, placer, concordia, bienestar físico.

Espadas: Desesperación, sufrimiento, tribulaciones, enfermedad o muerte.

Oros: Ganancia material, aumento de dinero, seguridad, certeza, éxito.

Diez

a) Vinculado con Malkuth, el mundo material, la presencia del elemento espiritual e incondicionado (bastos) origina «Éxito y opresión», en tanto que en el ámbito femenino del sentimiento (copas) es «Éxito completo». A su vez, en el terreno masculino del pensamiento y la disciplina (espadas) es «ruina» y alcanza su mejor expresión en el terreno de la práctica (oros) como «Opulencia».

b) *Bastos:* Oposición, opresión, confianza y traición, agotamiento.

Copas: Felicidad, contento, amor, la ciudad, vida familiar.

Espadas: Dolor, desolación, destrucción, lágrimas, penurias.

Oros: Suerte, riqueza, prosperidad, éxito, fortuna.

Además de los significados mencionados, se pueden derivar otros cuando las cartas aparecen invertidas, lo cual da lugar a la inversión del significado originario o a su debilitamiento. Por ejemplo, si al Dos de Copas se le interpreta como amor o matrimonio, su ocurrencia invertida puede indicar ruptura, falta de amor, amor debilitado. Todo esto es cuestión enteramente personal: hay quienes piensan que los 78 arcanos del Tarot se bastan a sí mismo para expresar todas las situaciones posibles, sin recurrir a cambios de posición, pero hay otros que opinan que el hecho de que una carta aparezca invertida añade un matiz o una tonalidad completamentaria u opuesta que merece ser tomada en cuenta. En general, sugiero que si se quiere trabajar con

naipes al derecho y al revés, en este último caso se inviertan los significados o se les debilite y se les otorgue un valor negativo, tanto para los arcanos mayores como para los menores.

La lista de significados anteriormente presentada no resulta exhaustiva ni mucho menos. En verdad, lo importante es estar despierto para atender a múltiples fuentes de inspiración e interpretación. Amén de las significaciones mencionadas, cada cual puede extraer otras muchas mediante procedimientos analógicos. Así, si en una situación aparece el Cuatro de Copas, puede leerse tal como se advierte arriba: reunión, placer, etc.; pero también puede interpretarse como asentamiento afectivo, consolidación de una familia, expansión amorosa, pues el 4 es el número de Júpiter (expansivo, jovial, equilibrado y protector) y las copas son símbolos de afectividad, emoción, sentimiento. Por otra parte, como Júpiter tiende al exceso, es posible que en el campo del placer (copas) termine por producir saciedad y hartazgo, como señalan los autores tradicionales. En todos los casos, la lista de significados puede y debe ampliarse con la propia intuición y mediante el ejercicio de las analogías simbólicas.

TERCERA PARTE: LA ADIVINACION

I. EL TAROT ADIVINATORIO

> «Conocer las semillas, eso es en verdad divino... Las semillas son el primer rasgo que se muestra de buena (o mala) fortuna. El hombre superior percibe las semillas e inmediatamente emprende la acción. Ni siquiera espera un día entero.»
>
> I CHING

La adivinación

No corresponde aquí llevar a cabo un debate acerca de qué es, si funciona o cómo funciona lo que se llama «adivinación». Procedemos por símbolos, y eso es lo único indudable; detrás de esta evidencia se oculta la trama del tiem-

po, que acaso no sea tan sencilla ni tan inmediata como solemos suponer. El tiempo es quizá todos los tiempos desplegados en una indefinida línea recta; acaso, como quisieron los griegos y Nietzsche, no es sino la imagen mágica de un círculo perfecto, la serpiente que siempre está mordiéndose su propia cola. El tiempo es quizás una infinita apertura que transcurre simultánea y divergentemente, como sospechó Borges y tal como aparece en experiencias «paranormales», como los estados místicos o de alucinación... No podría ni quisiera decir qué es esto que llamamos tiempo, pero en todo caso sí que la adivinación tiene que ver con él, porque siendo un momento suyo pretende abarcar su totalidad y, por así decirlo, salirse de él.

Se ha hecho notar con frecuencia que la palabra «adivinación» proviene de la misma raíz que la expresión «divino» y, sin entrar a profundizar, conviene señalar que cualquier pretensión de adivinar o de consultar a un adivino debiera encararse con la misma seriedad con que uno se enfrenta al misterio de lo divino. Porque si bien el Tarot es un medio de conocimiento, y además un instrumento de meditación, ocurre que también es un artificio adivinatorio, y aun en este uso sigue

vigente la rueda eterna: TARO-ATOR-ROTA-TARO-TORA, que, como se vio, remite de algún modo al innombrable nombre de Dios.

En cualquier caso adivinar es más que predecir: se adivina no sólo el futuro, sino el presente, el pasado, el interior, el exterior, el temor, el sueño, el error y el camino. Hay muchas teorías que tratan de explicar que, fácticamente, no hay adivinación, sino casualidad, y esto en el mejor de los casos. Hay otras tantas que insisten en que adivinar es un modo legítimo de instalarse en el mundo, y de estas últimas me parece especialmente notable la teoría de la «sincronicidad» de Jung. Pero de todos modos, conviene prescindir de teorías: aquí no se trata ya de *explicar*, sino de *atestiguar*. Y la única guía en la cual me apoyo es mi propia experiencia con el Tarot.

Sé que es posible adivinar, pero no sé ni me interesa cómo ocurre: ocurre y nada más. Está allí, ante mí, como una raja detrás de una realidad tristemente conceptualizada y manipulada por el hombre actual: hay un agujero por el cual se cuelan infinitas sombras como ineludibles sueños. Está allí, ante mí, y lo atestiguo. Nada más puedo hacer.

Personalmente estoy convencido de que

una lectura del Tarot debe ser, si está bien hecha, un acontecimiento especial en la vida del consultante. No se trata de una conversación entretenida acerca de asuntos curiosos o inquietantes, sino de un examen más o menos riguroso, de una lucha: la lucha que el consultante, como todos, lleva día a día y momento a momento con y en su existencia.

Cuando leo el Tarot para alguien no me importa el hecho de que esta persona crea o no en lo que va a escuchar, ni que su actitud original sea de respeto, curiosidad o burla. Lo que cuenta es que yo me tomo en serio, y muy en serio, lo que está ocurriendo, y me encargo de que el consultante comprenda de qué se trata. En este sentido estoy convencido de que aun la persona más dispersa, confusa y frívola puede ser «tocada» mediante leves indicaciones, un tono de voz, una mirada y un especial respeto por su humanidad herida y humillada. En verdad, para ser afectiva, una lectura del Tarot debe ser un acto de amor, una confesión y una entrega. Para lograr esto se requiere práctica, vocación, dedicación y disciplina. *Sobre todo* disciplina.

No se trata de una disciplina externa y vaciamente ritual —aunque por cierto que el ritual interviene, pero dentro de un contexto y

una visión mágica del mundo; se trata de la disciplina personal y de la impecabilidad como ser humano. Aquí, a diferencia de la ciencia, las condiciones morales entran totalmente en juego: sólo un continuo esfuerzo por ser honesto consigo mismo, por seguir luchando y vivir plenamente la propia vida puede dar una base firme para ayudar a los demás a lograr la honestidad consigo mismos, para enfrentarse con su existencia sin abandonos ni miedos, lo cual es, en última instancia, lo que se pone en juego en una lectura de Tarot.

Hay muchos métodos para leer las cartas, muchos modos de disponer los arcanos a fin de hacer una lectura completa. Pero lo importante no es el sistema empleado, sino la actitud del que lee (el lector). Lo demás es cuestión de ejercicio y de preferencia personal.

En última instancia el oficio de adivino es el de un especial intermediario: el del espejo que refleja ante el consultante el verdadero rostro, el rostro que casi todos los hombres temen y anhelan ver y cuyo conocimiento es el trampolín que permite saltar como es necesario para seguir viviendo y, a la par, seguir creciendo.

Toda lectura del Tarot discurre en tres niveles. En primer lugar está aquello que hacen casi todos los «adivinos» vulgares y mediocres, y que la mayoría de los consultantes buscan conscientemente: la comunicación en un nivel informativo y mundano, en el cual se habla de una carta con dinero, de un viaje por tierra o de un joven rubio apasionadamente enamorado. Este nivel, que es el más bajo, suele llamarse «nivel práctico»: se trata aquí de precisar una serie de circunstancias y factores más o menos concretos que intervienen en la situación presente, pasada o futura del consultante. Este nivel está presente en toda lectura, pero debe dársele su propio lugar: lo anecdótico en la existencia debe tratarse como anecdótico y nada más.

Un segundo nivel, más alto que el anterior, cala en el interior o en la personalidad del consultante y expone una «radiografía» de su alma: ya no es un asunto de dinero, sino el papel que el dinero juega en su vida; ya no es una ruptura amorosa, sino los factores psíquicos y emocionales que esa ruptura pone en juego y que, en última instancia, la condicionan y la explican. Este segundo nivel, lla-

mado «anímico» o «psíquico» y que yo, por predilección personal, llamo «psicoanalítico», provee un diálogo altamente aclaratorio que asemeja la lectura a una sesión de psicoanálisis.

Se trata de calar lo más hondo posible en las necesidades y pasiones elementales del consultante, en sus miedos y angustias, sus aficiones y alegrías, poniendo en juego todos los factores importantes que hay en su situación anímica: sus relaciones con sus padres, con su pareja, con sus hermanos, con sus amigos, su idea de sí mismo, sus inhibiciones, sus culpas y sus ambiciones.

Este segundo nivel, mucho menos concreto que el práctico, resulta de hecho más decisivo para el consultante. En la práctica, el lector debe buscar la elevación del primer al segundo nivel en todos los casos que le sea posible. Por ejemplo, si un apresurado hombre de negocios consulta por un asunto financiero que tiene entre manos, debe dársele toda la información práctica disponible pero, *además*, debe aislarse ese asunto particular para reubicarlo en el contexto integral de su vida: qué representa la economía en el marco de su existencia, qué significa tal interés para su vida afectiva, por qué tiene ese interés y en

qué medida su existencia se ve comprometida a través de tal asunto. Así, el foco de atención del consultante se ve desplazado de un tema particular y específico hacia su propia vida y hacia sí mismo como centro de acción y de interés. Este desplazamiento debe llevarse a cabo toda vez que sea posible y de tal modo que la persona sienta que, más allá de un hecho peculiar, lo que se le está diciendo es una ejemplificación del «conócete a ti mismo» del oráculo de Delfos.

Pero, además, hay un tercer nivel de lectura, sumamente abstracto y, a la vez, tremendamente decisivo: suele llamarse «espiritual» y yo le denomino «existencial», por preferencia personal nuevamente. Aquí no se trata ya de un asunto especial ni de un complejo de sentimiento, sino de plantear la cuestión integral del sentido de la vida del consultante, de sus posibilidades existenciales, de los múltiples caminos que se le abren y de las varias transformaciones que puede tener para acercarse cada vez más a ese centro de vida que Jung llamó «sí mismo» y que en la vida cotidiana se designa como «realización personal».

Gráficamente, esta ascensión por niveles puede compararse a una pirámide invertida: el vértice está abajo y la base arriba. A partir

de un punto determinado de la vida práctica, acerca del cual se suministra información precisa y sistemática, se pasa a un complejo de sentimientos y reacciones en la vida anímica y psíquica para acabar abriendo un panorama mucho más amplio al referirse a la actitud vital del consultante. Y, a medida que se realiza esa ascensión, que corresponde a una secularización del ««itinerario de la mente a Dios», se observa la siguiente relación: a mayor nivel menor precisión. O, en terminología hegeliana, el nivel práctico resulta ser el más «abstracto» en el sentido en que se toma un hecho aislado, abstraído del todo de la vida del consultante; a medida que se asciende de nivel de lectura se va dejando de lado lo singular para referirse a la totalidad en su concreción viviente.

También ocurre que en cada nivel existe un tipo de lenguaje o exposición, que resulta más adecuado al ámbito vivencial en juego. En primer lugar, al referirse a acontecimientos o asuntos prácticos, el lenguaje ha de ser directo, elemental, informativo. Al pasar al plano psíquico ha de procederse mediante rodeos aproximativos, y el lenguaje es más vago, más íntimo y más coloquial. Se trata de un diálogo que aclara tensiones y problemas y que pone

en juego fuerzas emocionales de relativo calibre. En este punto, el lector debe poseer el suficiente dominio de las circunstancias para controlar cualquier suerte de reacción emotiva del consultante y para continuar en el plano de comunicación adecuado, expresándose con fuerza pero en todos los casos con calidez.

En el plano existencial o espiritual, el lenguaje entra de lleno en el universo poético: jugando con mitos y con símbolos, ya no se habla de cosas o de personas determinadas, ni de factores psíquicos o fuerzas anímicas, sino que se narran historias, se presentan símbolos y se penetra en la dimensión atemporal de la saga y la leyenda.

Estos cambios de lenguaje implican una participación cada vez mayor del consultante en la lectura y dejan más espacio para su elaboración personal. Es como si el lector, que comienza fuera del consultante, pasara por una etapa en que se identifica con éste, de modo que su voz pudiera ser la voz interior de la persona, para terminar desapareciendo y dejar al consultante solo consigo mismo.

Supóngase que al analizar la vida amorosa de alguien, la carta clave que aparece es La Torre de la Destrucción. En el plano práctico se informa que la situación se halla determi-

nada por una ruptura, por un desmoronamiento, con consiguiente pérdida de seguridad y de estabilidad, impulsos agresivos o autoagresivos y sentimiento de fracaso y liberación simultáneamente.

En el plano existencial se narra la historia de dos personas que, en busca de lo seguro y estable, construyen una torre que acaba siendo una prisión y que, por su propia ley, ha de derrumbarse, originando así una coyuntura que permite, a través de las grietas de la torre, retomar el contacto con las fuerzas renovadas de la siempre cambiante realidad, dentro de la cual no caben las seguridades. Así, puede reseñarse lo anterior mediante las siguientes correspondencias:

a) Nivel práctico: exterior al consultante, personal, definido, preciso.

b) Nivel psíquico: interior al consultante, confesional, vago, afectivo.

c) Nivel existencial: superior al consultante, simbólico, poético, mítico.

Cuando se realiza una lectura a múltiples niveles es importante la participación del con-

sultante, pues en él está la piedra de toque que determina la calidad y el efecto de la lectura. Pero hay que tener en cuenta que la lectura no acaba cuando se recogen las cartas de la mesa, sino que prosigue en el interior del consultante: se han tocado puntos sensibles y se han puesto en marcha potencias inconscientes que siguen trabajando bastante tiempo después del encuentro entre lector y consultante. En este sentido, la tarea del lector es mucho más complicada que la del que informa o describe: el lector debe apretar los resortes inconscientes que, en poco tiempo, se transformarán en acción por parte del consultante. En verdad, una lectura que no incide en el modo de vida del consultante —cuando menos estimulando una detenida reflexión y un replanteo de su conducta— puede considerarse fracasada.

Pasado, presente, futuro...

El empleo del Tarot como instrumento adivinatorio no tiene restricciones, aparte de las propias de cada lector: puede consultarse todo tipo de cuestiones, ya referidas a alguna dimensión temporal, ya orientadas a esclarecer

una situación dada. Sin embargo, hay un punto que debe considerarse prioritario: el presente.

No puede tomarse ninguna decisión firme si no se consideran seriamente lo que el I Ching llama «semillas» o gérmenes: las simientes de los hechos que los contienen en todas sus potencialidades. Esto equivale a afirmar que una situación futura está contenida en la actual como el fruto está potencialmente en la semilla. A su vez, el pasado ha de contar sólo en tanto y en cuanto su acción resulta decisiva en la actualidad.

Una vez puesto en claro el presente, y el pasado involucrado en él, el futuro aparece como una pantalla sobre la cual proyectar los rasgos ya manifiestos. Este hecho, sorprendente para el hombre común, es una evidencia para cualquier psicoanalista y mucho más para los magos o los poetas, y no implica en absoluto que el futuro esté totalmente predeterminado o sea sólo una posibilidad entre varias. Es más, a menudo el futuro resulta ser, para el hombre vulgar, la total imposibilidad. En este asunto, en el cual la metafísica acecha por todos los rincones, la respuesta reside en la *visión* y no en la *previsión*, en lo que *es* más que en lo que será.

Sin entrar a profundizar en esta delicada cuestión, puede decirse que a cada hombre le ocurren las cosas de acuerdo al correspondiente poder personal, y que este poder personal es lo que el análisis del presente pone de manifiesto a través de los arcanos del Tarot. Sobre la base de este conocimiento, el futuro aparece más bien como un conjunto de vallas a librar que como una estructura fija de acontecimientos que han de suceder.

El consultante debe verse como un guerrero y no como el pasivo receptor de un destino ya elaborado: en todos los casos debe dársele la oportunidad de aceptar su vida como un desafío, y la consulta será principalmente preparación para la guerra, incitación a la lucha y estímulo para seguir firme en primera línea. De allí que una lectura del Tarot no se parezca en nada a una amable conversación o a una velada entretenida: es el espejo donde, a partir del presente, se receptan los influjos del pasado y se proyectan las direcciones del porvenir.

II. MÉTODOS DE LECTURA

De los innumerables métodos para disponer las cartas aquí recojo algunos que me han sido particularmente valiosos en la práctica. No son necesariamente los mejores, porque el valor de la lectura reside en el lector y no en determinadas técnicas. De cualquier modo, los métodos que reseñaré pueden sustituirse por otros que cada uno elabore personalmente. En el caso del Tarot, como en el de cualquier área creativa, el elemento improvisación tiene una participación insustituible.

El método zodiacal

Este método consiste en el empleo de un mapa específico para trazar las líneas de la vida del consultante: ese mapa es tomado del

análisis astrológico. Es un estudio de astrología a cada persona corresponde un mapa, que, en lo esencial, consiste en un círculo dividido en doce zonas o «casas», de modo que todo evento en la vida del consultante ha de «caer» en alguna de las casas: es esta pretensión de exhaustividad lo que hace que este mapa resulte peculiarmente útil.

La comprensión elevada de este sistema requiere algo más que nociones básicas de astrología, y sólo puede emplearse con provecho después de un regular entrenamiento astrológico. Si esto puede considerarse una dificultad, hay que tomar en cuenta que el Tarot resume y remite a infinidad de disciplinas diversas, y que en todo momento exige una visión sintética que abarque psicología, astrología, filosofía, ocultismo, antropología, etcétera. Nunca es fácil una tarea preñada de responsabilidades. Cabe recordar que el uso de este sistema se apoya no sólo en los significados adivinatorios de los arcanos, sino también en sus correspondencias astrológicas.

Se entregan los naipes ordenados al consultante y se le pide que los mezcle hasta que lo considere suficiente. Los baraja luego el lector y el consultante corta el mazo con la mano izquierda en tres paquetes. Se recogen

y se distribuyen los naipes en doce montones dispuestos en círculo. En cada montón puede haber de una a seis cartas y representan las doce casas.

La primera casa se llama «ascendente» en términos astrológicos. A ella corresponde la constitución psicofisiológica del consultante, su energía vital, su carácter y temperamento. En ella se muestra cómo está al presente el consultante, su estado de ánimo, sus inquietudes y su actitud existencial. En términos poéticos, si se considera que cada persona es un color, ha de admitirse que éste va sufriendo alteraciones según la persona vaya haciendo su propia vida, o mejor, según *cómo* vaya haciendo su vida. Así, ese color puede aparecer translúcido, radiante, límpido, o bien oscurecido, chillón o apagado. En el primer caso se dice que el consultante está «bien», lo cual no tiene referencia directa al bienestar material o práctico; en el segundo, la persona «está mal». La primera casa describe ese color al presente y las posibles causas de su estado hallan aquí una primera indicación que debe confirmarse en las casas restantes.

La segunda casa abarca todo lo referente a posesiones y, por ello, al dinero y la econo-

mía. Son las entradas y salidas de bienes, los soportes materiales del consultante.

La tercera casa concierne al entorno o ambiente. En este sentido, muestra la relación del consultante con su ambiente, el tipo de vinculación que mantiene con él. También se refiere a hermanos o hermanas, a escritos, comunicaciones y designa todo lo que en la vida cotidiana está cerca del consultante.

La cuarta casa se refiere a los orígenes, la familia y también a la patria, el patrimonio, la vida familiar y la familia paterna del consultante. Indica no sólo el papel que los padres juegan en su vida, sino también el tipo de relaciones que tiene con ellos —conscientes o inconscientes— y su influencia directa o indirecta.

La quinta casa abarca lo concerniente a las pasiones, en especial las amorosas y sexuales, pero también remite a la descendencia, los hijos. Caben aquí cuestiones de niños y jóvenes, instrucción y educación, riesgos, juegos y deportes.

La sexta casa expresa lo referente a la salud y la fuerza y el ritmo del trabajo. Por extensión abarca lo concerniente a trabajadores, empleados, subordinados.

La séptima casa representa las relaciones

del indivduo con la sociedad y las asociaciones: compañeros, socios, colabodores y, sobre todo, la pareja.

La octava casa muestra las tendencias inconscientes que se manifiestan en los sueños y en los estados psíquicos extraordinarios. Aquí entra todo lo referente a la muerte, lo que es malo para la salud, los estados caquécticos, embriaguez, drogas. También entra en este punto todo lo relacionado con lo oculto y lo inconsciente: esoterismo, psicoanálisis, etcétera. Tradicionalmente se asigna a esta casa lo referente a herencias y donaciones. Puede interpretarse como los aspectos que el consultante elimina en el presente, los cambios y mutaciones, las profundidades de su psiquis.

La novena casa manifiesta las tendencias a todo lo lejano y trascendente, las grandes distancias materiales, viajes largos, como espirituales, mundo moral e intelectual. Abarca las ideas y la religión, el estudio, la filosofía y cosmovisión, por un lado, y los viajes lejanos y el extranjero por el otro.

La casa décima representa el destino social y profesional del consultante. Opuesta a la cuarta casa (los orígenes), es la proyección del

mismo, sus aspiraciones y ambiciones y las tendencias prácticas.

La casilla undécima rige sobre cuánto afecta a la amistad y el tipo de relaciones que influyen afectiva o moralmente sobre el consultante.

La última casa, la duodécima, suele llamarse la casa de los enemigos, y abarca lo referente a aislamiento, encierros, prisión, deshonor, castigo y culpas. Pero también pueden interpretarse como la morada del «karma», esto es: la tarea a cumplir, aquello que hay que llegar a comprender a través de las experiencias en las otras once casas. Supuestamente, todo lo que a uno le ocurre tiene sentido: hay ahí una lección que aprender, una energía a conquistar, un poder que recuperar. Si el color personal no es el adecuado, hay una tarea ante la cual se evaden responsabilidades o no se emprende la lucha adecuadamente. En este sentido, la duodécima casa es importantísima y de alto nivel: indica a menudo la actitud a tomar, el problema básico a resolver.

Las doce casas pueden agruparse en cuatro conjuntos claramente diferenciables:

a) El plano personal: casa 1 (vitalidad

física, el ascendente), casa 5 (vida afectiva, pasional e instintiva) y casa 9 (proyección intelectual, cosmovisión, ámbito de las ideas).

b) El plano práctico: casa 2 (posesiones, dinero, afincamiento material), casa 6 (trabajo, empleo, actividad productiva) y casa 10 (profesión, acción social).

c) Plano relacional: casa 3 (ambiente, entorno, relaciones cotidianas), casa 7 (pareja, socios, relaciones que implican compartir ocupaciones o intereses primordiales), casa 11 amistades, relaciones personales).

d) Plano del karma o destinal: casa 4 (orígenes, fuente, patrimonio y hogar, ancestros), casa 8 (lo oculto, el inconsciente, la muerte) y casa 12 (el destino, la prueba, la lección).

En un plano estrictamente práctico lo anterior se resume así:

Casa 1: Vida, vitalidad, estado anímico y energía personal.

Casa 2: Dinero, finanzas, posesiones, economía.

Casa 3: Ambiente, entorno, vida cotidiana, viajes cortos, hermanos.

Casa 4: Familia, patrimonio, patria, padres, hogar.

Casa 5: Vida afectiva, riesgos y placeres, juegos, hijos, deportes.

Casa 6: Salud, trabajo, dependientes, servicio.

Casa 7: Matrimonio, sociedades, pleitos, contratos, asociaciones.

Casa 8: Muerte, sueños, drogas, misterio, psicoanálisis, el más allá.

Casa 9: Viajes largos, vida intelectual, el extranjero.

Casa 10: Honor, ambiciones, vida profesional, status.

Casa 11: Amistad, relaciones personales.

Casa 12: Enemigos, culpas, dolores, encierros, pruebas.

La cruz céltica

Se escoge una carta que represente al consultante —usualmente se usan El Loco, El

Mundo o una figura de un palo que coincida con las características de la persona—, éste mezcla las cartas, luego las baraja el lector y el consultante corta con la mano izquierda en tres montones. Se reúnen y se pone un naipe sobre el que representa al consultante, y uno segundo que lo cruza, formando una cruz. La tercera se coloca encima del consultante, la cuarta a la derecha, la quinta debajo y la sexta a la izquierda. Éstas forman una segunda cruz.

Luego, a un costado, se colocan cuatro cartas de abajo hacia arriba. Cada carta indica lo siguiente:

1.ª) El tipo de influencia positiva que protege al consultante. Fuerzas que operan a su favor, energías disponibles, empuje. Plano de avance.

2.ª) Obstáculos o energías negativas contra las cuales hay que combatir. Plano de resistencia.

3.ª) Aspiraciones puestas en juego, metas a alcanzar, ideales. A lo que se puede llegar como coronación de la cuestión.

4.ª) El pasado. Lo que ha estado ocurriendo respecto al asunto en cuestión.

5.ª) El *background*, el soporte, los orígenes de la cuestión. Ancestros.

6.ª) El futuro, lo que vendrá como resultado inminente. El desarrollo de la semilla.

7.ª) El consultante, su vibración personal, su estado y actitud.

8.ª) El entorno, la casa, la familia, el medio en que se mueve el consultante.

9.ª) Esperanzas, emociones íntimas, ansiedades, perspectivas y proyectos.

10.ª) Resultado final, culminación del asunto, conclusión.

Pueden emplearse el número de naipes que se desee, poniendo 2, 3, 4 o más cartas en cada lugar.

El método se amplía teniendo en cuenta que muestra tres tipos de condicionamientos que los astrólogos reconocen en sus tres cruces:

a) *Cruz cardinal:* Formada por las cartas que cubren y cruzan la figura del consultante (1.ª y 2.ª cartas), indica las propiedades dinámicas, voluntad, ambición, iniciativa, in-

quietud, factores decisivos que entran en juego, pros y contras.

b) *Cruz fija:* Formada por las cartas que rodean a la del consultante (3.ª, 4.ª, 5.ª y 6.ª cartas), indica los factores estáticos, las determinantes exteriores y condicionantes.

c) *Cruz mutable:* Formada por las cartas dispuestas en línea ascendente (7.ª, 8.ª, 9.ª y 10.ª cartas), indica el conjunto de eventos y circunstancias que intervienen en la cuestión y determinan su resultado.

El Árbol de la Vida

Se coloca un naipe que represente al consultante —otra vez, suelen emplearse El Loco, El Mundo o un personaje de las suites que se adecue a la persona—, esta mezcla la baraja, luego las mezcla el lector y el consultante corta con la mano izquierda en tres montones. Se disponen las cartas formando un Árbol de la Vida, desde arriba hacia abajo, en diez montones, que tendrán de una a siete cartas. Las correspondencias son:

1) *Kether:* Espiritualidad, la búsqueda interior, sentido y orientación.

2) *Chokmah:* Iniciativa personal, sabiduría, fuerza de acción y de creación.

3) *Binah:* Perturbaciones, obstáculos, energía opuesta, limitaciones, constricción.

4) *Chesed:* Prosperidad, expansión, éxito financiero, asentamiento, regulación, construcción.

5) *Geburah:* Juicios, enemigos, guerras, tribulaciones, tribunal, pleitos. Movilidad, destrucción.

6) *Tiphareth:* El alma, el Yo esencial, el punto más alto de conciencia personal, ambiciones, expectativas.

7) *Netzach:* Amor, pasión, sexo, atracción, afectividad.

8) *Hod:* Comunicaciones, intelecto, ciencia, mediación, vida intelectual.

9) *Yesod:* Intuición, sueños, imaginación, misterio, el subconsciente.

10) *Malkuth:* El cuerpo, el hogar, los apetitos físicos, la salud, la dimensión práctica y cotidiana.

El significado de cada montón puede am-

pliarse teniendo en cuenta los planetas que rigen en cada esfera: Saturno en la 3.ª, Júpiter en la 4.ª, Marte en la 5.ª, el Sol en la 6.ª, Venus en la 7.ª, Mercurio en la 8.ª y la Luna en la 9.ª. Según Crowley, puede asignarse Urano a Chokmah, Neptuno a Kether y Plutón a Malkuth.

ÍNDICE

PRÓLOGO 7

PRIMERA PARTE: EN TORNO AL TAROT

I. Estructura y origen del Tarot 13
¿Qué es el Tarot? 13
El origen del Tarot 18

II. Magia, mística y esoterismo 43
El conocimiento simbólico 43
Microcosmos y macrocosmos 66
La iniciación 73
Números y símbolos 77
Astrología clásica 105

SEGUNDA PARTE: LOS ARCANOS

I. Los arcanos mayores 123
La serie de los arcanos mayores 123

II. Los arcanos menores 193
La serie de los arcanos menores 193
Los palos o suites 196
Las figuras 201

TERCERA PARTE: LA ADIVINACIÓN

I. El Tarot adivinatorio . . . 225
La adivinación 225
Los niveles de lectura . . . 230
Pasado, presente y futuro . . 236

II. Métodos de lectura 239
El método zodiacal 239
La cruz céltica 246
El árbol de la vida 249

TAROT

Las inocentes cartas que componen el Tarot encierran las claves del carácter y del destino humanos. Verdadero arte adivinatorio, el Tarot se nos presenta como un oráculo capaz de revelarnos los más recónditos secretos de nuestra existencia.

El libro de Enrique Eskenazi, Tarot o el arte de adivinar se ha revelado como la obra más autorizada escrita en castellano sobre el Tarot.

Ediciones Obelisco

COLECCION
OBELISCO-FANTASTICA

TÍTULOS PUBLICADOS:

ONDINA
Barón de La Motte-Fouqué

CUENTOS MÁGICOS
CHINOS
Anónimo

CUENTOS ESOTÉRICOS
John Richardson

CUENTOS DE HADAS
IRLANDESES
Anónimo

LA NUEVA MELUSINA
J. W. Goethe

LA INCREIBLE HISTORIA
DE PEDRO SCHLEHMIL
Adalberto Von Chamisso

CUENTOS ONIRICOS
Varios autores

HISTORIAS DE
VAMPIROS
Varios autores

Ultimos títulos publicados

Música Rock y Satanismo
René Laban

Cuentos Oníricos
Varios

La Luna, clave del horóscopo
A. Peradejordi

Dime cómo duermes y te diré cómo eres
Orencia Colomar

Los Tarots de un Vidente
Octavio Aceves

Concordancia Mito-Físico-Cábalo-Hermética

La Gran Tríada
René Guénon

La Nueva Melusina
J. W. Goethe

Guía del buscador de Ovnis